

LYNSEY LYNWOOD

Una
pirata
enamorada 1

Bastardos de Inglaterra

- 1 -

LYNSEY LYNWOOD

Una pirata enamorada 1

Bastardos de Inglaterra — 1 —

Una pirata enamorada 1
Serie *Bastardos de Inglaterra 1* © 2021, Lynsend Lynwood

Primera edición: agosto de 2021
Corrección: Rosa Iglesias Madrigal
Diseño de cubierta y diagramación: H. Kramer

Reservados todos los derechos.
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A vosotros, lectores anónimos, porque hacéis realidad mi sueño cada vez que leéis uno de mis libros. A Lidia B., mi lectora australiana, amante de las historias de piratas. A Enri Verdú Giner: gracias por aceptar el reto y por el tiempo que le has dedicado a leer y releer mi manuscrito a pesar de las diferencias horarias, nuestros trabajos y la falta de Internet. Gracias por tus inestimables consejos y, sobre todo, por tu amistad.

Sinopsis

Mi madre solía decir que los hijos bastardos tienen los mismos derechos que los legítimos mientras sus madres sepan jugar bien sus cartas, ¡y por Dios que la mía había sabido hacerlo! A los ojos de la ciudadanía, soy el hijo pequeño del marqués de Harlow, el heredero de repuesto. La alta sociedad me dio la bienvenida con los brazos abiertos desde el momento de mi nacimiento, pero yo sé que un día el destino, Dios o la vida van a cobrarse la mentira en la que he vivido desde que supe la verdad. Ese día tardó tanto en llegar que ya me había hecho a la idea de que me iba a salvar, que no tenía por qué pagar por las culpas y debilidades de mis padres. Cuando Clarissa abordó el barco en el que viajaba y me convirtió en su prisionero, supe que había llegado el momento de pagar por todos mis pecados.

Contenido

[Sinopsis](#)

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)

6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17

Notas de la autora

1



William

M

e despierto con un terrible dolor de cabeza. Los recuerdos se empiezan a agolpar en mi mente. El abordaje, la prisión en las bodegas de esa pirata desalmada de Clarissa, el encuentro con mi hermano Philip y mi mayor humillación: la caminata, esposado como un esclavo, a través del follaje

espeso de esta isla apartada de la civilización hasta la mansión de mi captora. Los piratas apuntan a mi cabeza con fusiles, algunos tienen bayonetas incorporadas... por si tengo intención de escapar, ¡como si hubiera alguna posibilidad! No puedo caminar ni dos pasos. La falta de agua y alimentos han hecho estragos en mi salud.

Estoy acostumbrado a comer todo lo que me apetece cuando se me antoja. El marqués y yo hemos pasado por momentos de necesidad, pero siempre hay algo en la despensa, especialmente por la noche. El hambre me asalta al mismo tiempo que la ansiedad, suelen ir unidos. Desde hace tiempo, sospecho que no es normal. Hay algo oscuro en mí que me domina: el hambre. Hambre de comida, de sexo, de atención, de amor. Hambre de todo.

Hay ocasiones, como ahora, en las que los nervios me traicionan y lo único en lo que puedo pensar es en comer hasta calmarme, hasta llenar el hueco de mi estómago, como si eso pudiera llenar otros espacios vacíos en mi interior, otras necesidades intangibles. Por eso peso ciento

veinte kilos. Soy más alto que la mayoría de mis amigos. Mido un metro ochenta y cinco. Estoy muy lejos de acercarme al prototipo de hombre ideal del momento y, sin embargo, no dejo que mi apariencia me defina de ninguna manera. Me toco la cabeza porque el dolor es demasiado intenso. Recuerdo el golpe que me ha propinado la misma Clarissa con la culata de un fusil cuando le he pedido que me dejara en libertad.

«Nadie me da órdenes. Eres mi prisionero hasta que yo decida venderte o dejarte en libertad. Cuanto antes te hagas a la idea, mejor para todos». Eso ha sido lo último que he escuchado antes de perder el conocimiento y caer al suelo.

Me levanto y me acerco a la única ventana abierta. Es de noche, pero por la posición de la luna no parece que sea muy tarde. Inspiro profundamente. El olor del mar me da la bienvenida. En estos momentos, odio ese olor. Después de meses en un barco en medio del océano, el mar me provoca náuseas. Me asomo al balcón. Está en el segundo piso. Calculo la distancia hasta el suelo. Es demasiada. No quiero morir, pero tampoco sé si estar preso es un destino peor que la muerte y pienso si merece la pena arriesgarse a escapar. Me pregunto qué piensa la gente cuando cae al vacío para terminar con su vida, cuáles son sus últimos pensamientos, cuáles serán los míos. Dudo si Philip sentirá remordimientos en caso de que me mate al saltar o si mantendrá la misma indiferencia que ha mostrado en Falcon Point cuando me ha entregado como regalo a Clarissa. ¿Quién regala a alguien con el que has crecido y que nunca te ha hecho daño? Tal vez Philip ya no es la persona que pensé que era. Tal vez yo no merezco nada, ni siquiera la compasión de otro ser humano. Tal vez los pecados de mis padres son peores de lo que pensaba, tal vez mis deseos oscuros son imperdonables. Es posible que mi alma está demasiado rota como para poder alcanzar la redención.

He escuchado historias terribles sobre piratas desalmados y Clarissa entra en la descripción. Es una mujer hermosa, no puedo negarlo, con esa piel bronceada como arena de playa mojada, los ojos oscuros como la noche y el cabello como una laja de pizarra mojada por la lluvia. Es una visión a la que no estoy acostumbrado. Mi estómago emite un gruñido. El hambre no va a desaparecer, solo va a empeorar. Tendré que salir del dormitorio y aventurarme a buscar la cocina. Me pregunto si a todos los prisioneros les dan el mismo trato que a mí. A pesar de la relativa oscuridad de la habitación, puedo apreciar las dimensiones. Es enorme, tanto como mi antiguo dormitorio en Sudley Manor, la mansión que ha pertenecido a la familia materna de Philip en Inglaterra y donde he pasado mi niñez. Tal vez ser el hermano de Philip me confiera ciertos privilegios, aunque, si quiero ser preciso, él no es en realidad mi hermano. No tenemos la misma sangre. Mi madre se casó con el padre de Philip embarazada de un cantante de ópera italiano, pero Clarissa no lo sabe y Philip no lo ha revelado cuando ha tenido la oportunidad.

Nadie conoce la sórdida verdad: soy un bastardo nacido dentro de un matrimonio respetable y gracias al buen corazón del marqués de Harlow, el padre de Philip, que me crio como si fuera su propio hijo, no he tenido que sufrir la humillación y la vergüenza de ser señalado. Bueno, no pienso revelar la verdad nunca. Ese es el tipo de secreto que uno se lleva a la tumba. ¿Quién quiere confesar que es un bastardo y ser excluido de la sociedad en la que vive? Intentaré sacar todo el provecho que pueda al parentesco que me une a mi hermano.

Diviso la puerta rezando para que no esté cerrada. Cuando la abro, dejo escapar el aliento que he estado conteniendo. Me llega el sonido de varias personas discutiendo a pleno pulmón. «Esta

gente no es civilizada. Son unos salvajes. Ni siquiera saben hablar sin levantar la voz», pienso con desdén. Desciendo las escaleras. El vestíbulo es enorme y está vacío. «¿Quién demonios vive en un palacio vacío?», me pregunto con menosprecio. La arquitectura de la mansión es francesa y eso me sorprende. Al perder el conocimiento, he olvidado los detalles del lugar que va a ser mi prisión por una larga temporada... o al menos eso creo, aunque, como nunca he tratado con piratas, no puedo estar seguro de nada. Me pregunto dónde está el resto de la tripulación del Belle Lueur. Tal vez en las bodegas del barco esperando un destino peor que el mío. Un escalofrío me recorre la espalda. Me acerco a la habitación de donde provienen las voces y escucho con atención.

—Clarissa, no puedes mantenerlo prisionero. Es un aristócrata. Imagínate si alguien se entera. Tendremos al maldito ejército inglés a las puertas de Emerald Bay antes de que te des cuenta.

—El único que lo sabe es Falcon y él no va a denunciarnos. Él sigue las reglas.

Por el tono de su voz, deduzco que Clarissa no está preocupada en absoluto.

—Es su hermano. ¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que venga a pedirte que lo liberes?

—interviene otra voz.

«Nunca», pienso. Philip ha dejado claro que no le importa mi suerte. Me duele ver que aún me odia. El motivo no lo sé, aunque intuyo que es porque descubrió que soy un bastardo. Un parásito que ha estado viviendo de la fortuna de su padre, aunque ese patrimonio ya no existe. Philip no sabe nada aún. Tal vez pueda hablar con él y arreglar las cosas.

—La cuija se queda hasta que convierta Emerald Bay en una plantación exitosa. Es mi última palabra — escucho decir a Clarissa con decisión.

Me pregunto qué demonios significaba la palabra *cuija*. Al parecer, ya tengo un apodo e ignoro su significado, lo cual me frustra más... si eso es posible. Odio a esta mujer que no me respeta y que no tiene ningún límite. Igual mata que secuestra o vende a sus prisioneros en el mercado de esclavos, o al menos eso había dicho el pirata que se había encargado de vigilarnos en las bodegas cuando nos hicieron prisioneros. Aprieto los puños con rabia para evitar golpear la pared o a alguien. Estoy furioso, pero también sé que tengo que actuar con inteligencia. No quiero morir en este infierno.

Escucho las carcajadas del grupo. Se burlan de mi apodo y eso me molesta más que saber los planes que tiene para mí. Se va a llevar una sorpresa si piensa que sé algo sobre plantaciones exitosas o de algún otro tipo. No voy a permitir que nadie planee mi futuro sin mi permiso. Esta banda de sanguinarios va a tener que escucharme, claro que sí.

Avanzo con decisión hacia la puerta abierta. Un grupo de doce personas están sentadas alrededor de una mesa. La ironía del número casi me hace reír. ¿Acaso se creen los doce apóstoles? Bueno, yo voy a convertir su «última cena» en un juego de azar donde el número trece va a frustrar sus planes y su suerte hasta la fecha. Clarissa preside una de las cabeceras. El otro extremo de la mesa está vacío. Mi atención se desvía durante un momento hacia las sillas. Cada una es de una época distinta y tan finamente trabajadas que no puedo dejar de admirarlas a pesar de ser tan diferentes entre sí. Nunca he visto un comedor con sillas que no sean iguales y hagan juego con la mesa. Lo peor es que algunos tienen los pies sobre la mesa y otros se balancean sobre las patas traseras de las sillas mientras beben directamente de la botella. Imagino que es ron.

Una de las personas que se balancea como un niño sin modales es Clarissa. Me molesta su actitud tranquila mientras que yo hiervo de coraje por dentro. Me recuerda a un ave de presa al acecho por la forma en que me mira entrecerrando los ojos, como uno de esos halcones gerifalte blancos que criaba el abuelo de Philip en Sudley Manor: hermosos de lejos, pero letales si te eligen como presa.

Clarissa tiene un aire exótico que la rodea y, aunque lo único que siento por ella es desprecio, no puedo dejar de fijarme en que es una mujer preciosa. Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, intentaría llevármela a la cama. Tiene un cuerpo esbelto con las curvas perfectas en los lugares adecuados. Camina como una diosa que destila sensualidad, pero ¡que me parta un rayo si voy a caer tan bajo como para acostarme con una asesina! Una mujer con más pecados que yo y el resto del mundo juntos. No quiero ni pensar en las vidas que ha segado con la espada que lleva colgando a esa estrecha cintura suya que se mueve como un junco agitado por la brisa. Es una salvaje. Una hiena sedienta de sangre. Una serpiente venenosa y astuta que muerde con rapidez y se esconde antes de que puedas alcanzarla.

—Te odio —siseo sin poder contenerme.

Ella se ríe de mi arrebato. Nunca he sido de esas personas que se dejan llevar por las emociones fácilmente. Toda mi vida he recibido con resignación las burlas de la gente por mi aspecto, pero la risa despreocupada de esta bárbara con la que ni siquiera he intercambiado unas palabras aún se mete debajo de mi piel sin poder evitarlo. Mi peso y apariencia no están dentro de los cánones de belleza del momento. Tal vez nunca lo estén y eso hace que la confianza en mí mismo se tambalee de vez en cuando. Me odio a mí mismo por dejar que me importe, por no saber levantar muros lo suficientemente altos como para que los comentarios de los demás no me afecten. Lo estaba haciendo bastante bien... hasta que la he conocido.

—Adelante. Estamos hablando de ti —me invita a entrar con esa voz burlona, como si estuviera siendo magnánima en su trato. Imagino que así es, considerando que soy su prisionero.

Me acerco a la cabecera vacía de la mesa y retiro la silla con cuidado. Prisionero o no, quiero negociar en igualdad de condiciones. Todos estallan en carcajadas de nuevo cuando me siento frente a ella, al otro lado de la mesa, retando su autoridad. Ella eleva una ceja divertida mientras me recorre con la mirada. Me estudia detenidamente. Hace un mohín como si no le gustara lo que ve. «Dime algo que no sepa», pienso mientras levanto mi cabeza para que vea que no me importa. A mí no me gusta su alma retorcida y malvada. Hay muchos tipos de belleza y, aunque ella es hermosa por fuera, es un monstruo por dentro. Uno que tengo todas la intención de vencer en cuanto tenga la mínima oportunidad.

—¿Estás seguro de que eres hermano de Falcon?

Mantengo mi semblante impávido, sereno, como si su pregunta no hubiera agitado mis demonios. Nadie se ha atrevido jamás a hacerme esa pregunta directamente. Philip tiene los ojos grises; yo, azules. Su cabello es dorado, del color del oro viejo de los marcos de los retratos de hace cien años, y el mío es rubio claro, como el del heno seco al final del verano. Su rostro, limpio y terso; el mío, lleno de granos. Su figura, atlética, y la mía obesa como un barril de roble francés que después de varias temporadas va perdiendo el ajuste de los remaches, convirtiéndose en un objeto amorfo.

—Por supuesto que somos hermanos. Disculpa si te sientes decepcionada —contesto irónicamente sin apartar los ojos de ella.

—Relájate, cuija. La única manera en la que me puedes decepcionar es si no logras convertir este lugar en una plantación. Lo demás no me importa.

—Para eso tendría que saber algo sobre plantaciones y créeme si te digo que no sé absolutamente nada. En Inglaterra no hay, así que es mejor que le encargues el trabajo a otro que sepa lo que está haciendo.

—Verás, William... Esta es tu mejor opción. Falcon solía decir que tampoco sabía lo que estaba haciendo cuando compró Falcon Point, la plantación y sus esclavos y la convirtió en la mejor plantación de caña del Caribe. Así que, si piensas que vas a librarte de mí con decir que no sabes

nada sobre plantaciones, estás muy equivocado.

Puedo ver que está furiosa. Bueno, ya somos dos. Los hombres sentados alrededor de la mesa parecen relajarse cuando ella me presiona un poco más. Me pregunto quiénes son y por qué están aquí, si los piratas también tienen una jerarquía dentro del barco, al igual que los corsarios y los oficiales navales de los barcos de su majestad. Uno de los hombres sentados a la mesa, creo que es James, el que le leyó la copia del certificado de matrimonio de Philip y Miranda a Clarissa, desliza una botella con precisión en mi dirección. La detengo y la miro con asco sin poder evitarlo. ¿Es que no saben lo que es un vaso? Me niego a beber de la misma botella.

Posiblemente, ni siquiera se lavan la boca con bicarbonato. La vuelvo a empujar en su dirección y él se encoge de hombros mientras la agarra y le da un trago. Aparto la vista con repulsión. James ha tenido un gesto amable, pero en estos momentos no estoy para gestos amables. Quiero partirle la cara a alguien. Me han secuestrado, ¿qué esperan, que les bese las manos en agradecimiento? Las tripas me rugen tanto de hambre que estoy seguro de que todos las pueden escuchar.

—Es un maldito noble, ¿qué esperas? —dice con desprecio uno de ellos, refiriéndose al rechazo de la botella.

—Si Falcon pudo, siendo un noble inglés, tú también —dice Clarissa ignorando el comentario.

—¿Y si me niego?

Los ojos se le oscurecen y la sonrisa desaparece de sus labios.

—Hay traficantes árabes que pagarían una fortuna por alguien como tú —dice despacio—. Si crees que no voy a cumplir mi amenaza, es que no me conoces.

Estoy seguro de que no está bromeando. Evito estremecerme delante de ella, de ellos. Pongo mi mejor cara de póker. No voy a mostrarles cuánto me afecta su amenaza. Entrelazo mis dedos para que no vean que me tiemblan y me mantengo sosegado aunque los latidos de mi corazón se han disparado como si fuera un pobre zorro en una de esas cacerías que tanto le gustaba organizar a mi abuelo en Sudley Manor; bueno, al abuelo de Philip, me corrijo.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Un mes para organizarlo todo. Quiero ver planos.

Aprieto mi mandíbula para no decirle cuatro cosas a esta salvaje. ¿Piensa que soy un maldito arquitecto?

—Quiero números. Los números no mienten.

Sus hombres de confianza asienten con la cabeza cada vez que habla como si estuvieran escuchando la palabra de Dios. Ese tipo de devoción me enferma.

—¿Qué tipo de números?

Recuerdo que no sabe leer, ¿cómo diablos piensa estudiar esos números?, ¿acaso sabe contar hasta cien sin equivocarse?

—Cuántos esclavos. —No debería extrañarme que sugiera el uso de esclavos, pero lo hace. Esta mujer no tiene moral o humanidad. No debería sorprenderme—. Cuántas hectáreas, cuánto dinero debo invertir, ese tipo de cosas —dice alzando una mano como yo si supiera qué demonios está pensando.

Me repito que no sabe leer. No debe de ser tan difícil engañarla. Tal vez pueda conseguirlo. En un par de semanas puedo planear una huida exitosa. Aunque Philip no quiera ayudarme, todo lo que tengo que hacer es llegar a la ciudad. No parece estar lejos de donde estamos. Encontrar a la autoridad correspondiente para denunciar a este nido de víboras. La piratería se castiga con la muerte, si no recuerdo mal, y tal vez pueda llevarme una compensación por ayudar a la Corona a acabar con esta amenaza letal en el Caribe. Por lo que he escuchado en Londres, todas las

colonias europeas se han unido para terminar con la piratería en estas aguas, ya que roban los tesoros que debían llegar a las cortes europeas. Ese será mi plan, decido: voy a esperar, estudiar el terreno, estudiarlos a ellos, a ella, para que cuando llegue el día de mi fuga pueda lograr escapar.

2



Clarissa

C

onozco a mis hombres tanto como a mí misma y sé que en estos momentos están nerviosos por las declaraciones de William. Demonios, yo misma estoy temblando como un animal asustado. Tengo miedo de haberme equivocado al elegirlo, porque las consecuencias de esa decisión pueden ser

catastróficas. Pocas veces me equivoco. Mi profesión me obliga a tomar determinaciones rápidas y difíciles y la diferencia es mi propia vida. No puedo equivocarme. No voy a equivocarme. Sé que William es la respuesta a mis oraciones, si es que Dios escucha las oraciones de alguien como yo. Cuando me encontré con el Belle Lueur y William cayó en mis manos providencialmente, supe que era la solución que estaba buscando a mis problemas.

Nunca he tenido un presentimiento tan grande en mi vida. El instinto me dice que él es la persona perfecta para llevar a cabo mis ambiciosos planes; y, cuando Philip me lo regaló como si fuera parte del botín del abordaje, no pude creer en mi buena suerte. Cualquiera puede ver que entre Falcon y su hermano hay un abismo. Yo sé mucho sobre abismos familiares. Entre mi padre y yo hay uno enorme; y entre mi madre y yo, uno insalvable. No puedo perdonarla y por eso entiendo a Falcon. Tal vez entre él y su hermano hay el mismo tipo de precipicio insalvable que entre mi madre y yo. Mi padre es otra historia. No puedo dejar de quererlo de la noche a la mañana y comprendo que me mintió respecto a mi madre por mi propio bien, pero la mentira duele. ¡Maldita sea si no duele como si te estuvieran arrancando los dientes uno a uno con tenazas y sin láudano para mitigar el dolor!

Me concentro en William. Parece una cuija gigantesca y a mí me gustan esos animales. Cuijas, cachoras, lagartijas blancas... en cada lugar las llaman de una forma diferente, pero es lo mismo. La piel blanca de William es casi transparente, como esos animales inofensivos. Si me acerco lo suficiente, puedo ver las venas azules que discurren bajo su piel como una red de pescadores.

No sabía que Falcon era de sangre azul, como suelen llamar a los nobles. Definitivamente, nunca

se ha portado como uno, así que todos ignorábamos ese pequeño gran detalle acerca de él. William se encargó de iluminarnos al respecto: es el hijo de un marqués. El heredero, nada menos, lo que hace que William sea parte de esa nobleza también, ya que son hermanos. Él sí se porta como un idiota engreído sacándome de mis casillas. Ni siquiera puede mantenerse callado por su propio bien. ¿Acaso no entiende que, si no fuera por los planes que tengo para él, ya le habría rebanado el cuello con mi espada por impertinente? Tengo curiosidad por ver si su sangre es tan roja como la mía. Sus venas azules definitivamente no se parecen a las mías, aunque ¿cómo voy a saberlo si mi piel es tan morena que ni siquiera puedo distinguirlas? Otro recordatorio constante de la herencia española de mi madre.

Su estómago gruñe de nuevo. Es mi cautivo, pero al mismo tiempo un invitado. Quiero tener la mejor relación posible con él porque muchas cosas dependen de su colaboración. Para empezar, nuestro futuro. El mío y el de mis hombres. Yo puedo vivir recluida en Emerald Bay hasta mi muerte y aún dejaría mi fortuna apenas intacta, pero ellos... Mis hombres son lo más cercano que tengo a una familia. Ellos morirán eventualmente a manos de los corsarios europeos haciendo lo único que saben hacer. El mar es toda su vida y nada me gustaría más que mantenerlos navegando, esa es mi intención. No puedes sacar a un pirata de un barco y pretender que sea una persona normal, alguien que prefiere caminar por tierra firme antes que por cubierta. En cuanto tenga la plantación, voy a embarcar la caña y la melaza del azúcar a Nueva Inglaterra y mis piratas podrán volver a navegar. Es algo que hemos discutido desde hace mucho tiempo, casi un año, para ser exactos, y al final tengo el apoyo de todos mis hombres. No ha sido fácil llegar aquí y no voy a permitir que las palabras de William pongan en duda el éxito de mi misión. De su futuro. Maldita sea si voy a permitir que una cuija gigantesca se cruce en mi camino.

—La reunión ha terminado por hoy —anuncio mientras me levanto.

Veo los ojos de William fijos en mi atuendo, en mi camisa entreabierta y los amplios pantalones que

esconden mi figura femenina, o al menos esa es mi intención. Mi cabello está suelto para que se seque después del baño. No es una mirada de deseo. El hambre de William no es de ese tipo. Esas miradas las conozco muy bien. La suya está cargada de odio y desprecio. También estoy acostumbrada a ver ese tipo de sentimientos en los ojos de los hombres y puedo lidiar con William mejor de lo que él cree.

—Sospecho que esta cuija no va a conformarse con los mosquitos y arañas que hay en su dormitorio. Necesita algo más... consistente. Sígueme a la cocina —le ordeno mientras los demás estallan en carcajadas, olvidando por un momento la tensión que han provocado sus comentarios.

Me doy la vuelta para comprobar que William me sigue. Los muchachos se levantan de sus sillas para ir a dormir a los barcos atracados en los muelles. Un marino prefiere descansar mecido por las olas y el susurro del viento antes que encerrado entre cuatro paredes. Yo también lo prefiero, aunque mañana tengo que hacer los arreglos necesarios para desocupar el dormitorio contiguo al de William. Debo estar cerca para vigilarlo. Será la primera vez que duerma en esta casa desde que la compré. Una vez lo intenté, el día que me entregaron las llaves, pero tuve que regresar a mi camarote. Pensé que podía establecerme, tener este lugar como mi centro de operaciones. Tal vez porque el barco y la casa de mi padre habían dejado de ser mi hogar y me sentía un poco a la

deriva, como si hubiera entrado en aguas desconocidas y no supiera adónde dirigirme.

En aquella época me sentía tan perdida como la maldita Atlántida, para ser precisos. Creía que la compra de la mansión me devolvería ese deseo de pertenencia y estabilidad que había perdido junto a La Mano de Tritón, el galeón de mi padre. Era joven e ingenua y después de comprar Emerald Bay y darme cuenta de que un pedazo de tierra no iba a devolverme la tranquilidad que buscaba ya no volví a comprar nada hasta El Nido del Halcón, una pequeña propiedad adyacente a Falcon Point con una bahía escondida perfecta para ocultar los barcos que abordo hasta que puedo venderlos en el mercado negro. ¿La casa? Ni siquiera me acuerdo de cómo es por dentro. Esa necesidad de controlar todo lo que me rodea nació en aquella época de desilusión juvenil. Se lo debo a mi padre, al igual que muchas otras cosas. Me duele su recuerdo. Es posible que el dolor nunca desaparezca del todo. Dicen que el tiempo y la distancia todo lo curan, en mi caso solo lo adormece. El dolor no desaparece, aprendes a vivir con él como con un muñón o una pata de palo. Incluso con un solo ojo. Hay días que te duele más que otros, pero nunca logras olvidar cómo era antes de que te quedaras sin ese miembro o cómo lo perdiste.

La cocina de Emerald Bay es enorme, igual que la casa.

—Siéntate —le ordeno.

—¿Estás segura? No parece que tengas mucha idea de preparar una comida —dice sin humor. — Tengo que confesar que las artes culinarias no son mi especialidad. No voy a cocinar nada. Voy a ver qué

encuentro para alimentarte. —No tiene sentido pretender lo contrario. No es como si quisiera impresionarlo. —Tenemos que hablar.

—¡Habla! —grito desde la despensa. Encuentro un cuenco con restos de ensalada de nopales con carne

deshebrada.

—Me gusta ver la cara de las personas con las que hablo. Preferiblemente, al otro lado de la mesa. —Trato de que no mueras de hambre.

—Me sorprende que te preocupes. En el barco nos ignoraste durante dos días.

—No os ignoré. Puse a un hombre para cuidaros. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

—No lo dudo —dice con desprecio.

—¿Crees que la piratería es un juego de niños? Tenía que disponer del resto de los prisioneros y repartir el

botín.

—Estoy seguro de que no te llevó dos días enteros hacer eso. Parecía que sabías lo que hacías — me

recrimina.

Salgo de la despensa y busco un tenedor. Pongo la comida frente a él.

—Para tu información, tuve que sortear un pequeño problema con un barco francés.

Entrecierra los ojos como si evaluara si estoy diciendo la verdad. Bueno, parece que no soy la única que

tiene problemas de confianza.

—Así que pudimos ser liberados por los franceses. —Aún no toca la comida.

—En realidad, te habría ido peor. El capitán Dubois es un hijo de... Satanás —digo en el último

momento—.

Además, por si no lo sabes, Inglaterra y Francia no están en las mejores relaciones. Veo una botella de vino cerca de la ventana y me obligo a mí misma a ser amable, mientras le sirvo una copa. Siempre me ha gustado hacer las cosas por las buenas y, si la persona no coopera, cambio de táctica; pero siempre lo intento primero.

—¿De qué lado estás tú? —me pregunta con curiosidad.

¿Se refiere a Francia o Inglaterra?

—Del mío. Yo navego bajo la bandera de la libertad.

—¿Así le llamas a la bandera pirata?

—La piratería es una forma de vida. No tienes que rendir cuentas a nadie como los corsarios ni compartir el botín que tan duramente nos ganamos. Es perfecto.

—Es un delito.

Me mira fijamente. Me pierdo en las profundidades de sus ojos azules, mi color favorito porque es el color

del mar y del cielo. Me recuerdan a un jarrón de cristal que tengo guardado en algún lugar de esta casa,

posiblemente amontonado en una habitación del segundo piso o en el ático. Otro de los motivos que tuve para

comprar esta mansión fue para almacenar los tesoros de los abordajes. Los europeos tienen un gusto exquisito

y yo también. Mientras mis hombres se pelean por las monedas de oro y plata de los impuestos y las pequeñas

fortunas que traen los tripulantes en joyas y efectivo, yo prefiero los muebles. No es que no quiera las

monedas. Me llevo mi parte como cualquier miembro de la tripulación; sin embargo, los muebles son mi

pasión. A nadie le interesan, por su tamaño. Un pirata no tiene casa, su hogar es el barco donde sirve. Algunos

tienen familias, pero apenas las visitan y lo último en lo que piensan cuando lo hacen es en llevar muebles

enormes. Un pirata siempre viaja ligero de equipaje. Yo tengo esa pequeña debilidad, especialmente por las

sillas. También me gustan los escritorios y las camas de postes torneados. Las francesas son mi perdición. Los

italianos son especialistas en el cristal y las joyas. Ahora que me acuerdo de ese jarrón maravilloso, ya no

podré descansar hasta encontrarlo.

—¿Qué demonios es esto? —pregunta mirando el plato frente a él.

—Nopales. Es una especie de cactus.

—No pienso comer un cactus —dice reclinándose en la silla.

Sus manos blancas acarician la madera tallada del reposabrazos. Es una imagen sensual. En este momento

me asalta otra imagen: los dedos de William acariciando mis muslos. El color de la madera de nogal es

parecido al color de mi piel. El contraste de su piel sobre la madera, sobre mi piel. Es un pensamiento extraño.
Tal vez porque está acariciando algo de mi propiedad como si le perteneciera. Traza las hendiduras del tallado como si quisiera aprender su diseño. Desvío mi vista porque no quiero que me sorprenda mirando sus manos como si quisiera tenerlas sobre mi piel.
—Es un vegetal igual que una lechuga, por si no lo sabes. Ni siquiera tiene sabor.
—¿No tienes otra cosa?
—Te recuerdo que no estás en posición de pedir un menú especial. Eres un cautivo. Esto es lo que hay. Ya te he dicho que no sé cocinar.
—¿Te importa si miro en la despensa? Por favor —me ruega.
Sé que no es un hombre que suplique a la ligera y lo está haciendo por comida. ¿Tan mal lo han tratado en el barco que está muerto de hambre?
—Adelante —contesto mientras lo sigo.
No sé si el cocinero dejó un cuchillo a la vista y no quiero morir mientras duermo. Sería humillante morir en mi propia casa y no en un abordaje. No puedo arriesgarme a ser el hazmerreír del Caribe.
William abre varias ollas y olfatea el interior. Al parecer, hay más comida de la que pensé en un principio. Tampoco es que buscara demasiado. En realidad, le di lo primero que encontré. Por fin encuentra algo de su agrado y lo lleva a la mesa. Inmediatamente, empieza a abrir cajones y armarios en busca de Dios sabe qué. Saca un plato y cubiertos y lo observo poner la mesa como si fuera a asistir a una de esas fiestas pomposas que organiza el gobernador de Martinique. Incluso se toma la molestia de poner un mantel. En lo que a mí respecta, ni siquiera sabía que había uno en la casa. Por fin se sienta a comer. Miro fascinada cómo corta la carne en pedacitos y los engulle uno tras otro sin abrir o mover casi la boca.
—Necesito saber cuál es mi situación.
—Eres mi prisionero. Creía que había dejado clara esa parte —digo mientras le doy un sorbo a la botella. No me pasa desapercibida su mirada de desdén.
—¿Vas a atarme y encerrarme? —me pregunta clavando sus ojos claros en los míos oscuros. —No, mientras te portes bien. Si intentas escapar ...te ataré —lo amenazo.
—¿Al poste de la cama? —me pregunta burlón.
—Tal vez. —Sus ojos brillan de forma especial, como un aguamarina al sol, atrapando el calor de los rayos en su reflejo—. Te recomiendo que no intentes averiguarlo. De momento, te estoy tratando como a un invitado con ciertos límites.

—¿Y esos límites son?

—No puedes salir solo de casa. Mi propiedad está rodeada y vigilada por mis hombres. Si intentas huir durante el día, te van a apresar y te van a devolver a mí. Pero si lo haces por la noche y no te reconocen...

entonces, eres hombre muerto.

Esa es la realidad y en verdad espero que no intente huir en medio de la noche porque no hay nada que me moleste más que tener que cambiar de planes y él es el ejecutor de esos proyectos. No voy a encontrar a otro

William Whixley por mucho que lo busque.

—¿Puedo andar por la casa con libertad? —pregunta con aprensión mientras mueve el plato vacío hacia un lado y se recuesta sobre el respaldo de la silla.

—Por supuesto. Si tu intención es buscar un lugar por el que huir... todas las puertas están cerradas. Solo puedes salir por la puerta principal.

—Clarissa... —Me gusta cómo pronuncia mi nombre, como si lo estuviera saboreando—.

Cuando te he dicho

que no sé absolutamente nada sobre plantaciones estaba hablando en serio. Lo juro. Nunca he visto una, no

tengo ni remota idea por dónde empezar. Este plan tuyo no va a funcionar —me dice con frustración. —Tendrás que intentarlo. Falcon lo ha logrado.

—Yo no soy mi hermano. —Como si no me hubiera dado cuenta ya.

—No es una opción, William —le espeto enfadada ante su negativa a poner algo de su parte. Nunca he

tenido un cautivo tan impertinente.

—No lo voy a hacer —me asegura con esa prepotencia suya, como si tuviera otra opción. Como si estuviera en posición de elegir. Como si pudiera hacerlo o yo se lo fuera a permitir. Golpeo la mesa con el puño con fuerza y me levanto.

—No me retes, William —lo amenazo—. No soy una persona tranquila y no quieras ver de lo que soy capaz si

agotas mi paciencia. Por cierto, te estás acercando peligrosamente a ese límite.

—No tengo miedo. Lo peor que puede pasarme es que me mates —dice intentando aparentar indiferencia. Estoy acostumbrada al miedo de la gente. El de William no se refleja en sus ojos, sino en la forma en la que

entrelaza los dedos sobre la mesa. Le tiemblan las manos, pero no va a claudicar. Tengo que concederle el

valor que demuestra. Otros en su lugar estarían suplicando que los libere o que no los mate y no desafiándome como lo hace él.

—Si ya has terminado, levántate.

—¿Vas a encerrarme en mi habitación?

—Exactamente. No juegues conmigo, William, y haz lo que te digo. Es la única manera de hacer

esta
situación más llevadera. Yo tampoco tengo ganas de compartir mi casa o mi tiempo contigo —le digo de mal humor.

Suelo ser una persona tranquila que no pierde su buen humor fácilmente. Al parecer, *lord William Whixley* tiene el poder de alterar mi estado de ánimo y no me hace ni pizca de gracia.

3



William

E

En cuanto Clarissa cierra la puerta de la habitación con llave, me dirijo hacia las ventanas francesas para comprobar de nuevo la altura. No sé si podré seguir mi plan de esperar un tiempo antes de intentar huir. «¡Maldita salvaje del demonio!, ¡maldito Philip por ser tan testarudo!».

Con sorpresa, veo la

silueta de Clarissa avanzar con rapidez hacia los árboles que rodean su mansión. La sigo con la mirada hasta que se pierde en la espesura y la oscuridad de la noche. No va a dormir aquí. Tiene una casa enorme, un pequeño palacio francés en realidad, y la muy idiota duerme en el barco, estoy casi seguro. Hay cosas que el dinero no puede comprar y actuar civilizadamente es una de ellas.

Y aunque la odio por haberme privado de mi libertad, no puedo dejar de tener curiosidad por la forma en la que vive. ¿Tiene familia?, ¿dónde está?, ¿por qué prefiere dormir en un camarote maloliente antes que en una cama cómoda? Pero, sobre todo, me pregunto por qué eligió esta profesión y, por mucho que me moleste reconocerlo, siento pena por ella, incluso lástima... y todos sabemos que el peor sentimiento que podemos despertar en los demás es la lástima.

Me alejo de la ventana con resignación. Perder mi tiempo intentando comprender a Clarissa no va a ayudarme en mi misión de escapar de sus redes. La luz de la luna es suficiente para ver la silueta oscura de los muebles. Me acerco a la cama de cuatro postes y busco la mesita de noche. Tanteo con cuidado. No hay candiles. No los esperaba, pero la esperanza es lo último que se pierde. Mis ojos se van acostumbrando poco a poco a la oscuridad y puedo ver un poco mejor. Un tocador en una esquina, el brillo del espejo es lo que me atrae. Me acerco y toco la superficie: vacía. Deambulo alrededor de la habitación. Veo dos puertas. Intento abrirlas, pero están cerradas. Parece que me han asignado la habitación principal de la casa, la que usa el dueño y

que comparte con su esposa.

No sé qué pensar de esta gente que prefiere dormir en camarotes reducidos en barcos anclados en la bahía y mecidos por las olas. Hay un abismo entre nosotros. Nos separa algo más que meros gustos o preferencias: nos separa la civilización. El marqués de Harlow diría que soy un *snob*, que todos somos iguales a los ojos de Dios; pero no estoy ciego y nunca he sido un hipócrita. Me desnudo y me acuesto. La frescura de las sábanas me ayuda a relajarme. El clima caribeño es malditamente caluroso y húmedo.

Me pregunto si la segunda puerta conduce a un baño. No hay nada que desee más. Llevo días sin bañarme. Con estos pensamientos cierro los ojos y me duermo. En mis sueños, me veo sumergido en una bañera. Siento el agua caliente relajar mis músculos y suspiro de placer. Clarissa está a mi lado haciendo la función de *valet* y me enjabona el cuerpo. Veo el nacimiento de sus pechos asomar por encima del escote de su vestido, pujando por salir. Acercó mi boca a su piel morena y recorro sus cimas con mis labios. La oigo jadear mientras sus manos descienden por mi pecho con seguridad en una sola dirección: mi entrepierna. La deseo como hace tiempo no deseo a una mujer. Oigo el chapoteo del agua cuando sumerge las manos y siento cómo acaricia mi miembro excitado, endureciéndolo más. Escucho nuestras respiraciones entrecortadas. Suelto las cintas del corsé de su vestido y sus pechos quedan expuestos a mi mirada hambrienta. Los lamo y los mordisqueo en un arrebato de pasión. Las manos de Clarissa siguen tocándome con la experiencia de una cortesana versada en las artes amatorias. Estoy cerca de alcanzar el éxtasis, pero hay algo que me lo impide.

Abro los ojos y los rayos del sol me dan de lleno en la cara. «Es un sueño», pienso desilusionado. Mi mano aún está alrededor de mi miembro pulsante. Vuelvo a cerrar los ojos y me imagino a mi amante londinense dándome placer como me gusta. Sigo tocándome porque estoy muy cerca de alcanzar el éxtasis y no pienso hacer el ridículo delante de Clarissa en caso de que me vuelva a excitar y se dé cuenta. Sé que va a suceder, porque controlar mis deseos más oscuros nunca ha sido una de mis habilidades o virtudes. Aparto las sábanas al mismo tiempo que alcanzo la cima del placer. La experiencia es subyugante. Nunca he tenido un orgasmo tan intenso y sé que la razón es el rostro que he visto en mi imaginación cuando he alcanzado el éxtasis. Ha sido el semblante de Clarissa y no el de mi amante londinense.

—¡Maldición! —gimo sin poder evitarlo. Hace meses que no estoy con una mujer. Tiene que ser eso. No es posible que me sienta atraído por una pirata desalmada.

Aún es temprano y no se escucha ningún ruido en la casa, por lo que me levanto para explorar mi habitación, mi celda... espero que no por mucho tiempo. Recorro con la vista los muebles exquisitos. La cama de cuatro postes finamente tallada, con preciosos diseños en marquetería, es toda una obra de arte que me recuerda a la famosa cama de Ware. Debo decir que, aunque no es tan grande como aquella, sí es igual de impresionante. La habitación, al igual que el comedor, tiene muebles de distintos estilos, cada cual más bonito.

Nunca imaginé que un pirata tuviera un gusto tan refinado, pero ¿qué sé yo de piratas? Me imagino que deben de provenir de los abordajes que realiza, parte del botín. Hay piezas inglesas,

francesas e italianas. Esta combinación estética tan extraña hace que piense en Clarissa y el misterio que supone esta mujer. Desde que la conozco, no he dejado de hacerme preguntas sobre ella. Es como ver de lejos un laberinto. Te atrae el deseo de desentrañarlo, de llegar al centro. Es un desafío y a mí siempre me han gustado los retos. Alguien golpea la puerta con fuerza y me saca de mis pensamientos.

—Adelante.

Me acerco a abrir. James entra en la estancia acompañado de varios hombres con calderos de agua caliente. —La jefa quiere que te bañes.

Me hago a un lado para dejarlos entrar, sinceramente complacido. No pensé que ella fuera a tener alguna

consideración conmigo. Al fin y al cabo, soy su prisionero. James se dirige hacia una de las puertas al fondo de la habitación y, sacando una llave, la abre. Me acerco con curiosidad. El baño tiene tanto polvo que parece que nunca ha sido usado. ¿Dónde diablos se baña ella? Unas mujeres, entre las que reconozco a la doncella de Miranda, entran a limpiar siguiendo las indicaciones de James. Al menos, no ha vendido a las mujeres en el mercado de esclavos y saberlo me tranquiliza. Observo a James con atención y me pregunto quién es este hombre que se ha ganado su confianza. Él es la mano derecha de Clarissa y no sé la razón. ¿Es algún familiar? Lo único que comparten es el color oscuro del cabello. Cuando termina de organizar la limpieza se dirige hacia mí, mientras lo miro apoyado en el marco de la puerta.

—En un momento subirán tu equipaje.

Alzo una ceja con asombro.

—Con este trato, es difícil sentirme preso —contesto con sorna, sin poder ocultar el sarcasmo. — Eres un invitado —dice con amabilidad.

—Clarissa me ha asegurado que no puedo abandonar la casa solo y, si lo hago por la noche... — Levanto mi

brazo y hago un gesto como cuando le cortan la cabeza a alguien.

—No creo que tengas necesidad de salir de noche, así que no es probable que suceda —responde divertido. —Los dos sabemos que soy un prisionero, James.

Clavo mis ojos azules en los suyos, furioso porque no me está tomando en serio.

—Insisto en que eres un invitado. Clarissa no es tan magnánima y paciente con los prisioneros. Me hace un gesto con la cabeza para que lo siga. James se dirige hacia la puerta que intenté abrir anoche.

Saca un pequeño manojito de llaves y la abre. Las cortinas están echadas, pero la habitación no está completamente a oscuras. Contengo una exclamación de admiración ante la cantidad y la calidad de muebles apilados. Hay tantas sillas que pierdo la cuenta. Aquí se encuentran el resto de los juegos de sillas del comedor. Si tiene sillas de sobra, ¿por qué las mezcla sin ton ni son? Mientras sigo intentando comprender la forma de pensar de Clarissa y sus decisiones en cuanto a diseño de interiores, James ya ha abierto las cortinas y la luz hace brillar el barniz de los muebles como si fueran piedras preciosas. Me siento como si hubiera entrado en la cueva de Alí Babá.

—Te voy a dar un consejo —empieza a decir James. Debí imaginar que no me traía a esta habitación para que hiciera un inventario del contenido—. No suelo dar consejos a quien no me

los pide, pero voy a hacer una excepción contigo.

Me tenso mientras miro el cuchillo que tiene colgado a la cintura.

—Entonces no me los des —contesto de mal humor. ¿Quién se cree que es?

—Es mejor que colabores por las buenas —empieza a decir con mucha calma.

Lo corto en seco, porque ya sé por dónde va. Siendo la persona de confianza de Clarissa, va a abogar por su

causa.

—James, pareces un buen tipo. Sabes leer, que es más de lo que se puede decir de los otros, de ella. Eso

quiere decir que eres inteligente. Lo que dije ayer en el comedor es verdad: no sé absolutamente nada sobre

plantaciones.

Me paso los dedos entre el cabello sin saber cómo hacerle entender algo tan sencillo. No puedo colaborar

cuando no tengo ni maldita idea de lo que hay que hacer.

—Todos te escuchamos claramente, pero tendrás que intentarlo. No debe de ser tan difícil. He oído decir

que los nobles viven de las rentas de sus propiedades en el campo y les enseñan a sus hijos a administrarlas.

No será tan diferente la administración de unos terrenos de cultivo de la administración de una plantación.

Estamos hablando de casi lo mismo —dice acercándose a mí.

Nos separan unos centímetros. Me doy cuenta ahora de que uno de sus ojos es blanco. James es tuerto, pero

puede leer. Menuda ironía. «¿Por qué no lleva un maldito parche?», pienso con curiosidad. Mi mirada no deja

de desviarse al ojo malo y me maldigo por mi falta de tacto. Pirata o no, James siempre ha sido amable

conmigo.

—¿Qué te pasó en el ojo? —le pregunto.

No tiene sentido seguir discutiendo el asunto de la plantación. Solo me va a poner de un humor de mil

demonios y no vamos a llegar a ningún lado.

—Lo tengo así desde niño.

—Pensé que los piratas usaban un parche.

Se ríe con ganas.

—Los usamos, pero no para tapar ojos como el mío. No esperarás que vaya por ahí con un parche para que

me cuelguen en la plaza mayor, ¿verdad?

James tiene buen humor y es contagioso. Hace que me olvide enseguida del asunto de la plantación. —Siempre he tenido curiosidad por saber por qué los piratas usan parches. Pensé que para esconder... —Me

callo en cuanto me doy cuenta de mi error.

—¿Un ojo defectuoso como el mío? —termina por mí.

—No quise decir eso.

En realidad, sí, pero me avergüenzo de mi falta de modales y no voy a reconocerlo.
—Estoy acostumbrado a comentarios peores, inglés. Hace mucho tiempo que no me afecta —
dice sin
entonación y sé que es verdad, no le importa—. Para responder a tu pregunta, usamos parches
para
acostumbrarnos a la oscuridad del interior de los barcos durante un abordaje. Después de una
refriega a la luz
del sol, entrar en la oscuridad de los pasillos puede ser peligroso y la visión no se acostumbra
enseguida. Nos
quitamos los parches en cuanto entramos.
—Imagino que tú no entras.
—Así es. Mi trabajo es proteger a Clarissa y ella siempre está en cubierta.
—Me sorprende que necesite protección —murmuro.
—¿De alguien como yo, con una deficiencia como la mía?
—No me refiero a eso. Clarissa parece saber lo que está haciendo. A mí me ha parecido muy
capaz de
defenderse a sí misma.
A James le brillan los ojos.
—Es una buena espadachina y su puntería es legendaria —dice con orgullo, como si fuera su hija
o alguien
muy cercano.
—¿Es tu hija? —No puedo contener mi curiosidad.
—¡No! —exclama riéndose—, pero como si lo fuera.
—¿Conoces a su padre?, ¿cómo permite que su hija se dedique a esta profesión?, ¿acaso puede
dormir por la
noche sabiendo que cada día puede ser el último de su vida si algo sale mal en un abordaje? —
digo con más
enfado del que pretendo.
James deja de reír y clava su ojo bueno en mí. Veo un cúmulo de emociones cruzar por su
mirada. Imagino
que el dicho de que los ojos son el espejo del alma también se aplica para los tuertos.
—Clarissa nunca ha tenido muchas opciones. Su padre es un pirata famoso y ella siempre soñó
con seguir
sus pasos —dice con nostalgia, recordando el pasado, imagino. Asiento con la cabeza,
comprensivo—. Su padre
lo intentó todo para mantenerla alejada de esa vida, pero no pudo conseguirlo. Ella es muy
cabezota. Como si no lo supiera.
—¿Y su madre? —pregunto sin poder esconder mi curiosidad enfermiza por ella.
—Dejad de hablar sobre mí como dos viejas chismosas que no tienen nada mejor que hacer —
interrumpe
Clarissa con frialdad desde la puerta.
Me doy la vuelta y la encuentro vestida con ropas de hombre, los brazos en jarras y echando
chispas por los
ojos. Mientras yo la miro fascinado, James se aclara la garganta.
—Disculpa, jefa.
Sus ojos se suavizan ante la disculpa de James. Lo quiere. Puedo verlo y esa muestra de

humanidad hace

que no me parezca una mujer tan insensible e indiferente. Me pregunto cuánto tiempo lleva escuchando

nuestra conversación y si hay algo que no quiere que averigüe sobre su madre.

—James, tienes terminantemente prohibido hablar de mí con el garrobo.

James estalla en carcajadas y yo empiezo a molestarme. No me gustan los sobrenombres que me pone

porque no los entiendo y eso me exaspera.

—Deja de insultarme —la amenazo mientras camino en su dirección.

—No es realmente un insulto, sino un sobrenombre cariñoso —me dice con excesiva dulzura. No confío en

ella ni un ápice.

—¿Por qué no hablas en inglés?, ¿tienes miedo de lo que pueda contestarte?

Estoy frente a ella. Puedo ver la burla en sus ojos, que brillan divertidos. Aprecio su color oscuro, más

cercano al chocolate que al negro del café solo, con motas doradas, como pequeñas luciérnagas danzando

alrededor de su iris. Sus ojos, un poco rasgados en las esquinas, le confieren ese aire exótico. Las largas

pestañas oscurecen aún más su mirada. Bajo la vista a sus labios llenos. Ella se da cuenta de la dirección de mi

mirada. Sus ojos se oscurecen un poco más. ¿Me desea? Es una locura. Entre nosotros no puede haber nada. —Lagartija oscura.

—¿Qué? —pregunto completamente perdido.

—Garrobo significa lagartija oscura. Tendrás que aprender español. Es indispensable en algunas islas del

Caribe.

—No pienso quedarme el tiempo necesario para viajar a otras islas —contesto con frialdad. —

Estás tan sucio que pareces uno. Anoche no me di cuenta y te puse el apodo equivocado. James se está divirtiendo de lo lindo con nuestro intercambio de frases sin sentido. Lo escucho reír por lo

bajo a nuestras expensas. Parecemos dos niños pequeños peleando por una tontería, incluso yo me doy cuenta,

pero no sé qué tiene esta mujer que no puedo mantener la boca cerrada en su presencia.

—Así que... cuija significa lagartija blanca, ¿eh?

Me acerco un poco más para intimidarla con mi altura. No parece afectada en absoluto. —Muy inteligente, Whixley —contesta retirándose del vano de la puerta y entrando en mi habitación. La sigo mientras mis ojos observan el vaivén de sus caderas y su trasero. La holgura del pantalón no esconde completamente sus curvas. Me obligo a mirar la trenza que cae por sus hombros para detener esta

atracción inapropiada que siento por mi captora, pero es en vano. Quiero deshacer su trenza y ver si su cabello

le cubre los pechos cuando lo lleva suelto. Por más que intento tener pensamientos decorosos en su presencia,

es prácticamente imposible. Ajusto mi pantalón y la sigo hasta el baño. Brilla como una perla blanca. La

bañera de patas de garra de león está llena y aún humeante.
—¿Vas a frotarme la espalda? —le pregunto para incomodarla.
—Te encantaría, ¿verdad? En tus sueños, Whixley —¡Si ella supiera qué sucedía en mis sueños...!—. Espero que no seas uno de esos lores que esperan que les hagan todo. Nadie va a vestirme por la mañana ni a desvestirme por la noche —parece que el ritmo de su respiración ha cambiado—, nadie va a afeitarte ni a bañarte —su voz es una décima más grave— y mucho menos limpiarte las botas o ensillar tu caballo. —Si ella supiera lo que hemos pasado el marqués y yo...—. Tendrás que acostumbrarte a ser independiente. Mis hombres no son niñeras —insiste clavándome el dedo índice en el pecho— ni fuente de información. Cuando quieras saber algo sobre mí, espero que tengas el valor de preguntármelo directamente. Vuelve a tocarme. La tomo de la muñeca sin ejercer presión.
—No veo que tengas prisa por irte. Tal vez quieras acompañarme en mi baño matutino. A mí no me importaría frotarte la espalda y... otros lugares.
La provoqué, arriesgándome a que me dé una bofetada. En realidad, la espero. Jamás había sido tan atrevido con una mujer, especialmente con una que acabo de conocer. He bromeado con mis amantes, pero era parte del juego de la seducción. Clarissa se ríe de mí mientras se suelta. La dejo ir porque no es una buena idea obligarla a quedarse.
—Como dije antes: en tus sueños. No eres mi tipo, William.
—¿Cuál es tu tipo? —Mi lengua no sigue mis órdenes. Mientras yo me esfuerzo por guardar silencio, las palabras salen solas, sin pedir permiso.
—Lo conocerás en la cena —contesta mientras sale del baño—. Tu equipaje está en el vestidor. Vamos a salir a cabalgar.
Espero de pie en medio del baño hasta que escucho el sonido de la puerta de la habitación al cerrarse. Aún no sé si estoy más que impresionado por descubrir el efecto que tengo en ella, ver que la atracción es mutua o el hecho de que tenga un amante y pretenda presentármelo durante la cena. Clarissa es una mujer hermosa.
No espero que sea virgen. Tiene ese aire sensual y femenino que no logran ocultar las ropas holgadas masculinas que insiste en usar. Los hombres intuimos cuándo una mujer es apasionada en la cama y puedo apostar mi alma a que Clarissa lo es. Sin embargo, sé que no voy a tener la oportunidad de comprobar mi teoría. Mi meta es salir de esta casa en cuanto tenga la mínima oportunidad de escapar y

conquistar a Clarissa
no es parte de ese plan. Tal vez, si me lo repito lo suficiente, mi cuerpo traicionero lo entienda y empiece a reaccionar en consecuencia.

4



Clarissa

W

William es el hombre más extraño que he conocido. Por más que intento encontrar alguna similitud con su hermano Falcon, no puedo, y no me refiero solo a su aspecto físico. Es su forma de ser. William es la persona más aristocrática que conozco. Se niega a comer en una mesa sin mantel, sin

cubiertos apropiados, sin el vaso adecuado... es molestamente impertinente en sus exigencias. Me alegro de no haber vendido a la tripulación del Belle Lueur. Es increíble la cantidad de personal que un *lord* necesita a su alrededor para que le hagan la vida más fácil. Cualquiera persona normal habría limpiado su propio baño, habría subido el agua caliente desde la cocina y se habría preparado su propio desayuno.

Mis planes son más importantes que enseñarle una lección de supervivencia a este *lord* petulante. Quiero que se concentre en mi plantación y para ello necesito sirvientes. Los necesarios para mantener a William tranquilo y concentrado en la organización de mi negocio. Me alegro de haber traído a la tripulación del Belle Lueur a la mansión. Mis hombres y yo no podríamos haber lidiado con él y con la cantidad de demandas que hace para cubrir sus necesidades más básicas. Es absurdo. William habría terminado el día con una bala en la frente o degollado por alguno de mis hombres. No son dados al drama ni a la etiqueta o el protocolo. Insiste en sentarse a la cabecera de la mesa y lo dejo.

—¿Puedes comer más rápido? —pregunto con impaciencia mientras se limpia los labios con pulcritud, deliberadamente despacio para molestarme.

Odio esa atracción tan inconveniente que siento por él. Lo sabe y eso me molesta más aún. La mirada felina de autosuficiencia que me ha dado en la habitación donde guardo las sillas me lo ha demostrado. Le gusta provocarme o tal vez no pueda evitarlo. Menos mal que Ringo va a venir esta noche. Ha pasado un tiempo desde la última vez que dormimos juntos y tiene que ser la falta de sexo la que hace que mi cuerpo reaccione desproporcionadamente a la cercanía de William.

—No puedo. Me gusta disfrutar de mi desayuno despacio, así como de otras cosas.

Ahí está otra vez, con esas alusiones sexuales que hace cuando no vienen a cuento. Juro que me exaspera. Mi mente traicionera no deja de conjurar imágenes de William dándose un banquete conmigo como plato principal. Despacio. Gimo de la frustración y el muy canalla se ríe de mi reacción. Para ser un *lord* que presume de su sangre aristocrática cada vez que tiene oportunidad, observando las reglas de la mesa a la perfección, actúa como un libidinoso. ¿Dónde está su autocontrol?

—¿Qué haces cuando no estás asaltando barcos?

Levanta la vista y le hace un gesto a uno de los sirvientes para que le retire el plato de la mesa. Me desespero. Es tan dependiente de los demás que es ridículo.

—Me encargo del botín —contesto sin pensar.

—¿No te tomas unos días de descanso?

Miro cómo toma las tenacitas de plata del azucarero y se sirve dos terrones. Bebe un pequeño sorbo de té. La taza parece demasiado pequeña entre sus grandes manos y aun así la maneja con delicadeza. Es extraño ver cómo un hombre de su altura y constitución puede ser cuidadoso con las cosas delicadas. Me pregunto cómo será en la cama. Lo más probable es que sea un amante aburrido, me quedaría dormida antes de que terminara de desvestirme. Vuelvo a regañarme mentalmente porque no tengo por qué estar haciéndome estas preguntas tontas, como si en realidad hubiera alguna oportunidad de que eso fuera a suceder.

—No necesito descansar.

Es cierto. Casi cierto, me corrijo. Me siento más feliz navegando. A veces me canso un poco, especialmente después de un abordaje difícil, pero no se lo digo. Un buen pirata no descansa unos días. Una noche, tal vez. Siempre está navegando porque el aire del mar es lo que lo mantiene con vida. Las olas son como los brazos de un amante y el botín es la mejor recompensa.

—Todo el mundo necesita descansar. ¿No hay algo que te guste hacer que no tenga que realizarse sobre la cubierta de un barco?

Me quedo pensativa un momento.

—Me gusta coleccionar muebles, por si no te has dado cuenta.

Se ríe.

—Tendría que ser ciego para no verlo, aunque no entiendo por qué están todos almacenados en una habitación.

—¿Una habitación? Tengo el segundo piso lleno de muebles.

Abre la boca con asombro.

—¿Todo?

Asiento con vanidad. Estoy muy orgullosa de mis muebles y de las obras de arte provenientes de mis botines. Los ojos le brillan codiciosos como cuando un pirata encuentra un baúl lleno de doblones de oro. Bueno, pues estos doblones son míos.

—¿Por qué los tienes guardados? Por lo que he visto, la casa está vacía. ¿No quieres disfrutarlos?

—No tengo tiempo para decorar casas. Soy una pirata, no una esposa aburrida que no tiene otra cosa que hacer que embellecer la jaula dorada donde vive prisionera.

—Tienes unas ideas extrañas en cuanto a las esposas. Ni se aburren ni viven prisioneras. Yo nunca mantendría a mi esposa encerrada —contesta a la defensiva.

—¿Dejarías acaso que fuera una pirata?

—Si estás hablando de ti como mi esposa... Jamás me casaría con una loca como tú, así que es una situación imposible.

Intento que no me importen sus palabras, aparento indiferencia. «Loca» es el sobrenombre por el que me conocen en todas las rutas marítimas desde Santa Lucía hasta Nueva Inglaterra: «esa loca de Clarissa». Me molesta más de lo que debería. Es solo un apodo, me repito, no significa nada. Mi nombre es Clarissa y no voy a dejar que vea que me afecta más de lo que debería.

—Es solo un ejemplo para demostrarte que en realidad no le darías toda la libertad que ella quiere. Si fuera una pirata, la mantendrías en tierra.

—En efecto —contesta tranquilamente.

—¿Lo ves? Me estás dando la razón. La mantendrías prisionera dentro de una casa cuando ella querría estar en la cubierta de un barco.

—No lo haría. Si su deseo fuera estar en la cubierta de un barco, encontraría la manera de mantenerla ahí el tiempo suficiente para que fuera feliz. Pero si es la profesión lo que la hace feliz... entonces no lo permitiría. — Levanta un dedo pidiendo silencio para continuar porque ve que deseo discutir e insistir en mi teoría—. ¿Sabes por qué no lo permitiría? Porque no quiero que la maten. Porque la amaré tanto que pensar en que me la puedan arrebatar de mi lado durante un abordaje me volvería loco. Porque tendría que acompañarla cada maldito día para asegurarme de que al llegar la noche sigue respirando, porque mi vida sin ella ya no tendría sentido y no voy a permitir que nuestros hijos crezcan sin una madre. Por eso. ¿Te parecen suficientes motivos o quieres más? —me pregunta con pasión.

Pocas personas me han dejado sin palabras. William es una de ellas. No sé qué esperaba, pero no esta declaración. Mi corazón se encoge y me lleva a un lugar oscuro. Es como si me cayera en un agujero, en un pozo sin fondo. Y, aunque la finalidad de su discurso es ganar la discusión, recalcando el amor que sentirá por su futura esposa, no lo veo así. No voy a negar que sus palabras son conmovedoras y hacen que sienta un poco de envidia por su futura esposa. Su tono posesivo y apasionado hace que me pregunte cómo debe sentirse una mujer al ser amada de esa manera. Sin embargo, sus palabras me llevan a pensar en mi madre, en mi padre, en su relación como pareja.

Mi padre me mintió para protegerme de la verdad cuando me dijo que mi madre había muerto cuando era niña: me había abandonado. Por eso, cuando apareció pidiendo perdón por su abandono tuve que alejarme. El sentimiento de traición por parte de mi padre fue más de lo que pude soportar. Saber que no eres lo suficientemente importante para que tu propia madre te elija sobre sus deseos de libertad es duro. Sin embargo, no tanto como saber que tu propio padre, el centro de tu universo, te miente deliberadamente y convierte tu vida en una obra de teatro en la que él es el director, dirigiendo mis sentimientos de la forma que él considera correcta. Y eso me duele más de lo que nadie se imagina.

Ahora que William ha destapado la caja de Pandora sin querer, me pregunto si en realidad el abandono de mi madre no se debe tanto a su deseo de deshacerse de mí como a su incapacidad por seguir a mi padre de abordaje en abordaje, siempre navegando, siempre peleando, exponiéndose al peligro y a las penurias de la vida pirata, intentando sobrevivir a las batallas navales. Tomo aire y lo dejo salir despacio en un intento por tranquilizarme. No puedo excusar su abandono, me repito, porque la realidad es que se llevó a mi hermano con ella. Un hermano del que desconocía su existencia. Otra mentira de mi padre para no tener que explicar por qué lo llevó con ella y a mí me dejó atrás. Aprieto los labios e intento pensar en algo que desvíe mi atención de mi madre y su abandono.

—¿Y a ti qué te gusta hacer? —le pregunto para alejarme de esta conversación tan peligrosa.

—¿Quieres saber cuáles son mis pasatiempos? —me pregunta perplejo.

—Tú me preguntaste primero —me defiendo—. Solo intento ser amable. Tengo algún que otro

modal todavía.

Se ríe de mi pobre excusa, pero no me importa. Seguir con el otro tema me estaba poniendo furiosa, recordando el pasado. William lo deja pasar sin hacer ningún comentario ingenioso.

—Tengo muchos, en realidad, pero mis favoritos son tocar el piano y practicar esgrima.

—Tendremos que cruzar espadas. Quiero ver si eres bueno.

—No voy a cruzar espadas con una mujer. Olvídate de eso —dice levantándose de la silla y encaminándose hacia la puerta a grandes zancadas.

—¡Espera!, ¿dónde crees que vas? Eres mi prisionero. Yo soy la que decido qué es lo que tienes que hacer. ¡William! —grito más divertida que enfadada, apurando mi café y yendo en su busca.

En el marco de la puerta veo a James riéndose de mí. Maldición. Debería de saber que estaba cerca. Me he olvidado de todo mientras hablaba con William. ¿Cuánto habrá escuchado?

Seguramente toda la maldita conversación. Intento cruzar el umbral sin mirarlo siquiera, avergonzada, pero me agarra del codo con fuerza para detenerme.

—Te encanta escuchar las conversaciones ajenas detrás de las puertas como una vieja cotilla, ¿verdad, cíclope? —le pregunto molesta usando el apodo cariñoso que le puse cuando era una niña. Soy propensa a ponerle apodos a todo el mundo. Usar el nombre de una persona es aburrido y yo odio sentirme aburrida.

—Soy una vieja alcahueta, lo sabes.

—No es nada nuevo. ¿Qué quieres? —le pregunto mirando su mano en mi codo y pidiéndole una explicación silenciosa a esa acción tan poco propia de él.

—William.

—¿Qué pasa con él?

—Te hace reír.

—Mucha gente me hace reír. No saques las cosas de contexto. Él no significa nada.

—Podría significar si le das una oportunidad. A ti te gusta navegar, no te gusta la vida pirata en realidad. Solo la abrazaste para que tu padre se sintiera orgulloso de ti. William es el tipo de hombre que necesitas.

Me zafo de su agarre y lo miro furiosa. Así que ha escuchado las declaraciones románticas de William y ha imaginado que él puede ser el hombre indicado, el que sabrá darme la libertad que necesito mientras me hace feliz. James siempre ha sido un romántico. Por eso tiene una mujer en cada puerto. No prostitutas, sino mujeres decentes que lo esperan con los brazos abiertos. No sé cuántos hijos bastardos tendrá, pero deben de ser más de veinte... o eso dice Sloan. Sloan tiene la lengua más suelta del Caribe y pocas veces se equivoca. Juro que no sé de dónde saca tanta información. Él es el encargado de averiguar la ruta de los barcos cargados de oro y tesoros de las colonias hacia Europa y viceversa. Es mi hombre más valioso. Todos los piratas se lo disputan, por eso le pago una fortuna para mantenerlo a mi lado.

—No voy a darle ninguna oportunidad, y métete en tus asuntos —contesto saliendo al pasillo, yendo hasta la puerta abierta de la mansión.

William está fuera mientras Jacob le apunta con una pistola a la cabeza desde unos treinta metros.

—Jacob, vamos a salir a cabalgar un par de horas, corre la voz —grito desde la puerta.

Jacob asiente y desaparece entre los árboles.

—Vamos a los establos —le ordeno a William, que se estaba tapando las orejas con las manos—. ¿Qué diablos estás haciendo? —pregunto poniendo los brazos en jarras.

—Tienes una voz demasiado estridente. Casi me dejas sordo.

—¡Menuda tontería!

—Eso es porque no te escuchas. Incluso cuando hablas lo haces en un tono demasiado alto.
—Es porque tengo que hacerme oír en el fragor de la batalla. Soy pirata, ¿recuerdas?
—No me dejas olvidarlo —murmura—. Cuando no estés en el barco, intenta actuar como una mujer normal.
—Si por normal te refieres a esas *ladies* inglesas a las que estás acostumbrado, siento decepcionarte, pero yo no soy de la nobleza. Deja de pretender que estás en Inglaterra. Hablo alto, ¿y qué? Es mi forma de ser. Si no te gusta, tendrás que aguantarte. Además, soy tu captora. No me das órdenes. Yo te las doy a ti.
El muy granuja estalla en carcajadas sabiendo que no puedo atravesarlo con la espada ante su falta de respeto porque lo necesito para llevar a cabo mis planes. ¡Maldita sea!

Primero bajamos hasta los portones que impiden la entrada a mi propiedad: Emerald Bay o Bahía Esmeralda. La casa comparte el mismo nombre de la bahía. Cabalgamos por el interior del terreno. Todo está debidamente amurallado. Observo a William de reojo en varias ocasiones sin que se dé cuenta. No deja de mirar alrededor buscando una brecha, tomando nota de todo lo que ve. No soy tan inocente. Sé que a pesar de nuestras conversaciones y bromas él sigue siendo un cautivo. Mi cautivo. Y la meta de un prisionero es escapar a la mínima oportunidad. Por eso lo he traído por esta ruta. Es la más larga, pero así se dará cuenta de una vez para siempre de que es imposible escapar de mí.

Cabalgamos en silencio. William planea su fuga y yo disfruto del paseo. Me gusta mucho cabalgar. Es otro de esos pasatiempos de los que hablaba William durante el desayuno. Me sorprendieron mucho los suyos. ¿Tocar el piano? Obviamente, sus manos son delicadas y puedo imaginarlas acariciando con maestría las teclas de marfil. Tengo curiosidad por saber qué tipo de música le gusta. Seguro que es algo insulso y acorde con su posición social. A mí me gustan las canciones rápidas y alegres porque me gusta mucho bailar. Mi padre solía llevarme con él a las tabernas cuando era niña y mientras la tripulación jugaba o bebía las ganancias del día yo bailaba con otros niños, los hijos de los taberneros o de otros piratas. En cuanto a la esgrima... No parece el tipo de persona que la practique y estoy deseando ver qué tipo de contrincante es y qué escuela practica.

—¿Se puede saber adónde vamos? —rompe el cómodo silencio en el que estábamos.
—A la plantación de Falcon.
—¿No deberías pedirle permiso antes? No creo que le haga gracia que andes fisgando en sus asuntos. —Falcon y yo no necesitamos el permiso del otro para entrar en nuestras propiedades.
—¿Eres su amante?
No puedo evitar reírme ante la imagen de Falcon y yo juntos.
—¿De dónde sacas semejante idea? Falcon y yo somos buenos amigos.
—Los hombres y las mujeres no pueden ser buenos amigos.
—En Inglaterra, tal vez. ¿Qué te hace pensar eso?
—Te regaló todo lo que había en el Belle Lueur.
—Bueno, según las reglas de la piratería, el que aborda un barco es dueño de todo. Miranda es diferente

porque es su esposa.

—¿Qué me dices del coñac? Es de la mejor calidad.

—Mmm.

—Era un regalo de Miranda a Philip —insiste.

—A Philip ya no le interesa nada que provenga de Francia.

—Pero tú le dijiste...

—Solo bromeaba. Philip terminó con Claudine, su amante francesa, hace un par de meses. Solo quería

molestarlo. Es todo.

—Vaya, vaya. Así que francesa, ¿eh? ¿Qué fue lo que pasó?

—Eres muy curioso. Ya sabes lo que dice el refrán: la curiosidad mató al gato.

—Es mi hermano. No es curiosidad, se llama interés.

—Él no parece apreciar tu interés, ni tu presencia, ni nada relacionado contigo, así que no sé por qué te

interesas en sus asuntos.

—Deberías saber que la familia es uno de esos asuntos; que, a pesar del dolor que nos provocan sus heridas,

seguimos hurgando en ellas, porque es mejor sentir dolor que no sentir nada —dice con tristeza

—. No quieres

sentir el desamor.

Sé bien de lo que habla. Tal vez William y yo compartimos más cosas de las que pensé en un principio. Solo que estamos en situaciones opuestas. Él quiere acercarse a su hermano y Philip insiste en mantenerlo alejado. Yo quiero alejarme de mis padres y ellos quieren lo mismo que William: una oportunidad de arreglar las cosas.

¿Por eso ha venido a Santa Lucía, no?

—¿Por qué has venido tan lejos si sabías que Philip no te iba a recibir precisamente con los brazos abiertos? —Miranda insistió. Si no hubiera sido por ella, nunca me habría atrevido a venir. Dilo, sé que piensas que soy un cobarde.

Veo cómo sus puños aprietan con fuerza las riendas, como si le importara mi opinión o esperara que lo confirmara.

—No creo que seas un cobarde. Creo que te conozco lo suficiente para saber que, si de verdad no hubieras

querido venir, no lo habrías hecho. Tienes mucho carácter. Insistes en salirte con la tuya en mi propia casa. —

Veo cómo curva la comisura de sus labios en una sonrisa—. Haces lo que te da la gana a pesar de que eres mi

prisionero, así que no me creo esa excusa.

Ni siquiera yo sé por qué trato de defenderlo. Por Dios, lleva apenas un día aquí.

—Tienes razón. Miranda me brindó la oportunidad perfecta para aventurarme en busca de mi hermano.

Estábamos muy unidos cuando era un niño.

—¿Qué fue lo que pasó?

Se mantiene callado durante mucho tiempo. Tal vez decidiendo qué decirme.

—Sé que se peleó con mi padre, aunque no sé los motivos.
Miente. Sé que me está mintiendo, pero ¿cómo culparlo? No somos amigos precisamente. Somos enemigos, en realidad, aunque no actuemos como tales. Una enemistad recubierta de algunas bromas y conversaciones demasiado personales para dos extraños unidos por circunstancias excepcionales. Sé que, si le diera la libertad en este momento, se iría. Abandonaría Emerald Bay y Santa Lucía como alma que lleva el diablo, porque, seamos sinceros, Falcon no va a ceder. Es tan testarudo como una mula.

—Claudine enviudó —le confieso.
—¿Su amante era una mujer casada?
Detiene el caballo completamente consternado. Casi me río de su reacción.
—Hay hombres... a quienes no les gusta ser exclusivos ni que los controlen, ni que les exijan más sentimientos de los que están dispuestos a ofrecer. Una mujer casada es la amante perfecta para ese tipo de hombres, hombres como tu hermano.

—Miranda no lo merece. Es la persona más inocente y genuina que conozco. Ahora sí que no puedo contener la risa.
—Miranda es exactamente lo que Falcon necesita, créeme. Es una cuchara de su propia medicina. Esa lengua viperina y ese carácter que tiene...
—No la conoces.
—La conozco lo suficiente. Tú no has entrado a las habitaciones de tu hermano después de que ella subiera a buscarlo. Falcon la tenía en la cama debajo de él. Si no hubiera llegado a tiempo, habrían consumado el matrimonio en ese momento.

—Estás mintiendo.
—No tengo motivos para mentir. Solo digo que Miranda tal vez no sea tan inocente como piensas. —Lo es. Estuve meses encerrado en un barco en su compañía. La conozco mejor que a Philip y tanto como a mí mismo. Siempre he admirado a las personas que son capaces de poner la mano en el fuego por otras sin dudarlo. Siento un poco de envidia por Miranda porque ella se ha ganado su confianza hasta ese punto y la envidia no es un buen sentimiento. Aunque ¿por qué me preocupo? Soy una asesina, no debería sorprenderme sentir envidia por otra persona. ¡Es algo tan insignificante si lo comparo con otros pecados que tengo!

—Piensa lo que quieras. Yo sé lo que vi y, si de verdad estás tan unido a ella como dices, tal vez debas jugar esa carta a tu favor.
—¿A qué carta te refieres? —pregunta frunciendo el ceño confuso.
—A la de la amistad. Miranda puede conseguir información privilegiada sobre la plantación de

Falcon

Point. Información que necesitas para llevar a cabo la misión que te he encomendado.

—¿Quieres que convierta a Miranda en mi espía? No pienso usar a mi cuñada para llevar a cabo tus planes

absurdos. ¡Me niego rotundamente! —insiste furioso.

No sé qué es lo que me molesta más, si su código de honor, su lealtad hacia Miranda o la poca importancia

que le da a mis planes. Sea lo que sea, su respuesta solo me demuestra que no somos amigos y que le importan un rábano mis sueños, mis esperanzas, mis hombres y su futuro. Él es un peón temporal en este juego y esperar más solo me va a llevar a la perdición y a la desilusión. Y ya tengo bastante con la experiencia de mis padres como para querer repetirla. Me repito a mí misma: «Clarissa, mantente alejada de él». Pero, cuando se trata de William, es más fácil decirlo que hacerlo.

5



William

E

esperar que Clarissa se rija por algún código de honor es como esperar que los cerdos vuelen. Es un imposible. Es una pirata. Una salvaje sin civilizar, una ladrona y una asesina. No se conduce por ningún motivo respetable. La ambición es el timón de su barco y su capitán la vileza. Decido que no voy

a dirigirle la palabra por lo menos hasta que me calme. Estoy demasiado furioso para hablar con nadie en estos momentos. Mi caballo está inquieto porque siente mi mal humor. No soy una persona agresiva, pero juro que cada vez que me pide que traicione mi honor me dan ganas de estranglarla.

Cabalgamos en silencio durante quince minutos más, hasta que llegamos al límite de la propiedad. Falcon Point está al otro lado de un muro de piedra. Hay unas escaleras rústicas que llevan a la cima. Clarissa desmonta y yo la imito. Ata su caballo a uno de los árboles del bosque que nos rodea. Si hay algo que tengo claro en cuanto a los planes de Clarissa es que hay que talar. Hay tantos árboles que no creo que sea viable convertir este bosque en una plantación de caña. Decido que voy a esperar a evaluar toda la situación en vez de empezar a lanzar órdenes a diestro y siniestro. Supongo que eso significa que, si no puedo escapar, tendré que tomarme en serio el asunto de la plantación.

Clarissa se sienta sobre el muro de piedra y yo a su lado. La plantación de Philip se extiende hasta que se pierde en el horizonte. Mis ánimos se hunden cuando me doy cuenta de que es casi imposible escapar de Emerald Bay a pie. Aunque logre llegar hasta aquí, los campos de caña parecen no tener fin y sin conocer el terreno estoy seguro de que me perderé durante días. Parece un laberinto interminable. Miro a mis espaldas y me sorprende al encontrar un pequeño grupo de casas. La vista del paisaje me corta el aliento y desvío mi mirada hacia el reducido poblado. Huir es mi meta.

—¿A quién pertenecen esas casas?

—Es donde viven los trabajadores de la plantación.

La ilusión regresa al darme cuenta de que tal vez pueda encontrar a alguien dispuesto a ayudarme, pero esa

esperanza muere en cuanto Clarissa me lee la mente. Juro que esta mujer tiene algún poder mental. —Incluso aunque consigas llegar hasta el poblado de los trabajadores, no vas a encontrar a nadie dispuesto

a ayudarte. Te llevarán ante tu hermano y no creo que Falcon te vaya a ayudar. Sinceramente, William, es

mejor que te enfoques en lo que te he pedido. Cuanto antes termines, antes quedarás libre.

Prefiero guardar silencio. No voy a darme por vencido. Sé que Clarissa trata de destruir mis esperanzas de

escapar. Este paseo se trata de eso. Ella hará lo que tenga que hacer para conseguir sus fines y yo lo que

considere necesario para alcanzar la ansiada libertad.

—Tendrás que incluir barracones para los esclavos similares a las casitas del poblado de Falcon.

—Si Philip contrata trabajadores, no veo por qué tienes que comprar esclavos —contesto de mal humor. Considerando que Clarissa no se rige por ningún código moral ni principios, salvo la piratería y el código de

ladrones y asesinos, no debería sorprenderme que quiera emplear esclavos. Yo me niego a considerar la

posibilidad. Me considero humano y no voy a descansar hasta que ella cambie de opinión respecto a este tema. —Es más barato. Solo pagas una vez por ellos en vez de pagarles todos los meses —dice encogiéndose de

hombros como si lo que estuviera sugiriendo no fuera una barbaridad.

—No voy a permitirlo.

Ella estalla en carcajadas.

—No eres nadie para prohibirme nada.

—Quieres tener una plantación tan exitosa como Falcon Point y Philip emplea trabajadores. Creo que

deberíamos hacer exactamente lo que está haciendo mi hermano para conseguir los mismos resultados —trato

de hacerla recapacitar.

—No puedo poner a mis hombres a trabajar en los campos. No va a funcionar y no puedo contratar a más

personas porque el negocio no sería rentable.

—Entiendo lo que me dices, pero... creo que no entiendes lo que es ser un esclavo. Tengo una propuesta —le

digo con cuidado.

—Mmm. ¿Qué tipo de propuesta?

—Visitaremos una plantación de esclavos.

—No es necesario. Ya he tomado una decisión.

—Me has pedido que levante una plantación de caña de la magnitud de Falcon Point y ahora quieres

inmiscuirte y tomar tú misma las decisiones más importantes. Si la plantación fracasa será mi culpa, pero en

realidad será tuya por sugerir atrocidades como la compra de los esclavos. Si quieres que siga con este

proyecto, tendrás que escucharme y darme la oportunidad de demostrarte que hay un buen motivo para

sustentar mis decisiones —le digo con frialdad.

Se queda en silencio mirando al frente durante largo tiempo. Puedo ver que está sopesando mis palabras. —Quiero demostrarte que la esclavitud es una crueldad hacia el ser humano y no lo vas a entender a menos

que te pongas en su lugar. Ahora que si tienes miedo...

—¿Miedo de qué? No seas ridículo. Iremos a esa plantación de esclavos, pero voy a seguir con mis planes —

me advierte.

—Ya veremos —le contesto intentando tener la última palabra.

A pesar del rumbo de la conversación, me siento a gusto junto a ella. Clarissa sigue siendo un misterio para

mí y, aunque pretende aparentar ser fría y sin sentimientos, yo sé que en el fondo es una mujer sensible a las

necesidades de los demás. Se preocupa por brindar un futuro a sus hombres cuando no tiene necesidad de

complicarse la vida. Una vez que vea lo que es la esclavitud, sabré si su alma tiene posibilidad de redención o

si, por el contrario, yo soy el que necesito ser redimido.

—También me gustaría pedirte otro favor.

—¿No estás tomándote muchas libertades para ser un prisionero? ¿Quién crees que soy, un misionero

jesuita?

—En realidad, es un favor que te beneficia.

—¿De qué se trata?

¡Es tan fácil despertar su curiosidad!

—Me gustaría sacar los muebles del segundo piso y el ático y distribuirlos por la casa. No tiene sentido tener

esas obras de arte y mantenerlas acumulando polvo cuando puedes disfrutar de ellas.

—¿Quieres decorar mi casa? —me pregunta totalmente asombrada.

—Sí. No creo que tarde más de un par de días. Me he dado cuenta de que el estudio de la planta baja está

vacío.

—Es porque todo lo que necesito está en el camarote de mi barco —se justifica.

—Voy a necesitar un escritorio donde trabajar y vas a tener que acondicionar la mansión para

recibir las
visitas de los compradores de caña. No vas a causar una buena impresión si te reúnes con ellos
alrededor de la
mesa del desayuno, que tiene una silla de cada estilo y...
—Basta, ya entiendo lo que quieres decir. Haz lo que quieras, pero te advierto que si se estropea
algún
mueble en el proceso... te haré pagarlo —me amenaza, lo cual me hace mucha gracia.
—Deberíamos regresar. Quiero empezar cuanto antes.
Es verdad, no puedo esperar a poner mis manos en los muebles de Clarissa. Es lo más
emocionante que voy
a hacer en meses, desde antes de partir de Londres no me encontraba tan entusiasmado en un
proyecto como
en este momento.
—Tienes razón. Vámonos.
Me levanto antes que ella y le ofrezco la mano. La veo indecisa durante un momento como si
creyera que tal
vez la voy a empujar o algo así.
—Solo pretendo ser un caballero.
—No estoy acostumbrada a la amabilidad sin motivos.
—Puedo imaginarlo —le contesto mientras tomo su mano y tiro de ella.
Clarissa se pone de pie frente a mí y no suelta mi mano inmediatamente. Nos miramos unos
segundos. ¡Esa
atracción inconveniente palpitando entre nosotros como un corazón que se niega a dejar de latir a
pesar de los
años! Clarissa recorre mi rostro rojo y lleno de granos. Nunca me ha importado mi aspecto tanto
como en
estos momentos. Quiero que me encuentre tan atractivo como yo a ella. Precisamente el aspecto
físico es una de las cosas que uno no puede cambiar. Me mira con un poco de lástima, pero ya
estoy acostumbrado a ese
tipo de miradas.
Mi estómago ruge de nuevo como cada vez que me golpea el desasosiego y la ansiedad. Ella se
separa
primero, rompiendo el contacto y bajando las escaleras de dos en dos. Desata el caballo y se sube
ágilmente sin
esperarme. Cuando la alcanzo, me doy cuenta de que toma otra dirección diferente para llegar a
la mansión.
Cabalgamos en un silencio amigable. La propiedad de Clarissa sigue estando rodeada de un
bosque
interminable. Cuando divisamos por fin la construcción, me doy cuenta de que necesita un
jardinero. Tiene
mucho potencial, pero nadie se preocupa por los detalles en este lugar. Parece lo que es: la
guarida de algún
pirata o malhechor.
—Necesitas un jardinero. ¿Acaso no te gustan las flores? —pregunto con genuina curiosidad. —
Las flores son innecesarias y requieren de muchos cuidados. No paso el tiempo suficiente en
Emerald Bay

para cuidarlas. Morirían en un par de días.

—Ahora que tienes la tripulación del Belle Lueur, puedes pedirle a alguien que se encargue de cuidar el jardín.

—No sé. No estoy acostumbrada a apreciar ese tipo de belleza.

—¿Acaso ese amante que va a venir a cenar no te ha regalado nunca flores?

—¿Ringo? —pregunta estallando en carcajadas sin poder evitarlo—. Ringo y yo solo somos amantes, no me

está cortejando. ¿Tú regalas flores a tus amantes? —pregunta con curiosidad.

—Por supuesto. Flores, joyas, bombones, vestidos... Es una forma de demostrarles mi aprecio. Ser amantes

no solo significa pasar un buen rato entre las sábanas.

—Eso es lo único que compartimos Ringo y yo: un buen rato en la cama. No sabía que había otra manera de pasar el tiempo.

—¿No hablas con él? —pregunto extrañado.

—¿Hablar de abordajes cuenta?

Pongo los ojos en blanco. Aún no conozco a su amante de turno y ya me cae mal. Si Clarissa fuera mi

amante... le demostraría el aprecio que le tengo. Querría conocer sus pensamientos más íntimos.

La cubriría

de lujos y adoraría su cuerpo como merece. No tiene sentido fantasear con un imposible, especialmente

porque soy un hombre cautivo y arruinado. Lo único que podría ofrecerle en este momento serían las flores

robadas de los jardines de Philip. Tal vez... tal vez debería mostrarle a Clarissa que hay hombres que sí

sabemos apreciar la compañía de una mujer. Que ella es merecedora de ese tipo de atenciones.

—Creo que deberías contratar a alguien para que se encargue de los jardines de tu casa. Una buena

impresión ayuda a la hora de hacer negocios.

—Para ser alguien que no para de quejarse de su condición de prisionero, no dejas de intentar convertir mi

casa en tu hogar. No sé qué dice eso de ti, cuija.

—Deja de llamarme apodos absurdos.

—Son apodos cariñosos. Las lagartijas son mis animales favoritos.

Arrugo la nariz porque no me gustan los reptiles de ningún tipo. Su piel húmeda y escurridiza me da

escalofríos.

—Y yo pensé que eran los monos y los loros —me burlo.

—No soy una pirata convencional, como ya te habrás dado cuenta. Mi mascota es una rana coquí que se

llama *sir* Croqui.

Esta mujer puede ser ridícula si se lo propone.

—¿Qué significa coquí?

—Es un tipo de rana nativa de Puerto Rico.

—¿Por qué elegiste una rana? —pregunto con curiosidad.

—Mi padre tenía un loro que se llamaba Prudencio.

Juro que nunca he conocido a una mujer que me haga reír tanto como esta sin proponérselo. —
Deja de reírte —bromea mientras me da un empujoncito en el hombro—. Era un nombre muy apropiado.

Hablaba cuando no debía, así que le puse Prudencio para ver si se le pegaba algo del nombre. —
Estás completamente loca. Sigue, por favor.

—El caso es que cuando Prudencio murió en un abordaje, mi padre cambió de mascota. Le ganó un mono

cara blanca a un pirata en una partida de cartas en Costa Rica. Los monos son muy...

impertinentes y

molestos, por lo que me decidí por una rana.

—Así que esa rana coquí... ¿es de Puerto Rico?

—Efectivamente.

—¿Naciste allí?

Clarissa ignora mi pregunta. Llegamos a la mansión, pero, en vez de dirigirse a las caballerizas, rodea la

casa. Se detiene junto a unas plantas extrañas de color verde grisáceo. Se agacha, con el cuchillo arranca un

par de hojas gruesas y vuelve a montar.

—Si no quieres decir de dónde eres...

—¿Por qué haces tantas preguntas? —se impacienta.

—Tengo curiosidad. Tú misma me has dicho que cuando quiera saber algo de ti, te pregunte. —
Efectivamente, soy de Puerto Rico, ¿feliz?

Ni de cerca, pero tendré que conformarme por el momento.

—¿Qué tipo de planta es esa? —decido cambiar de tema.

Clarissa no es una mujer que le guste que la presionen o le exijan más de lo que está dispuesta a dar. —Se llama sábila. Acércate para que pueda ponértela en la piel —dice mientras monta de nuevo y se acerca

a mi montura.

—No sé si es sensato, dado el tipo de piel que tengo.

—Es lo más sensato que puedes hacer, créeme. Te ayudará, ya lo verás. En un par de días notarás la

diferencia. Tal vez mañana mismo. Al menos, desaparecerá el enrojecimiento.

La miro con escepticismo porque no puedo imaginar que la solución a mi problema esté en una planta. He

visitado a varios doctores en Londres sin obtener resultados, así que... bueno, no espero nada, en realidad. Tal

vez quiere destrozarme el rostro.

—William, tendrás que aprender a confiar en mí igual que yo cuando te di la mano que me ofreciste

confiando en que no me empujarías —me dice mirándome intensamente.

—Está bien, procuraré hacerlo —cedo sin estar conforme del todo.

—Lo intentaremos juntos. Los dos tendremos que aprender a confiar en el otro. Ahora formas parte de

nuestro equipo y yo le confiaría mi vida a mis hombres sin dudar.

Trago saliva porque, mientras ella trata de ser amable conmigo, yo solo pienso en traicionarla de la peor manera posible: escapando. Clarissa pasa la planta por mi rostro por el lado donde la cortó e inmediatamente siento mi piel más fresca. Respiro aliviado. Aún no confío en que pueda hacer desaparecer los granos, aunque el ardor ha disminuido considerablemente.

—Gracias.

—No hay de qué.

Clarisa azuca a su caballo y se dirige hacia los establos. La sigo de cerca.

—¿Dejarás que me encargue del asunto de la plantación? Yo te diré a cuál vamos a ir. La rapidez con la que se da la vuelta me sorprende. Está furiosa.

—No vas a abandonar Emerald Bay sin mí —me espeta.

Levanto los brazos en alto.

—¡Eh!, no te he pedido salir de mi prisión, solo voy a hablar con James y le voy a pedir su opinión en cuanto al tipo de plantación que quiero visitar. —Su expresión se suaviza un poco—. No voy a abandonarte, si tan desesperada estás por mi compañía —intento bromear.

Su tono posesivo hace que el corazón me lata más rápido, como si la idea de que desaparezca de su lado le afecte y no por no poder realizar sus planes, sino por mí mismo. Realmente, estoy tan enfermo como ella. La burla regresa a sus ojos. Esa es una expresión a la que los dos estamos acostumbrados. Me recorre de arriba abajo y sus ojos se detienen ávidos en mi pecho y el contorno de mis brazos. Vaya, vaya. No es que me disguste ver que le guste.

—Si es lo que quieres pensar...

No sé qué vamos a hacer con esta atracción que sentimos el uno por el otro. Tengo curiosidad por ver quién cae primero en la tentación y da el primer paso. Yo no soy ningún monje y ella no es una mujer virtuosa. Pienso en la cena de esta noche y en que, a pesar de que se siente atraída hacia mí, va a entregarse a su amante de turno. Eso me molesta más de lo que quiero reconocer. ¿No debería ser yo el que apague el fuego del deseo que despierto en ella? ¡Maldita sea! Estoy acabado.

Pude haberme retirado a mis habitaciones y cenar tranquilamente yo solo, pero la curiosidad pudo conmigo y aquí estoy, tratando de mantener una conversación civilizada con mi captora y su amante en uno de los saloncitos de visitas mientras disfrutamos una copa antes de la cena. Él es exactamente el tipo de hombre que esperaba: descortés, prepotente y sin carácter. Cualquiera puede ver a la legua que su misión esta noche es meterse en la cama de Clarissa.

No lo puedo culpar, ella es el epítome de la sensualidad. Una Afrodita caribeña de piel aceitunada y ojos rasgados que me vuelve loco y no solo de deseo, también de frustración. Esta noche lleva un vestido rojo oscuro y está preciosa. El escote es tan bajo que temo que se le salgan los pechos cuando se sienta a la mesa a cenar. No creo que Ringo la haya mirado a los ojos en toda la noche. La doncella de Miranda ha trenzado su cabello oscuro como si fuera una corona alrededor de la cabeza. Me molesta que se haya arreglado así para él porque no la merece. El trato que le da al servicio es deplorable y no quiero ni imaginar cómo va a ser con ella una vez que se queden a solas. Es un pirata engreído que se cree Calicó Jack por su forma extravagante de vestir. Lleva un traje morado oscuro, con diseños en color lila. Jack era uno de los piratas de la Edad de Oro de la piratería, conocido por tener dos mujeres piratas en su tripulación. Una de ellas, su amante: Anne Bonny.

En realidad, lo que me molesta es que lo haya elegido a él y no a mí. Es mejor así, me repito. Nuestra relación solo se complicaría si nos convirtiéramos en amantes y, aunque hay una fuerte atracción entre nosotros, los dos tratamos de ignorarla por nuestro propio bien. En cuanto regresamos a la mansión, después de recorrer su propiedad, nos enfrascamos en la decoración de la casa. Pensé que iba a mostrarme dónde guardaba los muebles y desaparecer de mi vista, pero se quedó y trabajamos codo a codo durante todo el día hasta casi la hora de la cena. Nuestros gustos en cuanto a la decoración de interiores son muy parecidos y el tiempo pasó volando. Por un momento olvidé que ella es mi captora y yo su prisionero. Parecíamos dos amigos disfrutando de un interés común.

Tal vez tenía razón cuando dijo que los hombres y las mujeres podían ser amigos; sin embargo, la excitación en la que me encontraba cuando se acercaba demasiado a mí me recordaba que Clarissa y yo no podríamos ser amigos nunca, no solo porque mi cuerpo reaccionaba a su cercanía, sino porque mis pensamientos me traicionaban imaginando todas las formas en las que me encantaría poseerla sobre los maravillosos muebles que sus hombres y el resto de la tripulación movían de una habitación a otra siguiendo nuestras indicaciones. Si no hubiera sido por su presencia obligada...

—¿Qué significan todos estos cubiertos, Clarissa? —pregunta el Ramillete de Lilas, como lo había apodado, mientras entramos al comedor.

Me dirijo hacia mi lugar: la otra cabecera de la mesa. Ringo mira asombrado, como si nunca hubiera visto una mesa puesta formalmente. Lo más probable es que nunca lo haya hecho.

—Ha sido idea de William —contesta escuetamente.

—¿Se puede saber por qué dejas que tome decisiones en tu casa?

—Me gusta complacer a mis invitados.

—No son esos los rumores que corren.

—Así que ya corren rumores, ¿eh? William es el hermano de Falcon y me está ayudando a convertir Emerald Bay en una plantación.

—¿Aún sigues insistiendo en esa idea descabellada?

Puedo ver que a Clarissa no le ha gustado su opinión. Una cosa es que tu prisionero se queje de tus planes y otra que tu amante no te apoye.

—La piratería está llegando a su fin y, por mucho que me guste navegar, me gusta más seguir con vida.

—Un pirata de verdad muere en la cubierta de un barco y no acostado en una cama.

—Un pirata muere donde le sorprenda la muerte y no donde elija morir —contesta tensa.

En este momento, Ringo se da cuenta de que yo ya me he sentado en una de las cabeceras de la mesa y Clarissa en la otra. Había dispuesto que colocaran un servicio a la izquierda de Clarissa en vez de su derecha. De esta manera le estaba quitando importancia, ya que el invitado de honor siempre se sienta a la derecha de la anfitriona. Posiblemente ninguno de los dos sabe este detalle de tanta relevancia. Cómo asignar los puestos de los invitados en una mesa es todo un arte y una de las cosas que cualquier debutante inglesa conoce a la perfección. Me repito que ellos son dos piratas sin conocimiento de las normas más básicas de etiqueta, aunque eso no me impide disfrutar de mi pequeña travesura.

—Clarissa, ¿por qué permites que él se siente a la cabecera de la mesa? Ese lugar debería ser mío.

Intento contener la risa ante su pequeña rabieta. Clarissa parece estar a punto de perder la paciencia.

—¿Por qué no me preguntas a mí mejor? —le pregunto.

—Tú no eres nadie —me dice con menosprecio.

—Es el lugar de William. Siéntate de una maldita vez y deja de quejarte.

Mi sonrisa crece más cuando Clarissa me defiende y eso le molesta a Ringo tanto como la coza de un burro en sus partes más delicadas.

—Así que es su lugar, ¿eh? ¿Desde cuándo?

—Desde que vive aquí; además, a ti nunca te ha importado eso.

—¿Es porque nunca hemos comido en una mesa! ¡Lo hacíamos en la cama! ¿Desde cuándo te has vuelto tan estirada?

Clarissa se sonroja y yo alzo una ceja divertido. ¿Qué tipo de hombre revela esos detalles de su relación enfrente de otro? En la mesa, nada menos. Está celoso y no puedo creerlo. De mí. Lo único que puedo decir a mi favor es que tengo mejor gusto para vestir, si es que la mirada de apreciación que me dio Clarissa cuando aparecí en el salón significó algo.

—¡Basta, Ringo! Deja de hacer un drama por nada.

—No me estás ofreciendo mi sitio. ¡Levántate! —me ordena como si fuera un mequetrefe.

—No —contesto con autoridad retándolo a que me obligue. Así tendré la excusa perfecta para partirle la cara.

—Tendré que retarte y tomar lo que es mío por derecho.

—Ya has escuchado a Clarissa. Este es mi lugar y no voy a cederlo, así que hazte a la idea —insisto con seguridad, sin apartar mi mirada de la suya.

En ese momento veo que camina en mi dirección mientras se lleva la mano a la empuñadura de la espada que le cuelga del cinto. Veo cómo la desfundaba con rapidez. Mis instintos de supervivencia se activan en el acto y salto de la silla con presteza al tiempo que el filo de la espada golpea el respaldo de la silla, haciendo que el precioso tallado de madera de palo santo salte por los aires y destrozando una obra de arte de la Regencia. Clarissa mira la silla con furia. Conociendo su pasión por los muebles, que se iguala a la mía, entiendo su reacción.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le increpa a Ringo mientras se levanta de la silla y se alza las faldas del vestido para revelar los pantalones que lleva debajo junto a su espada.

Juro que casi se me desencaja la mandíbula al abrir la boca con estupor. Me acerco sin pensarlo dos veces y le arrebató la espada de las manos.

—Concédeme el placer —le suplico en voz baja para que solo ella me escuche. Asiente levemente.

—Es un buen espadachín. Ten cuidado —me susurra.

—No tan bueno, puesto que no me ha alcanzado. Dame algo de crédito, por Dios.

—Adelante. Espero que no dejes que te mate.

—Esa silla era una de mis favoritas.

—También para mí. ¿Por qué crees que estaba en la cabecera de la mesa? —me pregunta guiñándome un ojo.

—Nos entendemos.

—¿Vas a pelear como un hombre o vas a seguir charlando como una comadre?

Su tono burlón hace que quiera desarmarlo en el acto; aun así, le doy unos minutos para demostrarle a Clarissa que no soy ningún idiota. Sé manejar la espada a la perfección y sé que es un poco presuntuoso de mi parte querer que ella admire mi maestría, pero así soy yo: algo vanidoso. Ella no es el tipo de mujer que se deja impresionar por una interpretación de piano perfecta o por recitar en latín un poema de Virgilio. No voy a detenerme a pensar en mis motivos egoístas para querer que me mire con admiración, además de pretender darle una lección a este petimetre de Ringo. Nos colocamos frente a frente. En este momento, me siento como uno de esos pavos reales a punto de abrir su cola para impresionar a la hembra. Así de confiado estoy.

—*En garde!* —digo al tiempo que ataco a mi contrincante.

Él para el ataque y cruzamos las espadas tentativamente mientras nos medimos en varios ataques falsos.

—Eres uno de esos lores que practica por aburrimiento y no por necesidad —dice con satisfacción, como si me conociera.

Muevo el pie izquierdo hacia atrás, sin mover el derecho. Estiro el brazo apuntando a su hombro, manteniendo mi distancia y dando un toque a tiempo que él rechaza con un toque con *remis*. Me ataca y los filos entrechocan produciendo ese sonido que me excita tanto. Realizamos varios toques simultáneos. Amo este arte y, mientras él se deja llevar por la frustración y el enojo, yo me mantengo frío anticipándome a sus movimientos. Rodeamos la mesa del comedor probando nuestro talento.

Clarissa se mantiene a una distancia prudencial, apoyada contra la pared. No puedo detenerme a observarla y tratar de averiguar qué está pensando, por eso aguanto mi curiosidad y sigo tratando de que Ringo sea el que baje la guardia primero. En el vano de las dos puertas del comedor se amontonan algunos de los hombres de Clarissa. No consigo distinguirlos con certeza, no puedo distraerme. Posiblemente han escuchado el entrechocar de las espadas y han venido a curiosear. No puedo culparlos. No hay nada como un buen combate de espadas. Ringo es bueno, pero yo soy mejor. Su destreza está en la rapidez con la que se defiende y ataca y mi destreza está en los movimientos que mi maestro italiano me enseñó. Es difícil poder superar aquel entrenamiento. Si me viera ahora mismo, se reiría de mí por la forma condescendiente con la que trato a mi contrincante. El pensamiento me hace sonreír.

—¿Te estás burlando, inglés? —pregunta mientras salta sobre la mesa ágilmente.

Eso borra la sonrisa de mi rostro. No puedo saltar sobre la mesa, mis kilos no me lo permiten. Ringo aprovecharía el momento para acabar conmigo sin despeinarse siquiera. Además, no soy tan insensible como para estropear una mesa bien puesta. El muy desgraciado se desplaza sin tocar la vajilla y la cristalería. El mantel blanco, sin embargo... Es cuidadoso, pero solo son sus buenos reflejos. Hago un movimiento inesperado y salta como una rana sobre el filo de la espada. La espada de Clarissa es un poco más ligera que cualquier otra que haya usado antes.

—Puede ser. En realidad, estoy molesto. No me gustaría que se enfriara la cena por nada. Pensé que iba a pelear con un profesional y solo me estás haciendo perder el tiempo. Pareces un mono saltarín y no un espadachín de primera.

Los hombres de Clarissa se desternillan de risa y los escucho hacer apuestas. Ringo se molesta

por mis insultos. Perfecto. Cuanto más enfadado esté, mejor.

—Yo también estoy molesto, inglés. En vez de estar entre las sábanas disfrutando con una sirena, estoy aquí perdiendo el tiempo con un aprendiz.

Muy bien, esa ha sido la gota que ha colmado el vaso. Ya no quiero dar un espectáculo ni presumir de mi talento para que Clarissa se dé cuenta de que soy un hombre que merece su atención. Ni siquiera quiero conseguir la admiración de sus hombres o su respeto. Me molesta imaginar las manos de Ringo sobre el cuerpo perfecto de Clarissa.

—No creo que esta noche vayas a tener a una sirena en tu cama —digo al mismo tiempo que hago una finta y termino con un ataque de segunda intención que lo descoloca mientras le abro la ingle con la punta afilada de la espada.

La tela calicó de su traje se tiñe de rojo, al igual que el rostro de Ringo, que no puede creer que casi haya rebanado sus partes nobles. Salta de la mesa y se acerca a Clarissa.

—Se terminó, ¿me oyes? Un hombre soporta hasta cierto punto.

—Tú mismo te has buscado tu merecido —contesta encogiéndose de hombros como si no le importara.

Ringo camina furioso hacia la puerta; la sangre mancha sus vistosas ropas y el suelo de mármol del comedor. Los hombres de Clarissa aguardan en silencio, imagino que aún mudos por lo que acaban de presenciar. Me doy la vuelta para entregar la espada a Clarissa. Un descuido que casi me cuesta la vida, ya que alguien como Ringo, sin honor, es capaz de atacarte por la espalda como el cobarde que es. Cuando escucho el jadeo colectivo de los piratas a mis espaldas, sé que estoy indefenso y tal vez a punto de morir. Miro por encima del hombro y alcanzo a ver a Ringo con el brazo en alto a punto de lanzar un puñal, posiblemente para clavarlo en mi espalda.

No debí bajar la guardia. En este momento me siento más indefenso que nunca. Hago lo único que puedo hacer para salvarme, ya que no tengo ningún arma conmigo, aparte de la espada, y no puedo usarla porque ya no dispongo de tiempo: muevo mi cabeza de la trayectoria del cuchillo en un acto reflejo esperando haber elegido la dirección correcta, pero este no llega a su destino. Clarissa lanza su daga con precisión y se la clava a Ringo en la mano. El puñal cae al suelo produciendo un sonido metálico que se mezcla con los alaridos de dolor del Ramillete de Lilas. Se queja como una niña de dos años a la que han arrebatado un caramelo. Los piratas ahogan una exclamación de asombro colectiva. Incluso yo estoy impresionado por la rapidez y destreza de Clarissa. En ese momento me doy cuenta de que el impresionado soy yo. Clarissa es la mujer más excepcional que he conocido y ahora le debo la vida.

6



Clarissa

P

resenciar cómo William casi le corta los aguacates a Ringo ha sido una de las cosas más divertidas que he presenciado en mucho tiempo. No hay duda de que es un gran contrincante y conoce movimientos de esos que solo se aprenden pagando a un experto. Lo sé porque mi padre contrató a un maestro

francés cuando era niña para enseñarme el arte de manejar la espada. Después de ver a William en acción, apenas afectado por los ataques de Ringo, puedo reconocer en él a un buen contrincante. Me ha impresionado su destreza. Sin embargo, presenciar cómo Ringo casi lo mata no ha sido tan divertido. He actuado por instinto, como si alguien estuviera tratando de matarme a mí. Aún siento los latidos desbocados de mi corazón. He sentido como si alguien estuviera apretando mi pecho con fuerza, impidiéndome respirar; como si mi sangre se hubiera detenido, congelada en mis venas. Nunca en un millón de años habría esperado que Ringo fuera tan cobarde como para matar a un contrincante por la espalda después de perder en un combate limpio.

—Sal de mi casa —le ordeno con frialdad.

—Te esperaré en mi camarote —dice mientras saca la daga que atraviesa la palma de su mano y la lanza con precisión hacia la copa de cristal frente a William, llena de vino tinto, rompiéndola en mil pedazos antes de clavarse en la mesa.

Una amenaza que no me pasa desapercibida. Lo más probable es que no pueda utilizar más su mano derecha. Tal vez debería haberlo matado. Ringo es una persona vengativa por naturaleza, además de un cobarde. No lo he matado porque no quiero que William me vea como una asesina, aunque sabe que lo soy. No quiero ver la decepción en sus ojos después del agradable día que hemos pasado juntos. No quiero su odio. No quiero que me juzgue duramente. Quiero que vea que tengo algo de compasión en mi oscuro corazón, aunque sea mentira. Querer aparentar lo que no soy para llamar su atención es lo más estúpido que he hecho en mucho tiempo. ¿Desde cuándo me importa lo que piensen los demás de mí? Ni yo misma lo entiendo.

William aún respira con dificultad apoyado en el respaldo de la silla destrozada. Más pálido que de costumbre, mira el mantel blanco manchado por el vino y salpicado de cristales rotos. La daga en medio de la mancha de vino, como un reloj de sol. Salgo al pasillo y encuentro a los sirvientes del Belle Lueur tan impresionados como el resto de mis hombres. Les pido amablemente que limpien la sangre del suelo y los destrozos del comedor y que suban la cena a las habitaciones de William. Posiblemente haya perdido el apetito después de estar a punto de morir. No parece el tipo de persona que esté acostumbrado a enfrentarse a la muerte de forma cotidiana. Aun así, cuando se le pase la impresión, va a tener hambre. Siempre tiene hambre cuando se pone nervioso y no dudo de que eso suceda pronto. Solo estoy adelantándome a los acontecimientos. Es curioso cómo hace unos minutos Ringo presumía de que un auténtico pirata muere sobre la cubierta de un barco. Bien, si esos habían sido sus planes, casi había fracasado estrepitosamente y todo por idiota. Debería haberlo matado por cobarde, pero su muerte habría sido innecesaria y absurda. Todo por sentarse en el lugar de honor en la cabecera de la mesa. El motivo más estúpido para morir, pero bueno, algunas personas no saben elegir sus batallas y Ringo podía haber sido una de ellas.

Después de hablar con el servicio, regreso al comedor y me encuentro a William aún sentado perdido en sus pensamientos. Me acerco para ofrecerle una copa. Necesita algo para salir del trance en el que se encuentra. Sabe que si no hubiera sido por mí ahora estaría muerto, igual que sabe que pude haber matado a Ringo y elegí no hacerlo.

—Acompáñame, por favor —le pido cortésmente.

Me dirijo hacia las escaleras y me sigue de cerca. Cuando llegamos al segundo piso, le hago un gesto para que me siga hasta mis habitaciones, que están conectadas por una puerta interior a las suyas. En medio hay una pequeña sala de lectura. Los criados han limpiado la estancia durante nuestro paseo a caballo y los muebles que eligió William brillan encerados a la luz de los candiles repartidos por la estancia.

Sé que va a ser imposible conciliar el sueño durante un tiempo. Creo que esta noche dormiré de nuevo en el barco. Estoy acostumbrada a dormir en la cama gigantesca de mi camarote. La cama que ha elegido William para mi dormitorio tiene una corona de madera forrada en pan de oro con adornos extraños de hojas, de la que cuelga una tela azul claro. Es femenina sin llegar a ser cursi. Prefiero el azul al rosa, ya que me recuerda al mar. Toda la habitación tiene muebles tapizados en ese color. Me sorprende que, a pesar de conocerme desde hace tan poco tiempo, sepa cuáles son mis gustos. Me dirijo hacia la pequeña sala de lectura entre los dos cuartos, así no tengo que ver la cama todo el tiempo. Es incómodo. Bastante atracción sentimos ya como para tener una cama enorme que ponga más pensamientos indecorosos en mi mente de los que ya tengo.

—Gracias por encargarte de decorar la habitación —le digo mientras le hago un gesto con la mano para que tome asiento en uno de los sofás.

—Gracias por salvarme la vida —me contesta con humildad.

—No hay de qué. No podía dejar que te matara cuando aún no has empezado mi proyecto —bromeo, pero sé que él no me cree y yo... sé que no lo hice por eso. En ese momento solo pensé en salvarle la vida.

—¿Tienes algo fuerte?, ¿un wiski? —me pregunta esperanzado.

—Tengo un wiski americano. Es realmente malo, pero creo que es lo que necesitas en este momento.

Me acerco a un mueble con un enorme espejo sobre él. A través de las puertas de cristal veo las botellas de licor que mis hombres trasladaron desde mi camarote. Todo está perfectamente organizado. William es un hombre de muchos talentos. No dudo de que haya sido él quien se encargó de distribuir todo meticulosamente. Le sirvo el wiski en un vaso de cristal tallado veneciano y yo tomo la botella de coñac francés que Miranda le robó a su padre, que puede ser un bastardo por casarla a la fuerza, pero tiene un gusto exquisito para el coñac, de eso no hay duda. Me siento frente a él y guardo silencio, perdida en mis pensamientos mientras observo sus dedos alargados sujetar el vaso de licor. Sus yemas trazan las hendiduras del tallado del cristal despacio, distraídamente, así como tocó el tallado del reposabrazos de la silla ayer. Le gusta recorrer los diseños. Es como si disfrutara de su tacto. Es un hombre que sabe apreciar los detalles.

—¿No sientes nada? —me pregunta sin mirarme, concentrado en su bebida.

Imagino que se refiere al hecho de que he estado a punto de matar a Ringo, pero pretendo que no sé de qué está hablando. Tal vez así se olvide de su pregunta. La muerte es algo que me ha acompañado durante tanto tiempo que ya no me impresiona.

—¿Clarissa?

Supongo que me he perdido durante demasiado tiempo en mis pensamientos.

—No —le contesto tranquilamente, incluso le sonrío para demostrarlo.

Hace tiempo que me he dado cuenta de que no soy una mujer normal. Que las elecciones que he tomado en la vida no han sido las correctas, que pude haber seguido el buen camino que me mostró mi padre como él realmente quería, pero decidí imitarlo, en cambio. Que todos tenemos la posibilidad de labrarnos nuestro propio destino, pero elegí ser pirata y esa decisión me rompió por dentro. Mi alma está condenada y sé que no puedo competir con alguien tan puro como

William que aún sigue impresionado por haber estado a punto de morir.

—Me refiero a qué sientes cada vez que tienes que decidir si matas a alguien o... lo dejas vivir. ¿No tienes remordimientos?

—¿Tendrías remordimientos por salvar tu propia vida?

—Has salvado la mía, no la tuya, y no lo has dudado siquiera.

—Cuando matas a alguien la primera vez... deja de importar, ya que solo necesitas una muerte para condenar tu alma para siempre. ¿Qué diferencia puede haber entre una muerte o cien si desde la primera eres culpable?

—¿Cuándo fue la primera vez que mataste a alguien? —me pregunta con curiosidad.

Esto es lo que me molesta de él: trata de comprenderme, de conocerme mejor, como si hubiera algo más que oscuridad en mi alma. Busca un rayo de luz para redimirme a sus ojos, algo bueno dentro de mí para justificar la atracción que siente hacia alguien como yo. Le demostraré que no es así. Quiero que deje de mirarme con deseo. Prefiero que me mire con odio, como la primera noche cuando estaba reunida con mis hombres en el comedor. Quiero que vea mi lado cruel porque es el que me mantiene con vida. A mí y a mis hombres. Eso es todo lo que hay.

El error que he cometido en el comedor, dejando que Ringo siguiera vivo, puede costarme mi propia vida. Necesito volver a ser quien soy: una pirata que no duda en matar cuando debe hacerlo. El arrepentimiento no figura entre mis sentimientos, y querer impresionar a un hombre, aún menos. No lo necesito.

—La primera vez que maté a alguien tenía quince años. —Abre los ojos sorprendido, pero espera pacientemente a que continúe—. Estaba en mi camarote esperando a que mi padre terminara de abordar un barco holandés. Tenía prohibido subir a cubierta durante los abordajes. Mi puntería para disparar y lanzar puñales era excepcional y mi habilidad para manejar la espada era incluso mejor que la de algunos de sus hombres, pero mi padre no quería que yo me pusiera en peligro innecesariamente. Cuando me di cuenta de que habían entrado algunos marineros holandeses en los pasillos de La Mano de Tritón... me di cuenta de que era mi vida o la suya. No iba a permitir que me hicieran prisionera. Había visto el destino que corrían las mujeres que caían en manos de los hombres de mi padre. Esperé frente a la puerta con una pistola en cada mano. En cuanto abrieron la puerta, les metí una bala a cada uno entre las cejas. Esa fue la primera vez que ignoré las órdenes de mi padre y salí a pelear. Ese día maté a cinco marineros. Al final me temblaba tanto la mano que ya no pude seguir disparando —confesé. Nunca había revelado este detalle a nadie.

—¡Dios mío!

—Algunas personas no tenemos una vida normal.

—Siento tristeza por la vida que has tenido que vivir.

—No desperdices tu tristeza conmigo —digo con falso humor—. Era feliz porque no conocía otra cosa y eso es lo que hace la niñez tan maravillosa. La inocencia de que lo que tienes es lo mejor que existe. Tuve un padre maravilloso que se encargó de que fuera feliz, y su tripulación, un sustituto perfecto de familia.

—¿Y cuando esa tripulación moría?

William sabe llegar a mí. No sé cómo lo hace, pero es como si pudiera ver dentro de mí.

—Entonces estaba triste durante días. Es difícil perder a alguien que consideras invencible. La muerte que provocamos nos recuerda nuestra propia mortalidad, por eso los piratas despilfarran el botín en un par de días. La realidad de que no se van a llevar nada material de este mundo cuando mueran los acompaña cada segundo de sus vidas, por lo que disfrutar de los placeres que ofrece la vida es la mejor manera de invertir sus ganancias. Un pirata español amigo de mi padre

solía decir «*carpe diem*» cada vez que apostaba una fortuna a las cartas o pagaba por la compañía de una hermosa mujer. Siempre me acuerdo de él cuando veo a mis hombres hacer lo mismo.

—No creo que tú seas del tipo de piratas que despilfarra su fortuna a las cartas.

¡Maldito William! ¿No puede ser algo más superficial? Por eso me gustaba Ringo. No se adentraba en las aguas desconocidas de mi mente y menos de mi corazón. Las rodeaba dirigiendo su barco con maestría alejándose de los arrecifes de la costa. Hay que salvar el casco del barco a toda costa.

—Efectivamente. No soy despilfarradora porque tengo un plan que llevar a cabo.

—En el que yo soy el artífice, ¿no? —pregunta con ironía.

—Así es. La piratería está llegando a su fin y aún soy muy joven para morir.

—Clarissa, no lo estás haciendo por ti. Es por ese atajo de hombres que te siguen fielmente: tu familia. La única que has conocido, como acabas de confesar.

No tiene sentido negarlo. A pesar de que me fastidia ser tan transparente cuando se trata de él, reconozco que William ha acertado de lleno en sus suposiciones. Guardo silencio mientras me llevo la botella de coñac a la boca y le doy un buen trago.

—Solo en muebles tienes una fortuna. Si yo pudiera, te los compraría. Tienes un gusto excelente, sobre todo cuando se trata de sillas.

—Gracias. No te vendería ninguno, así que, aunque pudieras, te tendrías que quedar con las ganas.

—¿Eso quiere decir que me vas a liberar algún día? —pregunta esperanzado.

—Todo depende de cómo salgan las cosas. Aunque... una vez que la plantación tenga éxito y funcione sola, imagino que ya no te necesitaré y podrás regresar a Inglaterra.

—¡Pueden pasar años!

—Por eso te aconsejo que te pongas manos a la obra. Cuanto antes tengas éxito, antes te podrás ir. Depende de ti.

—No depende de mí, ¡maldita sea! ¡No sé ni por dónde empezar! Además, cualquier persona normal tiene una biblioteca en su casa con libros sobre temas relacionados con el lugar donde vive. Por ejemplo, sobre botánica, sobre los cultivos de la zona. ¡Sobre el cultivo de la caña de azúcar y cómo administrar apropiadamente una maldita plantación!

William se levanta de la silla. El asunto de Ringo ya ha quedado olvidado, al menos ahora que ha resurgido el tema de la plantación. Perfecto, esto es lo que quería conseguir; si tengo que aguantar su mal genio respecto a la maldita plantación, que así sea.

—Sabes el motivo por el cual no hay libros en casa. No sé leer. No tiene sentido tener algo que no me sirve de nada en absoluto, ¿verdad?

—No entiendo que no sepas leer. ¿Cómo diablos piensas llevar la administración de una plantación, de un negocio de este tipo, si no sabes leer un maldito contrato? —me pregunta con frustración.

—No voy a necesitar leer ningún contrato. Confío en mis hombres. Su palabra y la mía son más que suficientes.

—Así no funciona el mundo de los negocios —dice con desesperación mientras se pasea por el pequeño saloncito.

Se acerca al mueble de las bebidas y se sirve una ración generosa. La bebe de un trago y se sirve otra.

—Así quiero que funcione y punto —digo dando por terminada la conversación.

—Tendrás que aprender a leer y escribir. Me niego a levantar un negocio exitoso y que fracase

por tu incapacidad para leer un documento legal.

—Tengo a James.

—James no va a vivir siempre.

Ahora sí ha tocado un tema que no debería. James es como si fuera el hermano de mi padre. Mi tío favorito. Pensar en que un día ya no va a estar a mi lado me duele como si me hubieran clavado un puñal en el corazón y me dejaran desangrarme poco a poco. Lo miro con furia.

—¡No te atrevas a decir eso!

—Es cierto y lo sabes. Aunque lo intentes ignorar, sabes que ese día llegará antes de lo que crees. James no estará siempre cerca para sacarte de tus apuros legales.

—Contrataré a un administrador.

—Nadie en su sano juicio va a trabajar para una pirata ni se va a aventurar en un nido de víboras.

—¿Estás llamando víboras a mis hombres? —pregunto perpleja.

—Así es. Y no me pienso disculpar por decir la verdad. Si quieres que lleve a cabo tus planes, tendrás que cooperar. Tendrás que aprender a leer y escribir decentemente. Es por tu bien.

—Deja que yo me preocupe de mi propio bien.

Me levanto de la silla y me detengo frente a él impidiendo que siga caminando. Los dos nos miramos con rabia, con violencia. Tal vez William es más agresivo de lo que aparenta. Tiene los puños cerrados a los costados con fuerza; sus nudillos, blancos por la cólera contenida.

—Si te comprometes a aprender a leer, te juro que pondré lo que haga falta de mi parte para conseguir hacer de tus sueños una realidad. Y, además, lo voy a hacer lo más rápido que pueda.

—Ya lo intenté —confieso frustrada— y no funcionó.

Giro el rostro para que no vea que me importa. Siento su toque gentil en mi mandíbula obligándome a mirarlo, sus ojos claros haciéndome promesas que no deberían.

—No te enseñé yo, así que sí vas a aprender aunque sea lo último que haga —insiste apasionado.

Durante una fracción de segundo, me permito creer en su palabra. Parece tan convencido que...

—Tal vez no soy lo suficientemente inteligente para conseguirlo. Hay cosas que no pueden cambiarse y la inteligencia es una de ellas.

Cuando alguien toca el tema del aprendizaje, siento que la confianza en mí misma flaquea.

Tengo que enumerar mentalmente todos los logros que he conseguido en la vida para no sentirme una estúpida, inferior a todos aquellos que pueden descifrar un texto.

—Eres inteligente, Clarissa —afirma como si lo supiera a ciencia cierta.

No quiero contradecirlo porque tendría que revelar uno de los detalles que más me mortifican de mi vida. Es más fácil seguirle la corriente, aunque sé que William es tan peligroso como una de ellas. Las corrientes marinas no se ven desde la superficie, pero una vez que estás en el agua te envuelven con su fuerza y te arrastran al fondo antes de que te des cuenta de que ya no vas a poder regresar a la superficie. William es esa corriente marina. Mortal.

Aun así... si fuera capaz de aprender a leer, me demostraría que no soy tan estúpida y que mi madre cometió un error al dejarme atrás, que soy tan inteligente como mi hermano, el niño que decidió llevarse con ella cuando abandonó a mi padre y a mí me dejó abandonada porque no sabía hablar y ni siquiera lloraba. No emitía sonido alguno. Una niña defectuosa. Un estorbo en su nueva vida.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto tiempo, qué...?

—¿Cuánto tiempo se tarda en aprender a leer?

—No hay un tiempo exacto. Cada persona es diferente, unos tardan más que otros, pero te aseguro que vas a ser capaz de leer varias palabras al final de la primera semana.

Quiero echarme a reír por su positivismo. ¿Una semana? James había tratado de enseñarme a leer en varias ocasiones sin éxito a lo largo de los años, eso sin contar al mejor tutor de Puerto Rico. Lo único que puedo hacer es escribir bien, aunque no sé qué demonios estoy escribiendo. Solo puedo reconocer mi nombre. El resto, lo copio. Soy buena copiando textos, pero nada más. Si alguien trata de dictarme algo... estoy perdida. Lo mismo me pasa con los números. Tendré que ceder si eso hace que William se comprometa a acelerar el asunto de la plantación.

—Está bien. Lo intentaremos durante una semana, pero, si no consigo leer algo que no sea mi nombre, me niego a seguir perdiendo el tiempo.

—Acepto el reto —dice ofreciéndome su mano para sellar el trato.

Se la doy. No la aprieta con delicadeza como esperaba, sino con fuerza. Imagino que deja su finura para las ocasiones en las que tiene que tocar el piano o tomar el insípido té inglés que tanto le gusta en una de esas tacitas ridículas para señoritas primorosas.

7



William

H

e tenido que improvisar el asunto de las lecciones de lectura y escritura para ganar tiempo. Ver cómo Clarissa le clavaba un puñal en la mano a Ringo ha hecho que me dé cuenta de que Clarissa no es una mujer convencional. Me he estado engañando a mí mismo por las atenciones que me ha prodigado. El

dormitorio principal, para empezar. Ha conservado a toda la tripulación del Belle Lueur para que me sirvieran como si yo fuera un noble incompetente que no sabe ponerse las botas por la mañana. Me he mantenido callado porque pensar en que la tripulación podía ser subastada en el mercado de esclavos me daba escalofríos. Se ha encargado de que alguien trajera mi equipaje y lo organizara en el vestidor. Se ha ocupado de que me subieran un baño caliente el primer día y me complace en cuanto a mi manía de comer en una mesa bien puesta cuantas veces quiera. Me ha dado permiso para decorar su mansión a pesar de que es posesiva con sus muebles y ha hecho que trajeran su licor favorito de La Sombra Negra para que pueda tomar una copa siempre que quiera.

No es suficiente ni nunca lo será. Hay veces que veo un destello de humanidad brillar y siento que mi corazón se tambalea queriendo atraparlo y otras solo veo oscuridad y destrucción. Muerte e indiferencia al tomar una vida humana. Es como si tuviera dos personalidades. Pero ¿qué sé yo de piratas y sus códigos de honor? Tengo que intentar escapar. Eso lo tengo claro. Cada vez más. Tal vez debería intentarlo esta misma noche.

—Es tarde y estoy cansado —digo mientras bostezo para darle más énfasis a mi mentira.

Clarissa se levanta llevándose la botella de coñac con ella. ¿Cuánto licor necesita tomar para emborracharse? Aún no la he visto beber agua. Solo café y ron, dos bebidas igual de oscuras que su alma. Tal vez el agua es demasiado cristalina para ella.

—Le he pedido a una doncella que te suba la cena—me informa mientras se levanta y se dirige hacia su habitación.

—Gracias.

No sé qué más decir. ¿Por qué tiene que ser amable? Sería más fácil si me dejara morir de hambre encerrado en la bodega del barco.

—¿Vas a dormir en casa? —pregunto con curiosidad y algo de temor también, puesto que pienso arriesgarme a escapar esta noche.

—No. Tengo que darle de cenar a *sir* Croqui.

Chasqueo la lengua intentando no reírme. ¿Cómo puede ser tan fría como para hablar de cómo terminó con cinco vidas humanas a los quince años y al momento siguiente preocuparse por darle de cenar a su rana? No importa. Esta noche intentaré huir. Tengo que revisar la planta baja y comprobar el número de hombres que hay vigilando.

—Te acompaño hasta la puerta.

Levanta una ceja incrédula. Los celos se apoderan de mí al pensar que va a regresar al barco de Ringo. Él dijo que la esperaría en su camarote. ¿Intentará Clarissa compensar el hecho de que le clavó su daga en la mano? No tengo derecho a sentir celos. Ellos son amantes desde Dios sabe cuándo y yo... apenas llevo un día en su vida.

—Mmm.

—Soy un caballero, Clarissa, y un caballero acompaña a una dama hasta la puerta de su casa para despedirse de ella.

—No lo dudo, *milord* —se burla—, pero yo no soy una dama y esta es en realidad mi casa, no la tuya.

«Tiene razón», pienso sonrojándome. No voy a explicar mis verdaderos motivos. Espero no levantar falsas sospechas siendo demasiado amable.

—Quiero hablar con James. —Me mira con sospecha—. Es sobre la plantación de esclavos que quiero que visites.

—Visitemos, cuija. No olvides que tú me acompañas adonde sea que vayamos.

—¿Incluso a un abordaje?

—Incluso eso.

Me mira fijamente mientras me espera en el marco de la puerta. Me acerco y Clarissa cruza el dormitorio sin detenerse a mirar la enorme cama. Me pregunto si está ansiosa por regresar con Ringo. Me pregunto qué vio en él en primer lugar. Me pregunto si Ringo fue el hombre al que le entregó su virginidad o si es solo uno de tantos amantes. Me pregunto quién va a sustituirlo en su lecho en caso de que Ringo no le perdone el ataque. Deseo que no lo haga. Los celos son la perdición de las personas. Yo ni siquiera sabía que era capaz de sentirlos hasta que la he conocido.

Quiero que Ringo termine su asociación con Clarissa. Me pregunto si se da placer cuando no tiene a un hombre a su lado en la soledad de la noche y qué tipo de fantasías tiene una mujer como ella. Murmuro una maldición y me muerdo la lengua. Literalmente. No pienso quedar en evidencia haciéndole preguntas estúpidas y personales que no me conciernen. Esta noche tengo que huir y detenerme a pensar tonterías no va a ayudarme a conseguir mi objetivo. Clarissa,

ajena al derrotero de mis pensamientos, abre la puerta y baja las escaleras sin esperarme. Veo a James cruzando el vestíbulo en dirección a la puerta.

—¡James, espera! —grita, y vaya si grita, mientras se sube a la barandilla de la escalera y se desliza hasta llegar al vestíbulo.

A estas alturas ya no debería de sorprenderme nada de lo que haga. Bajo todo lo rápido que puedo. James espera divertido al pie de la escalera con los brazos en jarras.

—Cuija, deja de criticar cada cosa que hago. Eres demasiado aburrido —se atreve a decir cuando llego junto a ella y la miro negando con la cabeza. ¡Es tan infantil!

—Puedes hacer lo que quieras. Nada me gustaría más que ver cómo te partes el cuello.

A pesar de mi atracción hacia ella, no puedo sujetar mi lengua. Me gustan demasiado nuestros enfrentamientos verbales.

—Te acabo de salvar la vida y ¿así me lo agradeces: deseando que me mate? —dice como si estuviera decepcionada.

El brillo burlón de sus ojos, que ya he aprendido a descifrar, mientras intenta controlar la risa, me dice que no le afectan mis palabras y que disfruta tanto nuestros intercambios verbales como yo.

James se aclara la garganta y los dos lo miramos.

—James, ¿conoces alguna plantación de esclavos que podamos visitar mañana o pasado?

—Conozco muchas —contesta con cautela.

Miro a Clarissa esperando que nos deje a solas, pero no se mueve de nuestro lado.

—¿Puedo hablar a solas con James? —le pido empezando a perder la paciencia.

Esta mujer no tiene educación alguna. Cuento hasta diez intentando calmarme.

—Lo que tengas que decirle a James, puedo escucharlo yo también. Eres un embaucador, William Whixley, y no me fío de ti —dice haciendo un gesto con la mano que da a entender que empiece a hablar.

James parece divertido con nuestro intercambio de palabras.

—Supongo que es mucho pedir que entiendas las reglas básicas de la educación.

—Deja de decir tonterías y ve al grano, que tengo muchas cosas que hacer.

—Si por «muchas cosas» te refieres a darle de cenar a una rana...

—¡Eres insufrible! —exclama levantando los brazos en señal de rendición mientras se dirige hacia la cocina, imagino que a buscar una hoja de lechuga. ¿Qué demonios come una rana coquí?

—¿Y bien? —pregunta James.

—¿Sabe si hay una plantación de esclavos particularmente cruel?

James alza una ceja sorprendido. Puedo apostar a que no esperaba esa pregunta.

—Todas las plantaciones son crueles, güero.

Ya empezamos de nuevo con los apodos. Lo ignoro, porque no suena tan mal como cuija.

—¿Qué pretendes? —pregunta con desconfianza.

—Quiero que Clarissa vea la diferencia entre una plantación de esclavos y una de trabajadores libres. No creo que entienda la diferencia hasta que no la tenga frente a ella.

James entiende lo que quiero decir.

—Hay un cafetal en Martinique... —empieza a decir. La duda tiñe sus palabras.

—¿Dónde está Martinique?

—Es una isla que está cerca de Santa Lucía. A un par de horas en barco —explica pensativo. — ¿Podrías organizar una visita?

—No sé si es sensato. Santa Lucía tiene muchas plantaciones que no son un paraíso precisamente. El Infierno es eso: un sitio peligroso, si es que los rumores que corren sobre ese lugar tienen algo de verdad.

—Tiene que ser esa entonces. Es muy importante. Por favor, James.

—Clarissa no va a ir sola. Los muchachos van a insistir en acompañarla y yo también.

Imagino que se refiere al grupo de los «doce apóstoles», sus consejeros, los que estaban reunidos anoche en el comedor.

—No tengo nada en contra de algo de compañía —digo tragando saliva.

Tampoco quiero que algo malo le pase. Me acaba de salvar la vida y no tengo ninguna intención de que alguien acabe con la de ella en agradecimiento.

—Esta bien. Sloan partirá esta noche hacia Martinique para organizarlo todo.

—¿Esta noche? —pregunto como si nada, conteniendo el aliento—. ¿No es algo precipitado? Pueden salir mañana.

—Los muchachos están aburridos de estar anclados en la bahía. Quieren acción.

—¡Solo llevan un día anclados! —exclamo sin poder evitarlo.

—Más que suficiente para algunos —comenta sin humor.

—¿Quién es el dueño de la plantación?

—El hermano del gobernador de Martinique: *monsieur* Bissette.

—Entonces, debes decirle a Sloan que tiene que convencer a Bissette para que se una a la expedición. Si las cosas se ponen feas, necesitamos un pase de salida y el dueño es perfecto para facilitarnos esa salida. Yo tampoco quiero que nada malo le pase a Clarissa.

James entrecierra el ojo bueno considerando la sinceridad de mis palabras, sopesando si es una trampa o si estoy diciendo la verdad. No desvío mi vista de su ojo bueno, a pesar de que quiero mirar el tuerto de cerca. No lleva parche y, aunque sé que mi lado morbosos quiere examinar el ojo blanco, mi educación puede más y mantengo su mirada hasta que él cede primero.

—Está bien. Lo más probable es que partamos pasado mañana al amanecer.

—Por cierto, James... ¿qué diablos come una rana coquí?

James estalla en carcajadas sin poder creer que acabe de hacerle esa pregunta.

—Mmm. Lo típico: arañas, grillos, caracoles... Nunca ha intentado darle cuijas —bromea—, por lo que te aconsejo que no la provoques demasiado. Te juro que esa rana come de todo.

—Lo tendré en cuenta, gracias por el consejo, pero se congelará el infierno antes de que me quede callado, aguantando sus comentarios impertinentes. ¡Ella me provoca! —exploto dándome la vuelta para regresar a mis habitaciones.

Clarissa está detrás de mí con los brazos cruzados como si se estuviera divirtiendo con nuestros comentarios.

—Esa es una observación muy infantil, Whixley.

—No más infantil que deslizarse por la barandilla de la escalera —le espeto sin poder contenerme.

Escucho la risa de James mientras sale por la puerta dejando atrás a Clarissa.

—¡Espera! —le grita a James.

James la ignora y Clarissa se acerca a mí.

—Ni se te ocurra escapar. Tengo hombres repartidos por toda la propiedad y no quiero que mueras después de haberte salvado. Te dispararán sin dudar. Por la noche todos los gatos son pardos —me advierte muy seria.

—Así que todos los gatos son pardos, ¿eh? ¿Quiere eso decir que vas a reemplazar a tu amante inmediatamente? No creo que la herida de la ingle le permita... actuar esta noche —no puedo evitar decir.

—¿Acaso quieres ocupar su lugar?

Contengo la respiración. Su voz suena un poco más grave y sus ojos, brillantes como un lago

reposando en medio del bosque rodeado de luciérnagas, descienden hasta mis labios. Los siento resacos, pero no le voy a dar el placer de hacerle saber que quiero humedecerlos con sus besos. Estamos solos en el vestíbulo. Ella aún lleva el vestido rojo y desde mi posición puedo ver el nacimiento de sus pechos. Juro que los pezones se están endureciendo bajo la tela.

—¿Me estás ofreciendo el puesto?

—Si lo quieres, es tuyo —dice al mismo tiempo que acaricia mi brazo hasta llegar al codo.

Siento que el vello se eriza de excitación bajo la palma de su mano. La reacción de mi cuerpo no se hace esperar.

—Tendrás que obligarme —contesto en cambio, negándome a rendirme a sus encantos aunque no hay nada que desee más. Sé que va a ser una experiencia inolvidable cuando menos.

—No creo que sea un sacrificio —dice con humor.

Esta mujer no se toma nada en serio. Deja caer su mano y esa acción estropea el momento de intimidad que había creado.

—Yo no soy una pobre imitación como Calicó Ringo, un idiota al que puedes manipular a tu antojo.

—Nunca he dicho que lo seas. Te deseo y sé que me deseas. No tiene sentido negarlo, Whixley. No seas hipócrita. Aunque solo sea por eso, reconoce que me deseas.

—Nunca he dicho que no te desee —le contesto.

—Entonces... ¿aceptas que seamos amantes? —pregunta con anhelo.

—Creo que este es un buen momento para empezar nuestras clases de lectura. Te voy a dar mi contestación por escrito mañana.

—Ahora. Me la darás ahora —me ordena impaciente.

Me río ante su prisa, su ímpetu, su apetito por mí. Me siento deseado y el hambre por devorar su cuerpo se apodera de mí. ¡Maldita Clarissa!

—Necesito papel y una pluma.

—Sígueme —dice dirigiéndose hacia el estudio.

—¿Tan impaciente estás por meterte en mi cama? —bromeo casualmente.

—No tanto como crees. Además, no me metería en tu cama: literalmente hablando, es mi cama.

Me vuelvo a reír. Sus intentos por aparentar un poco de indiferencia son en vano. La sigo por el pasillo hasta el estudio que he terminado de decorar esta mañana. Puedo imaginarme a mí mismo sentado detrás del precioso escritorio de peral ennegrecido, típico de la época de la Regencia francesa. Los tiradores de los cajones, de bronce dorado al mercurio. La silla de roble con las patas curvadas y decoraciones de hojas de acanto. Lo único que le falta a este estudio son los libros en las estanterías. No voy a quedarme el tiempo suficiente para asegurarme de llenar sus estanterías con clásicos de la literatura, por lo que he colocado objetos preciosos que encontré en el ático: jarrones italianos, frascos de cristal de Bohemia con los característicos colores azul turquesa y amarillo, incluso un par de pagodas chinas en madera artísticamente trabajada. Los detalles son tan minuciosos que cada vez que las miro encuentro algo nuevo.

Clarissa prende una lámpara de aceite y la deja sobre la mesa mientras abre el cajón del escritorio. No puedo contenerme y acaricio la superficie de la mesa. Su suavidad me reconforta; su belleza, bajo la cálida luz de la lámpara, me cautiva. Clarissa me mira detenidamente.

—No puedes dejar de tocar todo lo que ves, ¿verdad?

—No te estoy tocando a ti.

Se desespera. No le gusta cuando me hago el listillo.

—Puedes escribir en este papel —me entrega lo primero que encuentra.

Lo leo por encima.

—¿Estás loca? Estas son las escrituras de la casa.

Una sombra parece cruzar por sus ojos, pero los aparta enseguida, arrebatándome el documento, avergonzada de su ineptitud para reconocer el certificado de propiedad. Rebusca durante unos segundos hasta que encuentra uno en blanco. Me lo entrega. La expectación brilla en su mirada. Con calma, escribo dos palabras y se la doy.

—¿Y bien?

—Tendrás que averiguar por tu cuenta lo que significa —le contesto con una sonrisa de presunción.

—Me dijiste que ibas a enseñarme a leer. No entiendo cómo voy a aprender si no me dices al menos lo que tengo que memorizar —contesta con fastidio.

—Estoy seguro de que una mujer con tantos recursos como tú puede ingeniárselas para averiguar lo que significan esas palabras. Siempre puedes preguntárselo a James, o mejor aún a Ringo. Me encantaría que se lo preguntara al Ramillete de Lilas.

—Puedes decir todo lo que quieras, cuija, pero ambos sabemos que nada te gustaría más que tenerme en tu cama. —En ese momento, se acerca a mi oreja y me susurra—: Cuando decidas rendirte a tus deseos, házmelo saber directamente, mirándome a los ojos con valentía y no a través de notas tontas como esta.

Lanza el pedazo de papel sobre el escritorio y se da la vuelta para irse. La sujeto del brazo obligándola a detenerse y la acerco a mi cuerpo lo suficiente para que note mi excitación. Abre los ojos sorprendida. Su respiración se hace más rápida y me mira esperando que me rinda. En vez de eso, bajo mi cabeza y tomo posesión de su boca con la valentía que me ha exigido hace un momento.

Es mi beso de despedida. No quiero irme sin haber probado el fruto prohibido de sus labios. Esos labios que me tientan desde que la miré con deseo en la habitación de las sillas. Me devuelve el beso con determinación, tomando el control de los movimientos. Se lo permito durante unos segundos. Clarissa es desinhibida, espontánea, apasionada. Es todo lo que había sospechado que sería y más. Siento sus dedos acariciando mi nuca. Eso me recuerda que tengo que saciar mi curiosidad respecto a la longitud de su cabello. Le quito las horquillas de la trenza con maestría y dejo que sus mechones perfumados con espuma de mar se suelten hasta quedar libres sobre sus hombros. Entreabro sus labios y deslizo mi lengua en su boca. Sabe a coñac de la mejor calidad: dulce y amaderado, como un terrón de azúcar sumergido en miel, madera de roble y nuez moscada.

La intensidad de nuestra química me asusta. Sabía que sus labios iban a ser adictivos, por eso no debería haberla besado. Pero, como ya he reconocido anteriormente, no soy un monje ni me gusta renunciar a mis apetitos, del tipo que sean. Mi hambre por Clarissa no va a saciarse poseyéndola sobre el escritorio con rapidez. Ella merece más. Voy a intentar escapar esta noche. Usar su cuerpo sabiendo que no volveré a verla me parece inadecuado. Al menos, con mis amantes siempre he sido sincero y Clarissa también lo merece.

Soy su prisionero, aunque lo he olvidado la mayoría de las veces. Me trata con deferencia, siempre atento a mis necesidades por absurdas que sean, y merece más de mi parte que un revolcón rápido sobre la mesa de su estudio... sobre todo porque me ha salvado la vida y eso es algo que no debo olvidar. Dejo de besarla, pero no nos separamos inmediatamente. Intentamos recuperar el ritmo de nuestra respiración. Nuestras frentes se tocan y Clarissa aún tiene los ojos cerrados.

—Subamos a tu dormitorio —dice con voz ronca.

—No.

—¿No? ¡Qué diablos, Whixley! ¿Acaso tienes voto de castidad?

Me río con suavidad. No quiero que piense que no la deseo ni que se sienta rechazada. La tomo por la cintura y la acerco a mi cuerpo hasta que nuestras caderas se tocan. Sus ojos se vuelven a oscurecer al notar mi excitación y se sujeta a mis hombros apretándolos con fuerza.

—No es un buen momento —le confieso.

No puedo revelarles mis verdaderos motivos. Si subimos a mi dormitorio, no voy a poder huir esta noche, cuando la mayoría de sus hombres están navegando. Si cedo a la tentación, tal vez ya no quiera irme de su lado. La atracción que siento es nueva y arrolladora. Aún tengo que aprender a controlarla antes de ceder a ella.

—Es el mejor momento, créeme.

—Aún tienes a tu amante de turno esperándote en su camarote. Yo creo que es un momento pésimo. No presumo de ser un santo, pero hasta yo tengo ciertas reglas y una de ellas es no ser el segundo plato de nadie.

El motivo es alejarla de mí, pero egoístamente lo que he dicho es cierto. Clarissa me está sustituyendo por otro sin pensarlo siquiera y eso me molesta. Quiero que me desee como yo la deseo a ella.

—Es cierto que pensaba pasar la noche con Ringo, pero cambié de opinión durante la cena. Me gustas desde que te vi, aunque nunca he obligado a un prisionero a compartir mi cama y no voy a empezar ahora. Cuando me di cuenta de que la atracción era mutua, pensé que podíamos pasar un buen rato. Tu rechazo me sorprende y no lo entiendo. Si quieres lo mismo que yo, ¿por qué no ceder a nuestros deseos? ¿Tienes a alguien esperándote en Londres? —me pregunta más curiosa que herida.

Es una mujer extraña. Otra en su lugar se habría sentido herida por el rechazo. Hasta a mí me habría molestado. Imagino que Clarissa tiene la suficiente confianza en sí misma como para aceptar que puede haber un motivo de peso para mi decisión. Acaba de comprobar por sí misma el efecto que tiene en mí y, siendo una mujer experimentada, sabe que el motivo de mi negativa no es mi falta de atracción por ella. Su sinceridad es inesperada y, aunque no puedo confesarle que esta noche pienso huir, algo tengo que decirle.

—No hay nadie esperándome en Londres. El motivo está escrito en ese trozo de papel.

—No me gustan los juegos, Whixley, ni voy a rogarte como si fueras la única fuente en una isla desierta — me amenaza.

Vaya vaya con la pirata. Tiene su orgullo y eso me gusta. Las mujeres sin carácter no son de mi agrado, pero las otras... Hago un esfuerzo sobrehumano para separarme de ella cuando lo único en lo que pienso es en mostrarle cuánto la deseo.

—Jugar un poco añade diversión y aumenta la emoción del momento. No seas aguafiestas. No quiero que pienses que soy un chico fácil, como ese amante tuyo.

Ella estalla en carcajadas. Me gusta que no se tome las cosas demasiado en serio.

—Tú nunca serás fácil. Me recuerdas a esas lagartijas de cola azul con las que jugaba de niña. No sé por qué no deja de compararme con esos animales todo el tiempo. ¿Lagartijas de cola azul? Ahora sí estoy perdido. ¿Acaso existen?

—Está bien. Se hará a tu manera. Sigo pensando que deberíamos acostarnos y quitarnos el gusanillo de una vez para siempre, pero, si quieres jugar..., juguemos entonces. A ver quién aguanta más.

Clarissa recoge la nota que le había escrito antes, la dobla y la guarda entre sus pechos. Nada más y nada menos. ¡Quién fuera esa nota! Mis ojos se abren desmesuradamente y ella se ríe con presunción al ver mi reacción. Se baja tanto el escote que sus pechos casi quedan expuestos y

que me parta un rayo si no son los más hermosos que he visto en mi vida. Sospecho que va a ser una buena contrincante, pero lo peor de todo es que ya no quiero irme. Quiero quedarme y ver quién gana este juego tonto que yo mismo he empezado. Antes de irse, se acerca a mí y pasa un trozo de la sábila que cortó esta mañana con suavidad por mi rostro. La frescura de la planta alivia el ardor de mi piel. Sus labios están tan cerca que vuelvo a besarlos. Son tan adictivos que tengo que hacer un esfuerzo por separarme y salir del estudio antes de cambiar de opinión sobre mi huida.

8



Clarissa

D

ejo a William en el umbral de la puerta principal, vigilado por mis hombres desde las sombras, y salgo hacia el embarcadero. Reconozco la silueta de mis barcos anclados. El de Ringo ya no está a la vista. Me imagino que se ha cansado de esperarme. Esa ha sido mi intención desde que abandonó el

comedor. Me he hartado de él. Siento una oleada de alivio. No quería que la noche fuera más incómoda aún cuando le comunicara que lo nuestro se terminó. Esta noche la presencia de Ringo no ha despertado mi deseo como solía, me ha parecido un fantoche impresentable. Me ha molestado la forma en la que ha tratado a la tripulación del Belle Lueur.

William puede ser un aristócrata irritante, pero siempre trata al servicio con consideración. Es atento con todos, incluso con mis hombres. La única persona a la que trata con insolencia es a mí. No puedo culparlo. Es mi prisionero y, aunque no lo tengo encerrado en la bodega del barco como debería, sigue estando a mi merced. No me molesta su trato. Lo entiendo mejor de lo que él se imagina porque así me siento cuando estoy en su presencia: esta atracción es un inconveniente que no necesitamos. Es inadecuada e inoportuna. Hay veces en las que quiero odiarlo y otras besarlo hasta el cansancio. Tener que combatir esos sentimientos tan contradictorios me está matando. Me toco los labios con dedos temblorosos. Nadie me ha besado así jamás, nadie me ha marcado con su impronta. Nunca voy a olvidar la forma en la que se apropió de mis labios, como si le pertenecieran, como si yo fuera suya. Me dejé llevar y le devolví el beso como si la vida me fuera en ello.

He tenido varios amantes a lo largo de los últimos años. El placer no es un concepto desconocido para mí. Pensé que sabía lo que era, creía que lo había experimentado; pero estaba equivocada. Cuando he probado los labios de William, he sabido que los sentimientos que otros hombres me

habían provocado hasta ese momento eran una pobre imitación de lo que él despierta en mí. Y solo nos hemos besado; no quiero ni imaginar lo que sentiré cuando me haga suya, porque si de algo estoy segura es de que William y yo acabaremos enredados entre las sábanas.

Le doy unos caracoles a *sir* Croqui. No lo observo comer como otras veces. Estoy impaciente por leer la nota. Suelto las cintas del corpiño del vestido y la busco entre mis pechos. La desdoble e intento descifrarla sin conseguirlo. La frustración se apodera de mí, como siempre que intento leer un par de palabras. Me siento en la silla del escritorio de mi camarote y busco en los cajones hasta que encuentro una cuartilla de papel que James me dio hace tiempo, la última vez que intentó enseñarme a leer. En ella aparece el abecedario, que no he logrado aprender correctamente a pesar de que llevo intentándolo desde que era niña. Debajo del abecedario hay una combinación de palabras en orden alfabético en grupos de dos. Lo sé porque James me lo dijo, no porque sepa su orden de memoria. Empieza así: ba, be, bi, bo, bu. ¿O son la combinación de fa, fe, fi, fo, fu? Las letras bailan sin sentido frente a mis ojos. Nunca puedo distinguir entre la b, la d, la f, la p, la g y la q. Es desesperante y frustrante y siempre termina por dolerme la cabeza cuando me esfuerzo demasiado. Por fin, mis ojos localizan la primera palabra. Intento enfocarme. ¡Es una n y una o! ¡El muy maldito me ha dicho que no! La decepción que siento me sorprende incluso a mí. Cojo la nota y la arrugo con rabia haciendo una pelota que termino lanzando al otro lado de la habitación con fuerza. Golpea la pared y cae encima de *sir* Croqui, provocando que mi rana croe en señal de protesta.

—Lo siento. No ha sido mi intención.

Me acerco a ella y saco la nota de William de la pequeña cajita llena de helechos, piedrecitas y un pequeño azucarero de cristal tallado de Baccarat lleno de agua, que es donde ha caído la nota y se ha humedecido con rapidez. Suelto un par de improperios ante mi mala suerte mientras la rescato y la desdoble. La tinta se ha extendido un poco, pero la letra aún es legible. La extiendo sobre el escritorio para que se seque.

Debería saber que una persona como William no se acostaría por voluntad propia con alguien como yo. Ha dejado claro en incontables ocasiones que es un *snob*, un presuntuoso. Desde la forma en la que exige se ponga la mesa hasta la insistencia en decorar mi propia casa: su prisión. Incluso tiene el descaro de decir a mis cocineros qué menú quiere que se sirva durante el día. Cree que no sé, pero no se me pasa nada de lo que sucede en mi casa. Si no le he dicho algo es porque esos detalles son tonterías que no me importan. Y en cuanto a la decoración, tengo que reconocer que me encanta ver los muebles brillar encerados en las habitaciones.

Ha puesto mi vida patas arriba. Incluso ya ha alterado mis planes sobre la plantación de caña. No dudo de que pasado mañana pasaremos el día en Martinique visitando el infierno, ya que Sloan es legendario para cerrar tratos. No tengo un buen presentimiento sobre el cafetal. Para empezar, está perdido en medio de la selva, en la montaña. Un lugar alejado de la mano de Dios. Me siento más segura sobre las aguas del océano que sobre tierra firme. Uno de los motivos es que cuando te encuentras en medio del mar puedes ver llegar a tus enemigos. No hay ni un solo barco que pueda esconderse en la línea del horizonte.

La mayoría de mis hombres partieron hacia Martinique con Sloan. Tengo un buen equipo. Cuando planeamos algo, lo hacemos juntos, sin dejar un solo cabo suelto; porque distraerse o

confiarse significa la muerte, especialmente en una isla francesa. La mayoría de mis hombres son ingleses y pertenecían a la tripulación de mi padre. Vinieron conmigo cuando hui de Puerto Rico y le robé a mi padre el barco del último abordaje: La Sombra Negra.

Aun después de todo este tiempo, me pregunto cómo unos piratas tan competentes como estos decidieron seguirme. A mí, una mujer joven sin apenas experiencia en estas lides. James dice que deje de darle vueltas al asunto, que tome lo que se me ofrece sin cuestionar motivos ocultos; y, sin embargo, ¿cómo puedo dejar de hacerlo? Soy una persona curiosa por naturaleza que me gusta tener todas las respuestas que pueda conseguir. Hay veces que me pregunto si mi padre orquestó todo. Ese día solo estaba La Sombra Negra en el embarcadero, lo que ya era algo raro de por sí. Sus mejores hombres bebían ron en la cubierta cuando por lo general estaban en las tabernas del puerto celebrando el éxito de un abordaje.

Termino de desvestirme y me deslizo desnuda entre las sábanas. Cierro los ojos tratando de dormir, pero es en vano. Lo único que hago es dar vueltas. Cuando esto sucede es que hay algo que no cuadra. Por lo general, cuando el sueño me esquiva es para revivir la última noche que pasé en Puerto Rico, cuando mi madre apareció rogando que la escuchara, buscando mi perdón por su abandono. Nunca. Sin embargo, no es ese el motivo de mi insomnio. Repaso las conversaciones que he mantenido con mi prisionero durante la mañana y el intercambio de palabras en la sala de lectura entre las dos habitaciones con William.

Le interesa visitar El Infierno, cuando hay decenas de plantaciones en Santa Lucía. Me extraña que no haya cenado y eso hace que me pregunte el motivo. Me levanto y me visto sin saber muy bien qué es lo que me inquieta. Tengo media docena de hombres rondando los alrededores de la casa. Si William intenta huir, no va a llegar muy lejos. Me pongo en su lugar. Trato de imaginarme en su situación. Solo, lejos de su patria y de su familia. Prisionero en una isla poco poblada. A merced de una mujer. Una pirata. Enseguida lo veo claro: por mucho que William se sienta atraído por mí, valora más su libertad. ¿Quién en su sano juicio no lo haría? La nota lo ha dejado claro. Termino de ponerme las botas y escucho croar a *sir* Croqui debajo de la cama, uno de sus lugares favoritos. Abandono mi camarote y salgo a cubierta. James está fumando con Morgan, nuestro vigía. Dejan de hablar en cuanto me acerco.

—¿Problemas para dormir, jefa? —pregunta Morgan con cierto sarcasmo, mientras escupe el tabaco por la borda. James chasquea la lengua con humor. ¡Traidor!

—Ninguno que te importe —contesto irritada.

Sé que mis hombres se están divirtiendo de lo lindo con los intercambios verbales entre William y yo. Estoy segura de que ya han empezado una serie de apuestas ridículas. Si supiera leer, podría echar un vistazo al libro de apuestas que guardamos en el comedor. James es el que se encarga de ponerlas por escrito, porque la mayoría de las veces están tan borrachos que no recuerdan lo que apostaron y cuánto. Ni que decir tiene que la mayoría no sabemos leer y James siempre ha sido honesto. Nadie se cuestiona la veracidad de sus palabras. No solo es mi hombre de confianza, también el del resto de la tripulación.

—Tengo un presentimiento.

—¿Necesitas ayuda?

—No creo. Solo quiero asegurarme de que William no es tan estúpido como para escapar esta noche que estamos cortos de hombres.

—Justo lo que estábamos comentando —interviene Morgan—. Jacob salió hace un momento a

dar una vuelta por los establos. Si algo sucede, escucharemos el balido de una cabra. Asiento y me dispongo a bajar la escalera hasta que mis pies tocan las tablas del embarcadero. Jacob es un pirata demasiado viejo para hacerse a la mar. El único miembro de mi equipo de doce hombres que no nos acompaña. Cuida de Emerald Bay durante nuestra ausencia, que es la mayor parte del tiempo. Puede imitar el sonido de varios animales a la perfección, pero el que más le gusta es el de las cabras. Dice que nadie le presta atención a un animal tan inofensivo. ¡Ja!, eso es porque nunca ha sido perseguido por una cabra. Salgo del embarcadero y me adentro en la espesura, evitando el camino conocido. Avanzo con rapidez hacia la casa, apartando los helechos que se cruzan en mi camino. Conozco la propiedad como la palma de mi mano. Encuentro un lugar oculto detrás de un arbusto y me apoyo en el tronco de un árbol a esperar. El silencio no existe en una isla caribeña. Estoy acostumbrada a los sonidos de la noche. Me confortan, aunque no tanto como el del mar. Mi vista recorre la fachada de la mansión, uno de mis mayores orgullos. Dentro de poco se convertirá en una hacienda, una plantación exitosa de caña, y todos hablarán de mí, la mujer que lo hizo posible. Ya no seré «esa loca de Clarissa».

Me pregunto qué pensará mi padre cuando se entere. Él nunca ha querido que me dedique a la piratería. ¿Estará orgulloso de mí? Recuerdo que siempre me dejaba saber su opinión. Extraño nuestras discusiones más de lo que quiero reconocer. El dolor de su mentira regresa de nuevo. Cuando pienso que la herida de su engaño se está cerrando, que puedo perdonarlo, la nostalgia de los recuerdos felices abre de nuevo la herida de su traición porque no sé hasta qué punto su cariño fue planeado y calculado y eso me mata. Cada vez que me decía que mi madre estaría orgullosa de mí si me viera crecer era parte de un plan perverso en el que alimentaba mi necesidad de sentirme querida. Es cierto que me habría desgarrado el corazón saber que mi madre me abandonó una noche llevándose a mi hermano, cuya existencia desconocía hasta hace poco, dejándome a mí atrás; pero habría sobrevivido porque así soy yo: una superviviente. Me pregunto cuánta culpa tuvo el tutor que contrató mi padre para enseñarme a hablar, leer y escribir en la red de mentiras diseñada por mi padre. Recuerdo que solía decir que la falta de una figura materna era el motivo de mi retraso y, aunque yo entendía perfectamente lo que le trataba de explicar a mi padre, no podía expresarme y poner en palabras mis pensamientos. Nada más lejos de la verdad. No pensaba en mi madre cuando escuchaba sus lecciones. Solo trataba de memorizarlas sin conseguirlo. Fue una época frustrante y triste, en la que la incapacidad por aprender los conceptos académicos más sencillos iban de la mano con el progreso en la espada y otras actividades propias del hijo de un pirata. Al menos en ese campo mi padre siempre sonreía con orgullo. Al final, mi tutor terminó por cancelar las clases ante mi ineptitud y mi inhabilidad por aprender.

El balido de una cabra que parece perdida en la espesura interrumpe mis pensamientos. William. Aguzo mi oído mientras busco su silueta entre las sombras de la noche. Si Jacob está en los establos, William debe de andar cerca. Me pregunto por dónde diablos ha salido. Ha tenido que haber roto una ventana o forzado una puerta. No puede estar tan loco como para saltar desde el segundo piso, especialmente con su constitución. Ha podido matarse. ¡El muy estúpido!

En ese momento escucho un disparo y corro hacia los establos, siento que el corazón se sale de mi pecho. Dos de mis hombres me alcanzan cuando llego sin aliento. William está sentado en el suelo al lado de mi caballo y por el sonido de sus relinchos deduzco que Jacob ha preferido disparar al caballo antes que a mi prisionero. La furia me invade mientras me arrodillo junto a él buscando la herida con mis manos. Enseguida sigo el rastro de sangre. Le ha disparado en el cuello.

—Lo siento —susurra William.

—Llévalo a mi camarote y atádllo —les ordeno a mis hombres sin alterarme. Sé lo que tengo que hacer.

—Lo siento, jefa. Era un buen caballo —se disculpa Jacob.

—Has hecho lo correcto.

Intento quitarle peso al asunto porque les prohibí a mis hombres matar a William bajo ninguna circunstancia. Me levanto y extiendo mi mano hacia Jacob. Él deposita su arma en mi palma. Sabe tan bien como yo lo que hay que hacer en estos casos. Me sitúo frente a mi caballo y le doy un tiro de gracia en la frente.

—Que la tripulación del Belle Lueur se encargue de enterrarlo —ordenó mientras le entrego la pistola.

No debería sorprenderme que William haya intentado huir. Yo habría hecho lo mismo en su lugar. Lo que me molesta es que lo haya intentado después del día que hemos compartido, en amigable camaradería. El condenado la usó para ganarse mi confianza y que yo bajara la guardia. No voy a cometer el mismo error de nuevo. Se va a llevar una sorpresa. A partir de ahora, va a dormir en el suelo de mi camarote atado a la pata de mi cama.

Cómo se ha debido de burlar de mi propuesta de ser amantes mientras planeaba abandonarme. ¡Maldito William Whixley del demonio!

Regreso a La Sombra Negra con un propósito en mente: darle una lección a mi prisionero. En cuanto abro la puerta de mi camarote, veo a William sentado a los pies de mi cama, con la espalda apoyada en la pared. Sus muñecas están atadas a uno de sus postes torneados. Casi no hay espacio para nada más en las reducidas dimensiones de la habitación. Soy una mujer práctica que no necesita un tocador o un armario de tres puertas. Mi dormitorio consta de un escritorio, que uso, por insistencia de James, para guardar los documentos importantes, y un baúl que contiene mi escaso guardarropa.

—Imagino que una disculpa no es suficiente —se atreve a decir en cuanto entro y cierro la puerta con llave.

—Imaginas bien. Era un buen caballo y ahora está muerto por tu culpa.

La cólera y la rabia me dominan. Cuando estoy frente a él, le doy una bofetada. William se mantiene impasible. La recibe con los dientes apretados.

—Te dije que no intentarás escapar, que la propiedad está vigilada.

Le doy otra bofetada en la otra mejilla intentando dominar mi arrebatado de ira. Él la recibe sin inmutarse. Si fuera otro prisionero, estaría muerto en estos momentos, pero se trata de William, el hombre que va a ayudarme a construir una plantación tan grande que no solo mis hombres se beneficiarán de ella. Quiero que todos los piratas que deseen una alternativa a la piratería puedan dirigirse a Emerald Bay para trabajar honestamente, para seguir vivos sobre el puente de un barco, navegando hasta el fin de sus días.

—Tenía que intentarlo. Lo siento muchísimo —se vuelve a disculpar.

Sus palabras no significan nada. Lo volverá a hacer en cuanto tenga la mínima oportunidad. Lo sé y él sabe que lo sé.

—Bueno, intenta no volver a cometer una estupidez semejante y todo irá viento en popa. Por cierto, espero que no aplastes a *sir* Croqui mientras duermes. Un animal es más que suficiente por una noche. Le encanta dormir debajo de mi cama.

William tiene la osadía de sonreír y, cuando ve mi cara de pocos amigos, intenta controlar la risa sin lograrlo. Al final me uno a él porque entre nosotros no puede haber mala sangre.

—Deberías de aleccionar a tu rana en vez de a mí. Yo no tengo la culpa de que las féminas me encuentren irresistible —bromea señalando a *sir* Croqui, que descansa plácidamente sobre uno de sus pies descalzos.

«¿Será posible?», pienso. La visión de sus pies desnudos hace que se me forme un nudo en el estómago sin estar segura del motivo. Nunca he prestado demasiada atención a esa parte del cuerpo de un hombre y me parece la imagen más erótica que he visto en mucho tiempo.

—De nada sirve que prendas una hoguera en las féminas si no puedes apagar el fuego que provocas —le reclamo con rencor, aún molesta por su rechazo.

—¿De qué demonios estás hablando? —se atreve a fingir demencia.

—No tengo ganas de tener esta conversación en estos momentos. Si no te importa, lo dejamos para mañana —le suelto sin contemplaciones, me acerco al escritorio y apago la lámpara. La oscuridad se apodera del camarote y, en vez de sentirme aliviada por no tener que verlo, la intimidad de la situación me golpea con fuerza, como una tormenta inesperada en medio del océano. Me acerco a la orilla de la cama, del lado contrario a donde se encuentra William, y empiezo a quitarme la ropa. Tal vez lo hago con más lentitud de la acostumbrada. Sé que él solo puede apreciar la silueta de mi cuerpo. El silencio es absoluto. Maldición. Por una vez, la quietud de las aguas de la bahía me molesta. Se escucha el sonido de las prendas al caer en el suelo. Escucho la respiración errática de William. Siento sus ojos fijos en mi cuerpo y los movimientos de mis manos mientras me desnudo y, aunque no puedo verlo, estoy segura de que William puede imaginarme tan claramente como si estuviera frente a él al mediodía de un día soleado. ¡Maldición, todo me sale al revés cuando se trata de él!

Termino de quitarme la ropa y me acuesto desnuda sobre la cama. No pienso cambiar mis costumbres por él. Las noches caribeñas son demasiado calurosas y húmedas para dormir debajo de las sábanas. Si se despierta al amanecer y me ve como Dios me trajo al mundo... bueno, espero que se arrepienta de su negativa a que nos convirtamos en amantes.

—Duermes desnuda —dice con voz ronca. Al parecer, la falta de luz no afecta a su visión o imaginación.

—Muy inteligente, Whixley.

—Te iba a pedir que compartieras tu cama conmigo. Nunca he dormido en el suelo. No creo que pueda conciliar el sueño —se lamenta.

—Es una lástima que tu aristocrático trasero esté acostumbrado a los colchones de lana ingleses —me burlo.

—El suelo está duro como una piedra —protesta.

Juro que si sigue quejándose lo voy a lanzar por la borda. No estoy acostumbrada a la compañía nocturna de nadie, menos aún de alguien tan impertinente como él. Tendré que hacerlo callar de alguna manera y creo saber cómo. Ruedo sobre mi estómago hasta que me sitúo en la orilla de la cama, cerca de donde se encuentra atado.

—¿Estás seguro de que el suelo es lo único que está duro? —pregunto con falsa dulzura alargando mi mano, que va a parar directamente a su fuerte pecho.

La deslizo despacio hasta que llego a su entrepierna y agarro su excitación con fuerza por encima de la tela del pantalón sabiendo que no puede detenerme. La sensación de triunfo que experimento es increíble. El muy hipócrita me escribe notas negándose a ser mi amante, pero me desea. ¡Y vaya si me desea! Tengo la prueba en mis manos.

—Clarissa... —no sé si me está pidiendo que me detenga o suplicando que continúe.

—Cierra el pico, William, pareces un loro.

Lo suelto de inmediato, pero no regreso al otro lado de la cama. Me quedo cerca de él. Cierro los ojos e intento dormir. Sigo escuchando su respiración irregular y sé que aún me desea.

—Pensé que ibas a pasar la noche con tu amante —rompe el silencio.

—Cuando regresé al embarcadero, su barco ya no estaba.

Escucho cómo chasquea la lengua con satisfacción. Maldito.

—Es un idiota. Estás mejor sin él, créeme.

—Dice el gran experto en amantes... —me burlo, sabiendo que hace meses que no está con una mujer.

No creo que William sea el tipo de persona que se acuesta con su cuñada, así que posiblemente

estoy en lo correcto: William no está con nadie desde que abandonó Londres.

—Podría darte un par de consejos. Claramente los necesitas.

—Adelante. No es que los vaya a poner en práctica, ni mucho menos. Solo tengo curiosidad.

—Para empezar: no puedes tomar en serio a un hombre que lo primero que te dice cuando te ve es: «¿Cómo me queda el color morado?». Es el peor reencuentro entre amantes que he visto en mi vida.

Tengo que reconocer que tiene razón, pero no pienso darle la satisfacción de afirmarlo en voz alta.

—¿Qué habrías dicho tú, Romeo? —le pregunto en cambio.

—No habría dicho nada. Te lo habría demostrado. En caso de que tú y yo fuéramos amantes, que no lo somos.

—Por supuesto. En este momento somos enemigos jurados.

—Ahora te estás burlando...

—Por favor, ilústreme cómo me habrías demostrado tu devoción en el hipotético caso de que fuéramos amantes y no nos hubiéramos visto en una larga temporada.

Me estoy divirtiendo con nuestra conversación, así que me pongo cómoda y cruzo mis manos detrás de la cabeza. Escucho a *sir Croqui* croar debajo de la cama.

—Te estrecharía entre mis brazos mientras te beso hasta que los dos nos quedemos sin aliento y después te demostraría cuánto te he echado de menos haciéndote el amor. Toda la noche. De todas las formas posibles.

Demonios. William tiene una forma de decir las cosas que te aturde y te deja sin palabras. Ahora la que respira agitadamente soy yo. Noto que el colchón cede un poco y siento el pie de William recorrer mis piernas desnudas acariciándolas con lentitud. Trago saliva con fuerza ante su contacto inesperado. Me arrepiento de haber ordenado a mis hombres que lo aten a la pata de la cama. En estos momentos, daría lo que fuera por sentir sus manos en mi piel.

La temperatura del camarote se eleva conforme su pie va subiendo hasta llegar a mi cadera.

Recorre la curva de mi cintura con parsimonia como cuando navego por una ruta que me gusta.

Despacio, disfrutando del paisaje desde el timón. Por mucho que me guste el efecto que sus caricias provocan en mí, atrapo su pie con mi mano y con delicadeza lo retiro hasta que abandona la cama. Recuerdo la nota que me dio en el estudio y endurezco mi corazón.

Posiblemente sus intenciones sean dormir en mi cama y, aunque nunca he sido tan tentada por un hombre, William necesita aprender una lección.

—Si esto es un intento por dormir en la cama, te advierto que has fracasado —le gruño frustrada.

—Lo último que quiero es dormir cerca de ti.

—Ya somos dos entonces.

Odio que tenga que recordarme su negativa. ¡Me manda los mensajes equivocados con sus vívidas descripciones! ¿Tanto le repulsa estar cerca de mí? Su excitación dice otra cosa. Gimo con desesperación.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Puedes, pero eso no te garantiza una respuesta.

Se ríe de mi contestación.

—¿Qué viste en Ringo?

Me quedo pensativa unos momentos recordando cómo nos conocimos.

—En realidad, me gustó su barco.

William estalla en carcajadas. Lo merezco. Menos mal que está oscuro y no puede ver cómo me sonrojo.

—¡Eh, era muy joven y el Rackham es un barco precioso! Una fragata increíble —me defiendo.

—¿Cómo dices que se llama su barco?

—El Rackham.

Volvió a reír con incredulidad.

—Clarissa, el nombre de su barco debió ser una señal clara de que el Ramillete de Lilas no te convenía como amante. ¡No debiste pasar por alto el hecho que nombró su barco con el apellido de Calicó Jack!

Vuelvo a sonrojarme. Me siento culpable.

—¡Espera! ¿Le has puesto un apodo a Ringo?

—Bien merecido, ¿no crees? Yo también sé ponerlos.

—Es un buen apodo —reconozco—. Cuando le hiciste un corte en la ingle te acercaste a... ya sabes... sus aguacates.

—¿Aguacates?, ¿así le llamas a las partes nobles de un hombre?

El sonido grave de su voz me acaricia como una pluma que se desliza por mi cuerpo. Esta maldita oscuridad...

—Así las llamamos aquí. No es cosa mía. Es un nombre de dominio público.

—Si te estás preguntando si va a poder funcionar en la cama... la respuesta es sí. No cometí ninguna atrocidad, aunque te recomiendo que lo sustituyas. Mereces un hombre de verdad y no un cobarde.

Maldición. El único hombre que deseo en estos momentos está acostado al lado de mi cama y mi rana tiene más oportunidades de saltar sobre su cuerpo que yo. Guardo silencio y cierro los ojos.

—¿Tienes familia?

Aprieto los párpados con fuerza. Voy a pretender que estoy dormida.

—Clarissa, sé que estás despierta. Dijiste que te preguntara directamente lo que quiera saber sobre ti, ¿ya te has arrepentido?

—No quiero hablar de ello más de lo que tú quieres hablar de Philip. Respeto tus deseos y tú deberías respetar los míos —le contesto con dureza.

—Si supiera cuál es el problema que tiene Philip conmigo, te lo diría, pero no lo sé.

—Entonces, estamos en igualdad de condiciones. Ninguno tiene nada que decir de su propia familia.

—Solo quiero entenderte mejor.

—Todo lo que te pido es que me ayudes a convertir Emerald Bay en una plantación. Lo demás no importa. Intenta recordar eso. Buenas noches —le espeto moviéndome al otro lado de la cama, intentando poner la mayor distancia entre nosotros.

Haberlo traído a mi camarote ha sido la peor idea que he tenido en mucho tiempo.

—Al menos, podrías darme una manta. Las tablas del suelo se me clavan en la espalda.

Lo ignoro. Recuerdo que es mi prisionero y mi caballo está muerto por su culpa.

—Por favor, Clarissa —me ruega con esa voz grave que envía escalofríos a través de mi cuerpo. Termino por levantarme porque sé que es cierto. Arranco con fuerza la colcha de mi cama y me acerco a él.

—Ponte de lado para que pueda extenderla debajo de ti.

Hace lo que le digo y coloco la colcha con cuidado. Soy consciente de mi desnudez. Si William se diera la vuelta, se encontraría con mis pechos cerca de su boca. Aprieto los muslos y me retiro con rapidez de su lado.

—Gracias.

No contesto y me acuesto. Pienso que va a ser una noche muy larga, pero antes de darme cuenta

me duermo profundamente.

9



William

E

n cuanto Clarissa cae dormida, comienzo a forcejear hasta que logro deshacerme de las cuerdas que me atan al poste de su cama. Durante el rato que ha durado nuestra conversación he tenido que conformarme con tocar la madera suave para mantener mis manos ocupadas ante la imposibilidad de

tocar su piel aceitunada y comprobar que es tan suave como parece. Me siento en el escritorio de Clarissa porque su silla es más cómoda que el maldito suelo y espero lo que parece una eternidad, hasta que estoy seguro de que está tan profundamente dormida que la luz de un candil no va a lograr despertarla. No puedo dejar pasar esta oportunidad de admirar su cuerpo desnudo sin que se dé cuenta. Por fin, lo enciendo y lo coloco en una esquina del camarote para que la luz sea más tenue. Acercó la silla del escritorio con sumo cuidado a la orilla de la cama y me siento a observarla. Juro que es la mujer más sensual que he visto en mi vida. Mi miembro sigue igual de excitado que antes, desde que sentí su mano acariciándome.

Las sombras que proyecta el candil en su cuerpo acentúan la suavidad de sus curvas. Recorro su cuerpo, empezando por los dedos de los pies. Veo el brillo de la arena de la playa incrustada en sus uñas blancas. Sonríó sin poder evitarlo. Clarissa se baña en el mar, por eso su cabello siempre huele a espuma de mar cada vez que pasa a mi lado y el baño de su habitación en la mansión estaba cubierto de polvo. Todo cobra sentido. Esta mujer es una sirena. Ama el mar. El hombre que logre enamorarla tendrá que ser igual de libre que ella y amar el mar con la misma pasión.

Cada día que pasa, el abismo que separa nuestros mundos crece un poco más. Sigo estudiando el cuerpo de Clarissa. A pesar de que se viste con ropas masculinas, es una mujer muy femenina. Sus pechos turgentes, expuestos en toda su gloria, suben y bajan suavemente con cada respiración, ajenos a mi escrutinio silencioso, al hambre de mi mirada. Por primera vez me doy cuenta de que no quiero comida en medio de la noche. Ella es todo lo que deseo. Entreabre los labios y un gemido suave escapa de su boca. «William», susurra. ¡Ah, Clarissa! No hay nada que más desee que despertarte y llevarte al éxtasis escuchando mi nombre en tus labios hinchados por mis besos. Todo a su tiempo. Cuando te posea, vas a desearme tanto que el recuerdo de tu último amante habrá desaparecido de tus pensamientos. Ya no seré un pobre reemplazo como en

estos momentos: serás mía en cuerpo y alma.

Las horas pasan mientras me empapo de la visión de su cuerpo esbelto. Encuentro una botella de coñac francés y por primera vez en la vida me la bebo a tragos. Ya no me siento asqueado; al revés, saber que sus labios tocaron la botella antes que los míos me mantiene en un estado de excitación constante recordando nuestro beso en el estudio. Me aprendo de memoria las líneas gráciles del contorno de su cuerpo desnudo. No hay una peca que no haya memorizado. Cada una de las cicatrices que marcan su piel están grabadas a fuego en mi mente. Cuando veo los primeros rayos de sol a través del ojo de buey, busco la llave de la puerta debajo de la almohada y subo a la cubierta del barco. Morgan baja de la cofa con la agilidad de un mono con una pistola en la mano.

—¡Detente si en algo estimas tu vida!

Levanto los brazos en alto en señal de rendición y espero a que llegue a mi lado.

—Quiero ir a Falcon Point —suelto sin pedir permiso.

Mi captora es Clarissa y no tengo que pedir permiso como un niño a nadie más que a ella. —
¿Qué se te perdió allí, inglés?

—Quiero cortar unas flores.

Decido no tentar mi suerte y ser sincero. El vigía me mira sin estar seguro de haberme escuchado bien. —¿Flores?

—Sí. En Londres... cuando un hombre comete un error, intenta pedir disculpas a la mujer que ofende regalándole flores —intento explicar de una forma que entienda.

—No creo que ella sepa apreciar ese tipo de costumbres.

Guarda el arma sin poder ocultar la burla de su tono.

—Aun así, quiero hacerlo. Mira, no tengo que darte explicaciones ni tienes que entender mis motivos.

Tampoco te estoy pidiendo permiso. Solo te estoy informando de mis intenciones porque no quiero morir en el intento —digo con sequedad.

Odio que todos sepan lo que hago. Odio ser el motivo de habladurías entre este grupo de salvajes y, sobre todo, odio sentirme observado y juzgado por mis acciones. No sé cómo un grupo tan grande de personas convive de forma tan cercana todos los días sin matarse entre ellos. No hay intimidad. No hay nada que suceda en este barco sin que toda la tripulación lo sepa. Es una experiencia desagradable a la que nunca podré acostumbrarme. Morgan silba imitando el canto de un pájaro e inmediatamente aparece uno de los hombres del grupo de los doce apóstoles.

—Inglés, este es Reins, más conocido por el apodo del Cortador. Si intentas alguna estupidez, sabrás por qué le pusieron ese sobrenombre.

Me recorre un escalofrío. Reins tiene un aspecto amenazador y me mira con sospecha entrecerrando los ojos. Me doy cuenta de que me mira fijamente los dedos de las manos.

¡Diablos! Tal vez no es una buena idea alejarme de Clarissa con uno de los hombres más corpulentos y aterradores del barco. Trago saliva y le tiendo la mano para saludarlo, pero la ignora.

—No soy una institutriz al cargo de un niño caprichoso. ¿Qué quieres ahora? —me pregunta irritado.

—Ir a Falcon Point —le contesto sin querer enfurecerlo más.

Se pone en camino sin esperarme mientras Morgan nos mira alejarnos moviendo la cabeza sin poder creerse que en verdad vaya a ir a Falcon Point a traerle unas flores a Clarissa. Caminamos en silencio hasta llegar a la propiedad de Philip. Aún no ha amanecido completamente y los alrededores de la mansión están desiertos. Las palmeras que adornan el camino y los campos de caña se mezclan en una sombra uniforme. Philip tiene unos jardines maravillosos. Parece un paraíso. El olor dulzón de las flores nos da la bienvenida. Hay muchos olores que no logro reconocer. Flores exóticas, tropicales, desconocidas para un europeo sin mundo como yo. Su olor atrayente es subyugante e imagino el cuerpo de Clarissa perfumado con su aroma embriagador.

—¿Se puede saber por qué te detienes? —me pregunta impaciente Reins cerca del gazebo rodeado de lavandas y rosales. Es tan inglés que parece irreal en este entorno tropical y exuberante.

—Estoy decidiendo qué flores voy a cortar.

Alza una ceja incrédulo.

—¿A eso hemos venido, a robar unas flores? ¿Se puede saber para qué diablos quieres unas flores?

—Quiero disculparme con Clarissa por la muerte de su caballo —suelto de sopetón.

No tiene sentido decir otra cosa. Estoy seguro de que Morgan no va a guardar mi secreto. Tendré que prepararme para las burlas y las bromas que van a hacer a mi costa cuando regrese con un ramo de flores.

—Era un buen caballo. Tendrás que llevarle muchas flores si quieres que se le pase el enfado y te perdone.

—Entonces, vamos a ponernos manos a la obra. Deberíamos haber traído a alguien más para que nos ayude.

—Por eso no hay problema. Esto no me lo pierdo por nada del mundo.

Diciendo esto, imita el sonido de una cabra y en un momento se presentan varios hombres. Así que anoche no había ninguna cabra perdida entre la espesura. Era la señal de alarma que Jacob mandó a los demás cuando me vio dirigirme hacia los establos. Por eso Clarissa y sus hombres llegaron tan rápido. ¡Quién iba a decir que unos piratas sanguinarios usan el balido de una cabra como voz de alarma! Un animal tan inofensivo. Es una idea genial. Jacob me mira con odio mal disimulado y los otros dos piratas con sospecha en cuanto se acercan.

—El inglés quiere llevarle unas flores a la jefa por lo de anoche —les dice Reins.

Ya no me miran con odio, sino con simpatía, intentando contener la risa. Me hacen sentir ridículo, pero no pienso avergonzarme. Sé lo que hago. No hay ni una sola mujer que conozca que no se haya derretido ante un buen ramo de flores. Bueno, ninguna era una pirata, así que tendré que rezar para que funcione con ella también.

—¿Cuántas flores quieres? —pregunta uno de los piratas.

—Tantas como puedas llevar hasta el barco.

Los piratas se dirigen hacia el centro del gazebo y sacan las bolsas de cuero donde guardan las monedas.

—Tres monedas de oro a que la jefa lanza las flores por la borda —apuesta Reins.

—Cinco a que lo lanza a él —dice Jacob.

«Vaya, gracias por la confianza», pienso.

—Dos monedas a que se encierra con él en el camarote durante todo el día —interviene Robert, otro del grupo de los doce apóstoles.

Esta apuesta es la que más me gusta. Si no estuviera arruinado, yo también apostaría lo mismo.

—¿Podéis dejar las apuestas para después? No quiero que Philip estropee mis planes.

—*Monsieur* Falcon adora sus jardines. Si te pilla robándole las flores, va a hacer algo más que estropear tus planes.

—Por eso. Vamos a terminar con esto de una vez para siempre.

Los piratas se dispersan y empiezan a cortar todas las flores que encuentran. Reins se mantiene cerca, sin apartar la vista de mis movimientos mientras corta las flores de cualquier manera. No voy a quejarme. Estos hombres están acostumbrados a otro tipo de actividades. Busco las rosas rojas con la mirada y me dirijo hacia un camino de rosales perfumados y empiezo mi tarea hasta que ya no me caben más rosas en los brazos. En unos minutos nos ponemos en camino hacia La Sombra Negra. Cuando llegamos, todos los piratas están en cubierta, incluso Sloan y los hombres que fueron a Martinique a organizar la visita al cafetal. Clarissa, con los brazos en jarras, aparece magnífica, esperando junto a Morgan debajo del palo mayor. Sus ojos se abren con sorpresa al vernos llegar cargados de flores sin poder creerse lo que ve. Esta mañana he dejado la lámpara prendida y la botella de coñac vacía sobre la silla al lado de la cama para que no tenga dudas de que he estado observándola durante toda la noche.

No soy partidario de tener público cada vez que hago algo, pero es lo que hay y tengo que aguantarme. Así que me armo de valor, intentando ignorar los susurros y las apuestas escandalosas que llegan a mis oídos, y me dirijo hasta Clarissa. Le ofrezco las rosas rojas. Ella las mira confusa antes de tocarlas sin saber muy bien qué hacer y las huele con placer.

—Discúlpame por lo de anoche. No volverá a suceder. Intentaré ayudarte en lo que pueda para que la plantación que quieres sea un éxito.

Soy sincero. «No tengo oportunidad de escapar de este lugar y mi mejor opción es cooperar», me repito mientras intento convencerme a mí mismo de que la presencia de Clarissa no es la razón principal para quedarme.

—Morgan me explicó esa costumbre inglesa tan tonta de arreglar las cosas con un ramo de flores. Ni por un momento creas que ya me he olvidado de mi caballo. Aquí los asuntos se arreglan de otra manera. Mi caballo está muerto por tu culpa, así que tendrás que conseguirme otro igual de bueno. No pienso aceptar cualquier animal de cuatro patas.

—¡Estoy en la ruina!, ¿cómo diablos piensas que voy a comprarte otro caballo?

—Ingéniate las, Whixley —contesta guiñándome un ojo divertida ante mi desesperación—.

Tampoco tienes dinero para comprar flores y aquí estamos —dice abarcando las flores que la rodean.

Se está divirtiendo a mi costa.

—No puedo creer que no aprecies mi gesto —contesto enfadado.

—Aprecio que hayas cambiado tus prioridades —susurra con suavidad para que nadie lo escuche. La miro interrogante.

—Baja al camarote y espérame. Puedes llevar contigo las rosas rojas —me ordena en el último momento.

«No todo está perdido», pienso esperanzado.

—¡Jefa! ¿qué hacemos con las flores? —grita Reins.

—Las de color rosa las podéis tirar por la borda, odio ese color. Y las otras... que las doncellas de Emerald Bay las coloquen en jarrones y las repartan por toda la casa.

Los murmullos no se hacen esperar. Especialmente Robert, que ya considera ganada la apuesta y exige impaciente el pago.

—No pienso pagar hasta que no termine el día —le espeta Reins testarudo mientras escoge las rosas rosas y las tira a la bahía.

Hay veces que los piratas de Clarissa me recuerdan a mis propios amigos londinenses. Se toman las apuestas tan en serio como nosotros.

Entro en el camarote y veo que la silla que dejé al lado de la cama se encuentra detrás del escritorio, la botella vacía de coñac no está a la vista y el candil está apagado sobre la mesa. Dejo las rosas sobre la cama. Sir Croqui está al pie de la cama. Me agacho y pongo la rana encima de la palma de mi mano. ¡Es tan pequeña! La llevo hasta la caja de helechos y la dejo cerca del pequeño azucarero de Baccarat. Clarissa deja hojas de helechos medio sumergidas en el azucarero y miro a *sir* Croqui ingeniárselas para beber agua sacando una de las hojas porque no alcanza el borde por su pequeño tamaño. Podría saltar y beber sobre el borde del azucarero. El cristal es lo suficientemente pesado para que no se vuelque.

Pienso en las palabras de Clarissa en el puente: «Ingéníatelas, Whixley». Ahora voy a tener que robar un caballo. Eso es en lo que me estoy convirtiendo: en un maldito delincuente, igual que ellos. Esta vez tendré que arreglármelas de otra manera. Philip no va a permitir que robe uno de sus caballos y no tomar cartas en el asunto. Si quiero hacer las paces con él un día, porque no descarto la posibilidad, tendré que pensar cómo voy a apañármelas para devolverle el caballo a Clarissa. ¡Maldita mala suerte la que siempre me acompaña!

Clarissa abre la puerta de golpe.

—No sé qué diablos te propones, Whixley, pero este juego que te traes entre manos no me gusta nada —me dice de muy mal humor mientras cierra la puerta de golpe.

Y yo que pensaba que ya la había calmado con el gesto de las flores... Me pregunto si habría funcionado mejor una colección de conchas de la playa.

—¿De qué juego hablas? He sido sincero cuando te he pedido disculpas.

—No me refiero a eso —dice echando chispas por los ojos.

Si supiera lo que la deseo cuando se vuelve tan apasionada...

—¿A qué demonios te refieres entonces?, porque en este momento estoy perdido.

—A la maldita nota que me diste anoche. Me dices que no y después tú... te sientas a verme dormir desnuda, las flores... Te juro que no te entiendo. Me dices que no, pero actúas como...

—¿De qué hablas? No te dije que no.

—¿Lo vas a negar? ¡Maldita sea! —exclama dirigiéndose al escritorio. Toma un pedazo de papel arrugado y me lo estampa en el pecho—. Deja que te refresque la memoria. Aquí dice claramente que no —dice levantando la voz alterada, los puños cerrados sobre mi pecho, aún apretando la nota arrugada.

La tomo por las muñecas con delicadeza y se las beso. Me mira sorprendida. No espera esta demostración de afecto por mi parte. Sigo mi intuición. Noto que ella está molesta por lo que pensaba que era una negativa de mi parte. Nadie toma bien un rechazo directo.

—Aquí dice claramente «no comparto», que es totalmente diferente a un no rotundo —le aclaro mirándola fijamente—. ¿Eso es lo que te dijo James?

No puedo creer que James le haya mentado. Puede ser un pirata desalmado en el fragor del abordaje, pero no es un mentiroso. En el poco tiempo que lo conozco he llegado a apreciar a este hombre.

—No le pregunté —dice en voz baja—. Intenté leerlo con una plantilla de sonidos en orden alfabético y cuando vi que la primera palabra era «no»... saqué conclusiones precipitadas —confiesa.

—Enséñame esa plantilla —le pido con calma.

Clarissa sale del círculo de mis brazos e inmediatamente los siento vacíos. La quiero cerca, completamente mía. El haber crecido prácticamente solo durante mi infancia me marcó

haciéndome posesivo y celoso. Philip era demasiado mayor para jugar conmigo y mi madre nunca me permitió juntarme con los hijos de los criados. Una vez que nos mudamos a Londres... la ciudad fue peor. La soledad era mi compañera. Philip pasaba la mayor parte del tiempo en el internado y la música se convirtió en mi escape, en mi terapia, cuando el marqués echó a Philip de casa y me quedé absolutamente solo.

—Aquí tienes.

Me tiende una cuartilla con una lista en la que aparecen en orden alfabético todas las combinaciones posibles de consonante y vocal, empezando por la «b»: ba, be, bi, bo, bu; etcétera. La técnica de James es claramente mejor que la mía y aun así no ha logrado despertar la curiosidad de Clarissa por aprender a leer.

—Tienes razón. La primera palabra es «no», pero después hay un espacio que significa que viene otra palabra distinta y esa palabra empieza por «co» —le explico con paciencia.

Tomo su mano y pongo una pluma en ella. Mi mano aprieta la suya, la guía a través de la escritura, separando las sílabas y las letras de la palabra. Quiero que entienda la idea para que sea capaz de leer todo lo que se proponga. Noto cómo cambia el ritmo de su respiración, la mía hace tiempo que se tornó irregular.

—Vamos a separar la palabra en sílabas. De acuerdo con tu lista, dejaremos fuera las consonantes que no tengan vocal. Por ejemplo: co-m-pa-r-to. Cuando te encuentres con esto, simplemente vocaliza el sonido de las consonantes que están solas y después intenta pronunciarlas junto al resto de las sílabas para que tengan sentido. Así: co-m-pa-r-to —le explico mientras Clarissa fija sus ojos en mis labios imitándome.

No está prestando atención. Me doy cuenta de que no entiende de qué hablo. Dejo la pluma sobre la mesa y levanto su mano dirigiéndola hasta mi boca. La yema de sus dedos trazan el contorno de mis labios. La contención nunca ha sido mi fuerte. Ver cómo el deseo oscurece los ojos de Clarissa es más de lo que puedo soportar. Abro los labios y le muerdo suavemente la punta de los dedos. Emite un jadeo entrecortado que es mi perdición. Sé que estoy jugando con fuego.

No es el momento ni el lugar, especialmente porque sus hombres están contando los minutos que llevamos encerrados y haciendo apuestas disparatadas. Además, ella aún no me ha dado su respuesta. Cuando le dije que no quería compartirla con otro hombre, estaba hablando en serio; sin embargo, nada me impide probar la miel de sus labios en un intento por conquistarla, por intentar hacerle ver que merece la pena apostar por mí. Que soy merecedor de su exclusividad, que podemos hacer una buena pareja. En la cama, por supuesto, porque pensar en ella fuera del dormitorio es un error. Somos demasiado diferentes. Procedemos de mundos distintos y nuestras metas son tan distantes como la luna del sol. Una relación abocada al fracaso antes de empezar.

Clarissa se inclina y me besa apasionadamente, porque esta mujer singular no sabe hacer las cosas de otra manera. Reclama mis labios como si le pertenecieran, como si las reglas las estableciera ella, como si yo no le hubiera puesto una condición a nuestra asociación. De momento, me dejo llevar por su arrebatado de pasión. Muerde mi labio inferior con suavidad, ejerciendo la misma presión suave que yo ejercí cuando mordisqueé sus dedos. Siento sus manos en mis hombros, aferrándose a su solidez. La tomo por la cintura y la subo al escritorio. Parece que los dos tenemos una inclinación natural hacia este tipo de muebles. La idea me hace sonreír. Las manos de Clarissa abandonan mis hombros para empezar a desabrochar los botones de mi camisa. Uno se desprende y cae al suelo en su prisa por acariciar la piel de mi pecho, pero no me importa. El deseo sigue creciendo como un remolino en torno a nosotros, rodeándonos y lanzándonos a unas profundidades desconocidas. Su respuesta a mi petición de exclusividad queda olvidada. Deslizo mis manos por sus costados hasta alcanzar el borde de su camisa y la

subo despacio. Ella levanta los brazos para ayudarme a deshacerme de la prenda. Los dos nos quedamos desnudos de cintura para arriba. Nos observamos con la curiosidad de dos amantes inexpertos, descubriendo sus cuerpos por primera vez.

—Eres preciosa —susurro bajando la cabeza para besar su clavícula.

Cuando emite un jadeo entrecortado, sé que he encontrado un lugar que la excita. Paso la punta de mi lengua por su piel tersa. Es tan suave como la seda de mi mejor *cravat*. Sus gemidos me alientan y mis labios la acarician hasta llegar al hombro. Lo mordisqueo y sigo subiendo hasta su cuello. Siento sus manos en mi nuca, acariciándome, sus dedos desordenando los mechones largos de mi cabello en un intento por apretarse más contra mi piel. No puedo contenerme y succiono su piel delicada hasta que estoy seguro de que la he marcado como mía. Al parecer, no le importa, porque rodea mi cintura con sus piernas esbeltas. Deslizo mis manos por su espalda hasta llegar a su trasero y la acerco más a mí.

—Dime que serás mía —le ruego.

Estoy a punto de cruzar el límite de no retorno. Noto cómo se tensa. Deja de acariciarme y levanta el rostro con rebeldía.

—No tengo dueño —dice con voz entrecortada, aún presa de la pasión.

Su negativa es un balde de agua fría. ¿Aún piensa en Ringo?, ¿me ve como un pobre sustituto? Me separo y le pongo la camisa que yace abandonada en el suelo, junto al escritorio, sin pronunciar palabra.

—¿Por qué no puedes aceptarme como soy? —me pregunta más curiosa que afectada por mi distanciamiento.

—Por el mismo motivo que tú no puedes aceptar mi posesividad.

—No soy propiedad de nadie. No puedes encerrar un halcón en una jaula.

—Sí puedes —contesto pensando en los halcones gerifalte que criaba el abuelo de Philip—. Mi intención no es cortarte las alas, solo quiero tener la seguridad de que eres mía durante el tiempo que dure esto —digo haciendo un gesto con los brazos, abarcándonos.

—Eso no te garantiza mis sentimientos, ni mi fidelidad ni nada.

—No quiero tus sentimientos, solo tu cuerpo.

—Vaya, Whixley. Sabes cómo apagar la llama de la pasión. ¿Sabes qué? ¡Vete al infierno! —grita furiosa mientras sale de la habitación dando un portazo.

En cuanto he dicho que lo único que quiero es su cuerpo, me he dado cuenta de que he cometido un error. ¡Maldita sea! Soy un patán. Los gritos de Clarissa me llegan con claridad a través de los pasillos.

—¡Lanzad todas las malditas flores por la borda! ¡No quiero ver una sola flor en casa!

Me doy cuenta de que estoy acabado. Ahora sí he tocado fondo y no tengo ni idea de cómo arreglar las cosas.

—¡Maldición! —exclamo mientras subo a cubierta a buscarla.

—Morgan, ¿dónde diablos están los muchachos? —Clarissa le grita al vigía desde debajo de la cofa. ¡Menuda voz!

—Desayunando en Emerald Bay. Los cocineros del Belle Lueur son mejores que los de La Sombra Negra. Los muchachos quieren que te reúnas con ellos... eh... en cuanto hayas terminado con tus asuntos aquí.

Siento la mirada curiosa de Morgan, como si me estuviera preguntando por qué no sigo encerrado en el camarote con Clarissa y qué demonios he hecho para que su jefa esté de un humor de perros.

—Clarissa...

—William, lo que tú necesitas es una prostituta. ¡Morgan, vete a La Perle des Caraïbes y pídele a *madame* Blanche que mande a una de sus chicas! Preferiblemente una muda, que no abra el pico ni...

—¡Basta, Clarissa! No seas absurda. Discúlpame. Lo que quería decir antes es que no quiero ser el sustituto de nadie. Quiero que seas mía y que cuando estés conmigo solo pienses en mí.

—¿Crees que pienso en otro hombre mientras son tus labios los que me besan y tus manos las que me acarician? —me pregunta perpleja.

—Lo único que sé es que anoche pensabas acostarte con Ringo —contesto cruzándome de brazos.

Odio que nunca estemos a solas. La privacidad es un lujo que nunca he valorado en su justa medida. La risa del vigía me llega con la brisa del mar.

—No seas ridículo. Ringo es historia.

Sus facciones se suavizan ante mi inseguridad.

—Tienes que reconocer que a nadie le gusta ser el segundo plato —insisto.

—Tú nunca serás el segundo plato, William. ¡Eres la cena completa!

—Bueno, ese es un idioma que entiendo. ¿Aceptas desayunar conmigo en casa?

—Qué costumbre tienes de hacerte pasar por el dueño de mi casa e invitarme a mis propias comidas, acompañarme a la puerta de mi propia casa y hablarme como si fueras mi dueño. Una vez más: no lo eres, así que deja de comportarte como un *lord* pomposo e inseguro y madura.

—Son costumbres arraigadas desde hace tiempo. Tendrás que ser paciente conmigo.

—Te advierto que la paciencia no es una de mis virtudes, así que pon más empeño.

Mi estómago elige ese preciso momento para rugir de hambre, lo que le hace mucha gracia a Clarissa. Tiene un carácter explosivo, pero sus arrebatos duran un instante.

10



Clarissa

E

n cuanto entramos en la mansión, busco las flores que me ha regalado William. Es la primera vez que alguien tiene ese tipo de detalles conmigo y no sabía lo que me estaba perdiendo. Cuando he visto a William y a varios de mis hombres cargados de flores, he sentido que el corazón se saltaba un latido.

Una sensación extraña se ha apoderado de mí y se ha ido extendiendo hasta que ha llegado a los rincones más recónditos de mi ser, despertando sensaciones extrañas, como mariposas revoloteando en mi estómago.

La casa está igual de vacía que anoche. Una de las criadas del Belle Lueur pasa por el vestíbulo en ese momento y la detengo.

—¿Dónde están las flores que trajeron mis hombres?

—Se las dieron a los caballos —contesta sonrojándose.

—¿Qué?

—Clarissa, ¡todos te escuchamos claramente gritar que las lanzáramos por la borda! —exclama James desde el umbral de la puerta del comedor—. Como estábamos cerca de los establos, pensamos que los caballos apreciarían un cambio en el menú.

—Sí, bueno. Eso fue antes... y esto es ahora —termino con incoherencia.

William y James intercambian una mirada de confusión mientras se encogen de hombros. No tengo que darles ninguna explicación. La decepción que siento me sorprende y pienso en la conversación que tuve ayer con William mientras cabalgamos. «Necesitas un jardinero». Tiene razón. Los jardines de Falcon Point son espectaculares y siempre me han gustado, aunque son un poco coloridos para mi gusto. Iré a Castries después de desayunar. Si William cree que los jardines van a ayudar a mejorar la imagen de los futuros negocios de la plantación, entonces, que así sea. Trato de convencerme de que mi decisión no tiene nada que ver con el hecho de que William me ha regalado una cantidad indecente de flores y me ha gustado la experiencia.

Demasiado.

Entramos en el comedor y William se adelanta a retirarme la silla como el caballero educado que es sin importarle las miradas de desconfianza que le lanzan mis hombres. Mis hombres no van a olvidar tan rápido su intento de huir, ni yo tampoco. Noto que entre nosotros el trato es distinto y no sé cómo sentirme al respecto. Él parece muy cómodo sentado al otro lado de la mesa, hablando con el servicio sobre el tipo de té que quiere para desayunar. Mis doce hombres de confianza están esperando impacientes.

—¿Cómo ha ido la organización de la visita al cafetal, Sloan? —pregunto para romper el hielo mientras William hace un gesto para que me sirvan el café.

—*Monsieur* Bissette es un hueso duro de roer, pero en cuanto fijamos un precio para que nos acompañara, todo fue viento en popa. Tuve que decirle que el hermano de Falcon está interesado en comprar la plantación.

A veces olvido cómo funciona el mundo real fuera de mi barco, donde una mujer no puede comprar un negocio.

—Mañana será un día perdido —comento con acritud—. No hay nada que vaya a hacerme cambiar de opinión sobre este tema. Soy demasiado cabezota.

—Mañana tal vez, pero hoy no —contesta Sloan sonriendo como un gato callejero frente a un plato de leche fresca. Conozco esa sonrisa de autosuficiencia. Sloan nunca pierde el tiempo.

—Habla —le ordeno.

—Un barco cargado de cacao procedente de Ecuador va a pasar esta tarde cerca de San Vicente.

—¿Cuáles son los detalles?

—Va a enarbolar la bandera neutral de corsario americano.

—¿Cuántos hombres necesitamos?

—Todos. George consiguió un comprador para el cacao en Martinique.

Miro a George con agradecimiento. Es un buen negociante. No hay mercancía que se le resista. Siempre encuentra un comprador para lo que sea que abordemos, desde grasa de ballena hasta cacao y tabaco.

—Navegaremos en La Sombra Negra. Que alguien le cambie el nombre. Los hombres que vigilan Emerald Bay se quedan y los que vigilan a los prisioneros del Belle Lueur, también.

Haremos una parada rápida en Castries y después iremos directamente hacia San Vicente. La reunión ha terminado.

Mis hombres se levantan emocionados ante la perspectiva de un abordaje. Espero contar con hombres suficientes. La presencia de los prisioneros del Belle Lueur es un inconveniente que no necesitamos. Tendré que pensar en algo para deshacerme de ellos. William me mira intensamente.

—¿Por qué sigues abordando barcos? Pensé que querías dedicarte al negocio de la plantación de caña —me reclama.

—Estoy esperando a que levantes la maldita plantación, William. Mientras tanto, sigo siendo una pirata y este es mi trabajo.

—Puedes morir.

—Todos podemos morir en cualquier momento —contesto secamente, mientras me levanto perdiendo el apetito. No estoy acostumbrada a que cuestionen mis decisiones y mi vida. Maldito William, ¿quién se cree que es? Él se levanta al mismo tiempo y se acerca a mí.

—Espera. Te doy mi palabra de que no voy a intentar escapar. Lleva a los hombres que vigilan la propiedad o llévame contigo si no confías en mí. No voy a estar tranquilo sabiendo que no tienes suficientes hombres.

—Te quedas.

Salgo del comedor con William pisándome los talones.

—Pero dijiste que me llevarías contigo a un abordaje si se diera el caso.

Agradezco su preocupación, pero llevarlo conmigo solo va a distraerme. No puedo arriesgarme a que algo salga mal y lo maten. Me recorre un escalofrío. El papel que desempeña en mis planes es demasiado importante.

—Prefiero que te quedes. Tu presencia me distrae y no puedo cometer errores, especialmente cuando no tengo suficientes hombres.

Una sonrisa lobuna aparece en su rostro. La humedad del clima tropical y el aloe vera han mejorado el enrojecimiento de su piel. Tengo que aplicarle más sábila.

—Conque te distraigo, ¿eh?

Siento cómo me sonrojo. Lo odio cuando se burla de mi sinceridad.

—No por las razones que crees. Eres demasiado impertinente y no quiero morir por tu inexperiencia —le espeto mientras me dirijo hacia la cocina en busca de aloe vera.

—Tengo mucha experiencia.

El tono de su voz es más grave. Ignoro el deseo que me recorre cuando pienso en él entre mis piernas mientras me demuestra esa experiencia de la que presume.

—Eso está por verse —murmuro entrando en la despensa.

William cierra la puerta y le da la vuelta al pestillo. ¿Qué diablos pretende ahora? Sigo rebuscando el maldito tarro donde ayer guardé el aloe vera de espaldas a él.

—¿Me estás retando? Porque no hay nada que desee más que demostrártelo.

Mi respiración se acelera cuando me doy cuenta de que está detrás de mí, su voz tan masculina cerca de mi oído hace que se me ponga la piel de gallina por su cercanía.

—No creo que este sea un buen momento para demostraciones —logro decir, pensando en las criadas atareadas en la cocina.

—Cualquier momento es bueno. Si no he actuado antes es porque aún espero una respuesta a mi propuesta.

Trago saliva porque ha llegado la hora de la verdad. Por fin veo el tarro que busco y me pongo de puntillas para alcanzarlo, pero William se me adelanta cubriendo con su mano la mía. Siento

el calor que desprende su cuerpo y su olor masculino me envuelve como una boa, asfixiándome. —Tienes mi exclusividad —susurro ladeando la cabeza y mirándolo a los ojos.

Lo deseo y maldita sea si una despensa no es tan buen lugar como cualquier otro. Sus ojos azul claro se oscurecen de deseo alcanzando el color del mar durante una tempestad y que Dios me ayude, porque es el color que más me gusta. Nuestras respiraciones agitadas son lo único que se escucha en el reducido espacio. William me toma por la cintura con suavidad y me acerca a su fuerte pecho. Aún estoy dándole la espalda mientras espero con anticipación su próximo movimiento. Su mano acaricia mi cintura por encima de la camisa. Su aliento huele a té negro y a bergamota, oscuro y exótico. Sus labios se acercan a mi cuello y lo rozan despacio. Vuelve a depositar el tarro en el mismo lugar y desliza su palma desde mi mano extendida hasta mi cuello, bajando por mi costilla apenas rozando la curva de mi pecho en su trayecto. Cierro los ojos cuando siento que sus manos grandes giran mi cintura y mi cuerpo traicionero reacciona a su comanda silenciosa como barro entre sus dedos.

—Mírame, Clarissa —me ordena.

Abro los ojos y sus labios atrapan los míos sin darme oportunidad a retirarme. Saborea en ellos el café que acabo de beber. Siento la necesidad urgente de tocar su piel. Esta atracción que ha estado bullendo entre nosotros durante estos días ha llegado a su punto más álgido. Nos perdemos en un beso feroz, hambriento y descontrolado. Siento la madera de las estanterías golpear mi espalda, pero por nada del mundo voy a interrumpir nuestro contacto. Su excitación presiona mi estómago y por más que quiero que me tome en este momento sé que mis hombres me esperan en el barco.

—No tenemos tiempo —logro decir entre jadeos.

—Solo necesito dos minutos.

William siempre me hace reír con su prepotencia.

—¿No me crees? Tendré que demostrártelo entonces. Empieza a contar —me ordena mientras me desabrocha los dos primeros botones de la camisa.

No cuento porque no sé qué espera que cuente. Con sus labios busca ese punto en mi clavícula que me vuelve loca. Apenas me conoce como persona, pero ¡Dios, cómo conoce mi cuerpo! Dejo escapar un jadeo cuando siento las manos de William soltar los botones de mi pantalón. Son igual de hábiles que sus labios. Su tacto me quema mientras busca mi feminidad, separando los pliegues húmedos con habilidad. Mis caderas avanzan buscando el contacto de sus dedos. Siento que entro en una espiral de placer, que va consumiéndome hasta que ya no puedo aguantar más. Nunca he deseado a nadie como lo deseo a él. Las yemas de sus dedos son suaves y sus caricias expertas despiertan algo que hace tiempo ha estado dormido: la sensación de pertenencia.

—Córrete, Clarissa.

Y su orden es todo lo que necesito para perderme en el placer que provoca con sus manos, con sus labios, con las palabras susurradas contra la piel de mi cuello. Las oleadas de satisfacción no dejan de llegar: una detrás de otra mientras mi espalda golpea las estanterías de la alacena y los tarros que guardan las especias se caen provocando un caos tan grande como el que William acaba de provocar en mí. Por primera vez me doy cuenta de que no quiero hacerme a la mar. Quiero pasar el día entre sus brazos explorando lo que sea que hay entre nosotros y sospecho que un día no va a ser suficiente.

—Esto te dará algo en lo que pensar hasta que regreses a mí sana y salva esta noche.

Su voz es una promesa que cae como el rocío de mañana sobre la tierra sedienta de mi corazón.

Sus manos abandonan mi cuerpo e inmediatamente esa sensación de pertenencia se disipa.

Abrocha los botones de mi pantalón y mi camisa mientras yo aún trato de recuperar el aliento.

Paso la palma de mi mano por su excitación y la aprieto sintiendo su dureza.

—Esta noche dejaré que me demuestres tus habilidades. Mientras tanto, recuerda que eres mía.

—La posesividad de su tono ya no me molesta ahora que he accedido a que seamos amantes exclusivos—. Si te encuentras con el Ramillete de Lilas en medio del mar... espero que lo recibas con un par de cañonazos en mi nombre.

Mantengo mi plan de ir a Castries a contratar un arquitecto. Tardé más en atracar el barco y zarpar de nuevo que en tomar las decisiones respecto a los jardines de Emerald Bay. Las únicas flores que me interesan son las rosas rojas. El arquitecto me dice que es imposible llenar un jardín del tamaño del mío de rosas rojas, que la variedad es lo que le añade belleza. Cuando empieza a hablar de combinar los colores lanzo una bolsa de monedas de oro sobre la mesa sin contemplaciones. No soy una persona paciente.

—Las únicas flores que quiero son rosas rojas. No te estoy pidiendo una opinión, es una maldita orden. Hazlo. En cuanto a los árboles... puedes ir a Emerald Bay y pedirle a *lord* William Whixley que te ayude a seleccionarlos. Las flores no son negociables, ¿queda claro?

Creo que estoy siendo un poco intransigente y muy testaruda, pero no me importa. Siempre he tenido claro que el que paga es el que manda. A William le encantaría saber que uso su título de forma apropiada para impresionar al mequetrefe del arquitecto y que me tome en serio, ya que no deja de juzgarme por mi vestimenta masculina. Me desagrada ver que el arquitecto cambia su actitud ante la mención del título y mi desprecio por la aristocracia y las clases pudientes crece un poco más. William representa muchas cosas que detesto y yo represento muchas cosas que él aborrece. ¿Cómo puede salir algo bien entre nosotros cuando el cascarón de nuestro barco tiene tantos agujeros que lo único que puede suceder es que se hunda? No tengo la respuesta, por lo que lo único que puedo hacer es hacerme a la mar y preocuparme del abordaje del maldito barco cargado de cacao.

Llegamos a la bahía de Emerald Bay de madrugada. El abordaje ha sido más difícil de lo que pensamos en un principio y el trato que había cerrado George ayer con unos compradores clandestinos ingleses... un fraude. Aseguraban que la calidad del cacao no era buena y querían bajar el precio, pero George no se ha doblegado a sus exigencias y hemos tenido que recorrer varias tabernas en San Vicente hasta que hemos encontrado un par de compradores que han sabido apreciar la calidad del cacao. Al final ha sido un buen negocio y mis hombres han disfrutado de una buena borrachera en las tabernas del puerto antes de regresar a casa.

Las lámparas de aceite titilantes en el puente del Belle Lueur y la música me dicen que William aún está despierto esperándome. Mientras atraco La Sombra Negra al lado del Belle Lueur veo a William en el puente tocando el acordeón rodeado de mis hombres. Lo hace bastante bien. Recuerdo que me dijo que le gusta tocar el piano. William no ha tardado en ganarse la confianza de sus guardias. Nada le gusta más a un pirata que una buena noche de música, baile y ron. Sobre todo, ron. ¡Maldición, han sacado un barril de ron a la cubierta de proa! Los hombres que han

venido conmigo al abordaje no se hacen esperar y saltan al Belle Lueur para seguir la fiesta. Se lo tienen bien merecido.

William me saluda y me hace un gesto para que los acompañe mientras empieza a tocar una canción cubana que se ha puesto de moda. Me sorprende que haya aprendido tan rápido los ritmos caribeños, que son tan diferentes de los europeos. Mi cansancio desaparece inmediatamente porque, seamos sinceros, no puedo resistirme a un baile, así que salto con agilidad al puente del Belle Lueur y me pongo a bailar con mis hombres dejando que las preocupaciones del día y el cansancio del abordaje se disipen en los pasos de baile. Siento los ojos hambrientos de William seguirme a través de la proa. Puedo ser mala para las letras y los números, pero para bailar... ¡Esa es otra historia! La música fluye a través de mí y me transforma en un instrumento que interpreta los ritmos musicales con maestría. La intensidad de la mirada de mi prisionero hace que entre nosotros se cree una conexión donde los únicos presentes somos él y yo. Todos parecen desvanecerse a nuestro alrededor mientras él me dirige con la música de su acordeón como si estuviera acariciando mi cuerpo con sus manos y yo respondo a su toque con la sensualidad de mis movimientos. Ni él ni yo desviamos los ojos del otro, siguiéndonos a través de las parejas que bailan y llenan el puente: mis hombres y las mujeres del Belle Lueur. Me pregunto si el fuego que derrite el hielo azul de sus ojos en este momento es porque se acuerda de cuando tuvo la osadía de observar mi cuerpo desnudo y en este momento me ve como me vio anoche. Su mirada ardiente incendia mi piel como si pasara una antorcha encendida por su superficie, con un poder que nunca ha tenido otro hombre.

Según avanza la madrugada, mis hombres se ponen nostálgicos, y cuando empiezan a sacar los barriles de cuero de chivo ya sé lo que viene a continuación: *La bomba*, un ritmo creado por los esclavos de las plantaciones de Puerto Rico y que es parte de mi infancia. Es tan sensual que no puedo resistirme a bailar. Quiero bailar para William este ritmo que significa tanto para mí. Me alejo hasta el lugar donde se guardan las velas rotas del barco y desgarro una. Me la anudo en la cintura y me quito el pantalón. Este es un baile en el que la mujer baila con una falda larga que mueve y sube hasta las rodillas, mostrando sus piernas. Si no lo seduzco esta noche con los pasos sensuales de *La bomba*, no lo podré seducir nunca.

Tomo aire y me preparo para mi interpretación. Avanzo hasta William, que aún se encuentra sentado con los músicos. El acordeón descansa a sus pies. Está bebiendo ¿ron?, ¿de la botella? Vaya vaya, Lord Pomposo va cambiando sus costumbres poco a poco. Cuando el brillo de la tela blanca llama su atención, deja de hablar con su compañero para clavar sus ojos en mis manos mientras anudo la camisa debajo de mis pechos, dejando la piel desnuda de mi cintura expuesta a su escrutinio, y cierro los ojos un instante dejándome empapar por la música. Mis pies descalzos comienzan los pasos de la danza que más me gusta. El sonido de los tambores de barril irrumpe con fuerza en la noche y me arrastra a los recuerdos de mi niñez entre las plantaciones azucareras que rodean la casa de mi padre y las tabernas de San Juan. La música es lo único que siempre me ha apaciguado, que ha sabido sacar lo mejor de mí y donde mejor expreso mis sentimientos.

Bailo para William hasta que me doy cuenta de que solo quedamos los músicos, él y yo. La noche está a punto de terminar. En unas horas debemos partir hacia Martinique. William les susurra algo a los músicos y dejan de tocar para empezar a guardar los barriles. Extiende sus manos pidiendo en silencio que me acerque y camino descalza hasta que entro en el círculo de sus fuertes brazos. Tiene las mangas de la camisa enrolladas hasta el codo y cuando sus manos

acarician mi cintura con apreciación me doblo como un junco mecido por la brisa hacia su regazo. Me sienta en sus rodillas y me besa sin importarle si tenemos público o no. Su beso no es gentil: es demandante, exigente.

—He estado a punto de sufrir un ataque al corazón cada hora que transcurría sin ver aparecer tu barco en el horizonte después de que se pusiera el sol. ¿Sabes lo que se siente? ¡Maldición, Clarissa! —exclama medio frustrado, medio furioso.

—¿Por eso estás en el Belle Lueur esperándome en vez de dormido en tu habitación en Emerald Bay? — pregunto riéndome.

—He estado en la cofa del Belle Lueur todo el maldito día, haciéndole compañía al vigía — aclara con un gruñido.

Su preocupación por mi bienestar me conmueve, la posesividad de su tono me excita, como si fuera suya y tuviera el poder de exigir explicaciones por mi tardanza.

—Tengo que bañarme, ¿por qué no me esperas en el camarote?

—Mejor, ¿por qué no me pides que te acompañe?

Dios mío, está tan impaciente como yo. William no es como Ringo, en eso somos iguales: si quiere algo, lo toma sin esperar a que le den permiso, y si alguien le da órdenes, él hace lo que considere que tiene que hacer, no sigue indicaciones y pone sus propios límites o empuja esos límites hasta que consigue su propósito, como la visita al cafetal.

—Vamos —le ordeno levantándome mientras me dirijo hacia el embarcadero.

William me sigue en silencio. Me meto entre la espesura y me dirijo hacia la pequeña playa que pertenece al Nido del Halcón. Es una cala escondida que utilizo para esconder los barcos que abordo hasta que los vendo y donde me baño cada día. William me sigue de cerca y cuando llegamos a la playa se sienta para quitarse las botas. Me arrodillo frente a él y retiro sus manos de las botas de caña. Quiero tener el placer de desnudarlo personalmente. William me deja mientras deshace mi trenza con movimientos seguros, casi bruscos. Está impaciente. Ya somos dos.

En cuanto le quito las botas y sus pies se hunden desnudos en la arena, me acerco y acaricio su mandíbula; bajo después hasta su cuello, donde siento su pulso latir desbocado. Me inclino y lo beso. Estoy cansada de luchar contra la atracción que siento por él. Se terminaron los juegos. Su anhelo es igual al mío y me recibe con ansia. Nos besamos con dureza hasta que los labios me duelen y siento el sabor metálico de la sangre. William desabrocha los botones de mi camisa y cuando se encuentra con el nudo de tela debajo de mis pechos y no puede terminar de desnudarme la desgarrar con impaciencia. Me río y él murmura una maldición.

Para demostrarle que tengo más control que él, termino de quitarle la camisa con tranquilidad aunque los dedos me tiemblan de anticipación. ¡He deseado tanto tenerlo desnudo frente a mí! Su ancho pecho está cubierto de un vello rubio, tan claro como su cabello. Brilla como finos hilos de oro bajo la luz de la luna llena. Lo empujo con suavidad hasta que queda acostado sobre la arena. Deja que lo bese y recorra el contorno de su cuerpo con mis manos, mientras él hace lo mismo con el mío. Anoche debió de pasar horas enteras mirándome, porque recuerda dónde está cada cicatriz y las recorre con sus dedos. No le importa la irregularidad de la piel, porque se toma su tiempo en acariciar los lugares donde he sido herida. Las cicatrices son los trofeos que me ha dejado la vida al ganar luchas a vida o muerte. Demuestran que he salido victoriosa, demuestran que sigo viva y que lucharé por seguir viviendo. William se deshace de mi falda improvisada y se sorprende al encontrarme desnuda. No uso ropa interior y no pienso pedir disculpas por eso. A William no parece importarle, porque en ese momento me acuesta sobre la arena y toma el control.

—Hazme tuya, William —le suplico mientras busco los botones de sus pantalones para liberar su excitación.

Se desliza en mi interior intentando controlarse; pero yo no quiero que se controle, quiero que me muestre cuánto me desea. Quiero desatar una tempestad en las aguas calmadas de su exterior. No me defrauda. Los dos perdemos la noción del tiempo. Durante un instante recuerdo que en algún momento, cuando lo conocí, llegué a pensar que William podía ser un amante aburrido. Nada más lejos de la realidad. William me ha demostrado esta madrugada que es un amante apasionado que se despoja de la corrección y pomposidad de la que a veces hace gala, junto a su ropa.

11



William

L

as ilustraciones que había visto en las exposiciones botánicas en Londres de ejemplares del Nuevo Mundo no me habían preparado para la explosión de color que nos da la bienvenida en Martinique. La isla es de una belleza que corta el aliento. Mucho más poblada que Santa Lucía y más cosmopolita, sin

embargo, una vez que dejas la ciudad y te adentras en la selva tropical parece que estás en otro mundo. Los helechos predominan sobre cualquier otro tipo de planta y crecen como yerbajos salvajes donde sea que mires. Las palmeras crecen en la vereda de un camino rústico que discurre en medio de un bosque de árboles de caoba, como nos explica el guía local que contratamos para llegar a nuestro destino. Los árboles miden unos cuarenta metros. Nunca he visto una altura semejante en Inglaterra y no puedo dejar de mirar hacia arriba como si estuviera contemplando las vidrieras de una catedral. El cielo apenas aparece en forma de parches azules aquí y allá. En algunas ocasiones, lo único que se alcanza a ver son las copas de los árboles.

Nos desplazamos a lomo de unos caballos que alquilamos en el puerto para llegar al cafetal El Infierno. Solo el nombre me provoca ansiedad. Detrás de nosotros cabalgan los doce apóstoles, los hombres que conforman el consejo de confianza de Clarissa. Cabalgamos en silencio mientras subimos la montaña. El dueño de la plantación, el hermano del gobernador de Martinique, nos acompaña. Insistí en que era imprescindible que viniera con nosotros y Sloan se ha encargado de convencerlo.

Las historias que corren sobre su administrador y capataz no son para oídos delicados, por lo que Clarissa ha tenido que pagar una pequeña fortuna a *monsieur* Bissette por su presencia. No

vamos a adentrarnos en un lugar desconocido sin un pase de salida. Al parecer, hace años que no visita la plantación. No dejo de preguntarme si el motivo por el cual tiene fama de inhumana es la negligencia y la falta de interés de su propietario. Sloan, que es el que planea todos los abordajes, negoció con él la posibilidad de comprarla. Nada más lejos de la realidad, pero es muy importante que todos se den cuenta de la diferencia entre una plantación de esclavos y otra de trabajadores libres.

Soy inflexible en este tema y me alegro de haber insistido, porque hay un mundo de diferencia entre las dos opciones. Quiero mostrarle a Clarissa la injusticia del uso de mano esclava, pero al mismo tiempo tengo miedo de no salir con vida del lugar, especialmente porque la plantación está tan retirada de la civilización que nuestras desapariciones no serían cuestionadas. Clarissa había dispuesto que, si para el atardecer no estábamos de regreso en el barco, el resto de la tripulación iría a buscarnos.

En cuanto entramos en El Infierno, me arrepiento de haber obligado a Clarissa y a sus hombres a venir hasta aquí. Ha sido una experiencia que ninguno de nosotros olvidará fácilmente.

Los piratas son unos asesinos, de eso no hay duda. Sin embargo, desde que caí en sus manos no he visto indicios de que sean crueles por naturaleza ni de que torturen a sus prisioneros. Su maldad radica más bien en el estilo de vida que han elegido, como si la elección de su profesión les cobrara ciertos impuestos morales y espirituales. Su alma está condenada desde el momento en el que matan a otro ser humano por codicia. A mi parecer, es el motivo más mezquino. Sin embargo, los piratas no se consideran asesinos, puesto que nadie mata por diversión. ¿Cómo puede ser que no vean la diferencia?

Desde el momento en el que entré a formar parte de Emerald Bay, me he preguntado si hay varios niveles de maldad, si la maldad es una cualidad inherente al ser humano o, por el contrario, es una opción o una inclinación natural que puede ser evitada si se tiene la fuerza de voluntad necesaria para rechazarla.

El capataz de la plantación nos recibe con cara de pocos amigos. No le gusta que el dueño no lo haya avisado con unos días de antelación, como si nuestra visita fuera el inconveniente más grande del día. Los hombres de Clarissa sienten su actitud de rechazo. Los dos látigos de cuero que lleva en la mano, así como una pistola en la cintura y un par de puñales a los costados, no ayudan a suavizar la imagen que nos hemos hecho de él. Le llaman la Broca. No sabemos qué significaba la palabra y nadie pide una aclaración.

Este viaje es una lección sobre la esclavitud y no un evento social. Su aspecto: alto, fornido y con el rostro surcado de cicatrices, parece más un pirata que los mismos hombres de Clarissa, que se han vestido para la ocasión con ropas limpias, incluso se han afeitado para dar una imagen de hombres honrados. No queremos levantar las sospechas del hermano del gobernador. Al parecer, mi parentesco con Philip ha sido lo que ha inclinado la báscula a nuestro favor. La Broca tiene una barba de más de un mes y el cabello largo hasta los hombros. La higiene personal no parece figurar en la lista de prioridades de este hombre.

—Muy bien, Broca. Mientras visitamos la plantación, encárgate de reunir a todos los esclavos en la explanada frente a la casa principal a la hora de la comida. Quiero a todos los integrantes de la plantación presentes, incluso las mujeres y los niños.

Por el semblante del capataz cruzan varias emociones: sorpresa, miedo, determinación y fiereza. El brillo felino de sus ojos hace que tenga mis reservas sobre este hombre. Miro sus manos: una sujeta con fuerza las riendas del caballo, sin soltar el látigo, mientras la otra descansa casualmente sobre la culata del arma que lleva colgada del cinto. El otro látigo lo sujeta con la

pierna contra el vientre del animal, que se mueve inquieto.

—Me temo que no va a ser posible. Los esclavos ya han comido.

—Aún no es mediodía. ¿No es un poco pronto para comer? —pregunta sorprendido *monsieur* Bissette.

—Solo se sirve una comida al día y es al alba —contesta tenso.

—No puede ser que los alimentos solo una vez al día. ¡Esas no fueron mis órdenes!

—Hable con el administrador —dice mientras escupe en el suelo con desgana—. Yo solo me limito a cumplir órdenes.

—¿Órdenes de quién? No mías, desde luego. Quiero que se organice otra comida dentro de tres horas y quiero a todos los esclavos presentes junto al administrador.

Monsieur Bissette parece un hombre justo. Tiene sus faltas, pero la crueldad no es una de ellas.

—Vayamos a los cafetales —ordena en cuanto el capataz da las órdenes a un par de hombres que lo acompañan.

La mirada que intercambian no pasa desapercibida para nadie. Los hombres de Clarissa se dispersan un poco, ampliando el círculo, como si presintieran un ataque sorpresa. James y yo nos acercamos a ella. El rostro de Clarissa está prácticamente oculto por un sombrero de ala ancha, pero hay que ser ciego para no apreciar las curvas que se aprecian bajo sus ropas masculinas, ahora ajustadas por el sudor de la cabalgata y la humedad del clima tropical. La tela fina de la camisa se pega a sus pechos llenos perfilando su contorno con precisión. Tengo que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para mantener mis ojos en la Broca y no en su magnífico cuerpo cubierto de una fina capa de humedad. Por la línea delgada de sus labios apretados me doy cuenta de que está tensa y molesta.

La Broca abre la marcha caminando hacia el corazón de los cafetales. La plantación es igual que la selva: prácticamente impenetrable. Los arbustos del café miden entre dos y tres metros de altura y están divididos en secciones. Cada sección tiene diez surcos interminables separados por pasillos más anchos donde se apilan los sacos de arpillera llenos de los granos de café o cerezas maduras, como son conocidos entre los que se dedicaban al negocio del café. También hay plátanos que se alinean a lo largo de los pasillos con una distancia de metro y medio entre cada uno, por lo que El Infierno es un cafetal que además se dedica a cultivar plátanos.

Hay un esclavo en cada surco con una cesta colgada a la cintura. El color rojo de las cerezas maduras del café brilla como sangre recién derramada en las cestas. No vemos los rostros de los esclavos por la distancia que nos separa. Parecen sombras más oscuras entre la negrura de las plantas del café. El ambiente se siente tenso. Es como si todos tuviéramos la premonición de que algo malo está a punto de ocurrir. La humedad se siente más sofocante y pegajosa a medida que nos internamos más profundamente en el cafetal. *Monsieur* Bissette cabalga detrás de la Broca.

—Siento que no puedo respirar. Hagamos un alto en este pasillo —nos pide Bissette mientras deshace el nudo del pañuelo que lleva al cuello y se desabrocha los primeros botones de la camisa de algodón totalmente empapada.

—Quiero ver a los esclavos de cerca —le pido.

—No quiero que se distraigan —contesta el capataz.

—Llévanos con ellos —le ordena Bissette sin contemplaciones.

La Broca aprieta la mandíbula y dirige su montura hacia el pasillo donde se amontonan los sacos. Al avanzar, una canción en un idioma desconocido se eleva en el aire. Me acuerdo del coro de la catedral de San Pablo en Londres. La música va extendiéndose a través de los surcos según más voces se unen a las primeras y el resultado final es hermoso y sobrecogedor al mismo tiempo.

Triste también. En la fuerza de las voces se adivina una resistencia impresionante, como las velas

de los barcos que enfrentan una tormenta sin desgarrarse. La cadencia de la canción se asemeja a la de un tambor de guerra. Unos disparos al aire desde distintos puntos a nuestro alrededor silencian el canto. Según nos acercamos, vemos que algunos esclavos tienen una bola de metal sujeta por un grillete en uno de los tobillos.

—¿Qué significa eso? —pregunto señalando el grillete.

—Los esclavos que han intentado escapar deben llevarla para evitar que vuelvan a hacerlo — contesta sin entonación.

—Pensé que se usaban campanitas colgadas del cuello para ese fin —interviene *monsieur* Bissette.

—La plantación es demasiado grande para que se escuche el tintineo en la lejanía.

—Es imposible que trabajen todo el día cargando las cerezas y después los sacos para que encima lleven ese peso. ¡Es demasiado! —exclama Clarissa sin poder contenerse.

—Saben el castigo que se les impone si intentan huir. Si las llevan es por decisión propia — contesta distraídamente mientras sus ojos rapaces otean los alrededores buscando algo, como un buen sabueso olfateando su presa.

Sigo la dirección de su mirada porque no me fío de este hombre. Diviso al niño prácticamente al mismo tiempo que él. La Broca agujeronea su montura hasta que está lo suficientemente cerca del chiquillo, de unos diez años de edad, al que pilla *in fraganti* mordiendo un trozo de plátano con cáscara. El resto del plátano lo guarda en el saco donde trata de depositar las cerezas maduras, mientras sus ojos perspicaces miran a su alrededor para comprobar que nadie lo ha visto. El látigo del capataz chasquea sordo cuando alcanza de lleno al niño en la cara y le abre la piel del rostro en dos. La sangre brota sin manchar su piel oscura como el carbón. Clarissa azuza su caballo, perdiendo el sombrero en la carrera mientras se coloca delante del niño.

—No te atrevas a tocarlo —le ordena con aplomo.

La Broca levanta los dos látigos al mismo tiempo. Clarissa logra detener el que se dirige al niño sin que llegue a tocarlo, lo enreda en su puño y lo sujeta con fuerza. El otro látigo restalla en el silencio de la tarde alcanzando a Clarissa de lleno en el cuello y la oreja izquierda y abriendo su delicada piel. La sangre brota como manantial manchando la camisa de batista blanca. Me acerco sacando la pistola que me dio James antes de abandonar el barco, pero la Broca es más rápido que yo y antes de darme cuenta ya me está apuntando con el arma a la cabeza.

—No te acerques. Esta es mi plantación y estos mis esclavos.

Monsieur Bissette guarda silencio. ¡Qué demonios! Lo único que sé es que esto no va a terminar bien para nadie. Me corroe la furia. Ver cómo golpea a Clarissa por detener el látigo contra un niño cuyo pecado es saciar su hambre es demasiado para mí. Lo peor es que no puedo actuar porque me está apuntando y por la frialdad de sus ojos no dudo de que sea capaz de disparar. Mientras me apunta, levanta el látigo con el que golpeó a Clarissa y lo descarga contra el niño una y otra vez con fuerza.

—¡Basta! ¿Cuántos latigazos se necesitan para enseñar una lección? —le grito sin poder evitarlo a pesar de que sigue apuntándome.

—Son diez latigazos por comerse un plátano.

— Yo los recibiré por él.

—Como quieras —dice sonriendo mientras tira con fuerza del látigo que aún sujeta Clarissa, soltándolo de su agarre, y levanta los dos látigos descargándolos con violencia en un silbido agudo en mi piel.

Me tapo la cara con las manos porque temo que me golpee en los ojos y me deje ciego. Cuento los latigazos según van cayendo sin clemencia, desgarrándome la piel de las manos, las mejillas,

las orejas y el cuero cabelludo. Me concentro en la sonata para piano número 1 de Mozart, una de mis favoritas, y pienso en que no voy a poder tocar el piano en una buena temporada. En realidad, no tengo un piano en el que practicar, así que no importa, trato de consolarme. Rezo para que no destroce mis manos y me impida tocar el resto de mi vida.

—¡Detente, te lo ruego! —escucho suplicar a Clarissa.

Aprieto la mandíbula para evitar gritar de dolor hasta que me duelen las muelas.

—¡Nadie se mete en mis asuntos, perra! Que sirva de lección.

El sonido de un disparo interrumpe los latigazos, seguido por el sonido de un cuerpo al caer al suelo. Intento quitar las manos que me tapan los ojos rogando a Dios que Bissette o uno de los piratas haya matado a la Broca, pero me tiemblan tanto y hay tanta sangre en mis ojos que temo haberme quedado ciego. No veo nada.

—Gracias a Dios, James —escucho la voz estrangulada de Clarissa.

—De nada, jefa. Ya sabes que donde pongo el ojo, pongo la bala.

Reímos nerviosos la observación de James. Es una ironía que el único tuerto presente haya sido el que haya eliminado a la Broca. Es el tipo de broma que necesitamos en este momento para aligerar los acontecimientos que acabamos de vivir y la tensión se disipa un poco. No debería sorprenderme, ya que James es la sombra de Clarissa. Si hay algo que supone una mínima amenaza para ella, James se encarga de eliminarlo. Este hombre tiene una puntería increíble. Clarissa se acerca a mí. Lo sé por su olor característico a espuma de mar y ron. Con delicadeza, me quita las manos del rostro. Escucho cómo desgarrar un trozo de su camisa y me limpia la cara con suavidad. Lo primero que veo son sus ojos tempestuosos brillando por las lágrimas contenidas.

—Ofrécele a Bissette lo que pida por la plantación —me ordena con determinación en un susurro para que nadie más lo escuche.

Asiento silenciosamente aunque tengo muchas preguntas rondándome la mente. Por un lado, temo que Clarissa quisiera usar la plantación de café en vez de seguir sus planes iniciales de construir una de caña en Santa Lucía. Tengo el presentimiento de que va a desmantelarla, o al menos eso trato de decirme a mí mismo. Aún no la conozco lo suficiente para saber cuáles son sus intenciones, aunque hay veces que parece que la conozco desde siempre. Bissette piensa que estoy interesado en comprar la plantación, por lo que no va a ser difícil convencerlo.

—Whixley, no sabe cómo lo siento —escucho decir a *monsieur* Bissette detrás de mí.

Miro alrededor y veo a los esclavos silenciosos observar pasmados la escena frente a ellos. Su capataz, muerto en medio del camino, y dos extraños: un hombre y una mujer cubiertos de sangre por impedir que un niño inocente reciba un castigo injusto. Quiero darle las gracias a James, pero las palabras se niegan a salir. Nunca me he sentido tan agradecido en mi vida.

Vuelvo a intentarlo de nuevo cuando pienso en el niño. No sé si la Broca siguió golpeándolo.

—¿Cómo está el niño? —son las primeras palabras que logro articular mientras busco al pequeño con la mirada sin encontrarlo.

—Sobrevivirá.

Intento mover las manos para comprobar que no he perdido la movilidad.

—¿Qué haces? —me pregunta Clarissa cuando me ve flexionar los dedos.

—Quiero saber si puedo tocar el piano —contesto saliendo del trance en el que estoy.

—Solo tú te preocupas de algo así en un momento como este —dice con rabia, como si fuera un pensamiento banal, sin importancia.

—El piano es mi vida. Sé que no puedes entenderlo y por eso te pido que no te burles de mí.

—No sabía que fuera tan importante —responde observándome detenidamente.

«¡Hay tantas cosas que no sabes aún!», pienso.

—Lo es—digo cerrando los ojos y tocando en el aire las primeras notas de la sonata para piano número 1 de Mozart.

Los dedos me duelen como el infierno, como si los hubiera metido en aceite hirviendo; pero puedo moverlos y eso es lo que importa. Saldré de esta.

—Whixley, ¿me oye? ¿Cómo está? —escucho el tono preocupado de Bissette acercándose.

—Bien, estoy bien.

—Tiene que saber que yo nunca habría permitido algo así. Si no lo hubiera estado apuntando con un arma... —trata de excusarse, de justificar su cobardía.

Clarissa tuvo más agallas que ninguno de los presentes. Unos lo considerarán una locura; otros, arrogancia. Yo ya no la volveré a ver jamás como una asesina despiadada. Hoy ha demostrado una valentía inusual y extraordinaria. Mi admiración por ella se manifiesta en ese momento y no deja de crecer a lo largo del día. Hoy he descubierto su lado humano, su compasión por los desfavorecidos y su solidaridad. Atributos y valores que no abundan hoy en día y en una profesión como la suya menos aún. A partir de este momento, la veré con otros ojos, dejaré de luchar contra la atracción que siento por ella porque me doy cuenta de que, si no puedo conquistar a esta mujer, no querré a otra.

Los acontecimientos que suceden después de la muerte de la Broca, o más bien las decisiones que toma respecto a El Infierno, me demuestran que tiene que ser ella o ninguna y no voy a rendirme tan fácilmente. El problema es convencer a Clarissa de que soy el hombre que ella necesita a su lado. Para siempre.

—Que les quiten las argollas de los tobillos a todos y que lleven al niño a la enfermería.

Clarissa, acostumbrada a impartir órdenes, no se hace de esperar en estos momentos en los que se necesita un líder que tenga la mente fría. Mientras tanto, *monsieur* Bissette la mira con la boca abierta.

—Whixley, ¿quién demonios se cree que es? —me pregunta molesto.

No me importa Bissette. Después de demostrar que no es capaz de tomar decisiones en momentos críticos, prefiero dejar el asunto de los esclavos en las manos capaces de Clarissa.

Tendré que inventar una buena excusa para que Bissette se lo permita, puesto que el dueño de la plantación sigue siendo él. Nunca me he lamentado tanto de ser pobre como en estos momentos. Le habría comprado la plantación sin dudarle un momento y habría liberado a los esclavos sin vacilar. Desafortunadamente, la realidad es que soy tan pobre como cualquiera de estos esclavos y la única manera de hacer creer a Bissette que Clarissa puede tomarse las libertades que quiera es que Bissette crea que ella es mi esposa. La esposa de un *lord* inglés, hijo de un marqués, hermano de *monsieur* Falcon, un hombre admirado en todo el Caribe.

—Es mi esposa.

Clarissa se da la vuelta ahogando un jadeo de sorpresa en cuanto escucha mis palabras. Va a decir algo, pero le advierto con un movimiento de cabeza que se mantenga callada. Algunos de sus hombres carraspean, pero no lo desmienten.

—No sabía que estabas casado.

—Nos hemos casado hace poco —contesto acercándome a ella y, tomando una de sus manos, la llevo a mis labios y la beso delicadamente. Apenas un roce.

Los ojos de Clarissa se abren desmesuradamente sin poder creer lo que acaba de escuchar. En vez de ruborizarse, me mira burlescamente, como suele hacer. Va a hacerme pagar por la actuación improvisada.

—En realidad, fue idea de Clarissa venir a inspeccionar la plantación. Le encanta el café y, si no

le compro una plantación, me va a llevar a la ruina.

Clarissa alza una ceja y la comisura de los labios se curva en una sonrisa.

—Vaya, vaya. ¿Quién iba a decir que tenías un corazoncito de pollo, Whixley? —se burla Bissette.

—Solo con ella, querido Bissette. Puede ser muy... convincente. Siempre logra lo que quiere. Soy como barro en sus manos.

Los hombres de Clarissa estallan en carcajadas y Bissette también. Clarissa, sin embargo, me lanza dagas envenenadas con una promesa de venganza que no quiero ni imaginar... o al menos es lo que yo interpreto, porque tratar de descifrar sus miradas es casi imposible.

12



Clarissa

E

El atrevimiento de William tiene una finalidad: darme carta blanca en la plantación de Bissette. Mis sentimientos se desbordan en este momento. Nunca antes había pisado una plantación que no fuera la de Falcon. Había escuchado historias escalofriantes, eso seguro, pero la gente siempre habla y la

mayoría de las veces adorna la realidad, tanto para bien como para mal. La verdad es que creía que las plantaciones funcionaban más o menos como Falcon Point. Philip tiene esclavos liberados trabajando en sus campos de caña. ¿Qué diferencia puede haber entre unos y otros? Al parecer, todo un océano de diferencia, y esa diferencia radica en el propietario. En mi caso, pienso seguir el modelo de Falcon. Desde las horas de trabajo hasta las casas donde viven, la escuela, un doctor que viva en la plantación e incluso la comida y la ropa.

La diferencia es que no quería invertir en salarios y hay un buen motivo para ello. Un motivo que no quiero revelar: no cuento con el oro suficiente para llevar a cabo el proyecto de la plantación contratando trabajadores sin tener que regresar a Puerto Rico y recuperar los baúles de oro que dejé abandonados en la casa de mi padre cuando hui sin llevarme más que lo puesto y uno de los barcos de mi padre junto a algunos de sus hombres de confianza que insistieron en acompañarme. La traición de mi familia fue lo suficientemente dolorosa como para que el dinero no fuera más importante que poner distancia de por medio ante lo que sentí en ese momento.

Tengo una pequeña fortuna en Emerald Bay y siempre viajo con un par de baúles llenos de monedas de oro de diferentes países por cualquier imprevisto que pueda presentarse, pero no creo que sea suficiente para convertir Emerald Bay en una plantación de trabajadores, aunque

¿cómo saberlo si apenas sé nada sobre el costo de la vida real? Imagino que los salarios son altos y las necesidades de los trabajadores, caras: comida, higiene, vivienda... Los números siempre han sido un misterio tan grande como aprender a leer. Aún no soy capaz de entender muy bien cómo funcionan las finanzas. James es mi mano derecha y él se encarga de todo. Tiene mi entera confianza.

Aún recuerdo que Falcon tuvo que trabajar varios años de corsario para cubrir esos gastos, mientras su plantación prosperaba y se convertía en lo que es hoy. La vida de un pirata es cara. Uno paga desproporcionadamente por caprichos insignificantes porque la vida y la muerte van de la mano y las riquezas no sirven de nada en el mundo de los muertos, por lo que los piratas tendemos a complacer nuestros antojos y fantasías por ridículas que estas sean, ya que la muerte puede sorprendernos a la vuelta de la esquina.

Yo, sin embargo, nunca gasté mis monedas de oro porque mi padre las gastaba por mí. Me concedía cualquier deseo y pagaba por él con gusto. Tuve que aprender a limitarme cuando, de la noche a la mañana, me encontré a cargo de una tripulación, de sus vidas y de sus necesidades inmediatas. Tuve que aprender a ahorrar y a planear el futuro. Mi tripulación era la única familia que no me había traicionado y la que aún me unía a mi padre y a los recuerdos de mi infancia.

Puerto Rico es el hogar de mi padre. Estoy segura de que mi madre y mi hermano aún siguen poniéndose al día y estrechando los lazos familiares que mi madre rompió cuando nos abandonó. Sin embargo, después de venir a El Infierno no tengo otra opción. Regresar a Puerto Rico es un mal necesario. No voy a pensar en mis problemas familiares en este momento. Si algo tengo claro es que voy a pagar lo que Bissette me pida por los cafetales. Es costumbre comprar las plantaciones junto con los esclavos y todo lo que hay en ellas. No tengo ni idea de qué voy a hacer con un maldito cafetal en Martinique perdido en medio de la montaña, pero ya se me ocurrirá algo. No creo que Bissette vaya a regatear el precio que le proponga. Parece tan incómodo con esta situación como el resto de nosotros. Su negligencia y descuido para supervisar sus propiedades me asquea. El abandono de los cafetales es evidente e inequívoco, pero su cobardía al no ejercer su autoridad y enfrentar a la Broca es lo más despreciable que he visto en mucho tiempo.

No sé cómo William ha podido vivir rodeado de este tipo de personas durante toda su vida y demostrar una humanidad que nos ha conmovido a todos. A partir de hoy ya no podré verlo como un noble malcriado, como el *snob* pedante y presumido que pensé que era. Sus preferencias en cuanto a poner la mesa y la decoración de las habitaciones, siguiendo un estilo determinado, ya no me van a afectar porque sé que no es tan superficial y frívolo como aparenta. Voy a conseguirle un maldito piano aunque tenga que buscarlo en el infierno. Hoy ha demostrado que es un hombre de sentimientos profundos, que merece una mujer sin faltas a su lado: pura y de personalidad amable y cariñosa.

Sin embargo, yo siempre he sido egoísta. Mi codicia por las cosas buenas es excesiva y eso incluye a William. No lo merezco, pero lo quiero. Hoy más que nunca he recordado sus palabras: «Porque la amaré tanto que pensar en que me la puedan arrebatar de mi lado durante un abordaje me volvería loco. Porque tendría que acompañarla cada maldito día para asegurarme de que al anochecer sigue respirando, porque mi vida sin ella ya no tendría sentido y no voy a permitir que nuestros hijos crezcan sin una madre. Por eso. ¿Te parecen suficientes motivos o quieres más?».

Lo único que sé es que estoy tocada. Total y absolutamente enamorada de un hombre que no merezco, pero que tendré que costear lo que cueste.

Después de que James matara a la Broca, continuamos nuestra visita hacia las dependencias de los esclavos con uno de los guardias. Se llama Santos y para nuestra sorpresa es de Brasil. Al parecer, la mayoría de los supervisores provienen de este país. Bissette parece realmente conmocionado al descubrir que la Broca y su administrador han mantenido cautivos a los brasileños en contra de su voluntad desde que Bissette los contrató temporalmente para convertir en cafetales los terrenos montañosos que le regaló su hermano. Parece realmente arrepentido por haber descuidado el manejo de la plantación. No había vuelto a poner los pies en ella desde que se inauguró hace más de diez años.

Santos nos explica cómo la Broca les había hecho trabajar los cultivos como esclavos a aquellos que se rebelaron o intentaron escapar. Al final, los brasileños, expertos en la producción de café, se encargaron de echar a andar El Infierno, no tuvieron otra opción más que seguir las órdenes de la Broca si querían seguir con vida o viviendo medianamente bien. No reciben un salario, pero disfrutan de ciertos beneficios como comidas aceptables, alcohol, tabaco e incluso mujeres de vez en cuando. No pueden abandonar la plantación, aunque gozan de cierta libertad para deambular por ella sin temor a ser castigados mientras no intenten escapar.

Mientras escucho a Santos, voy pensando en lo que voy a hacer con la plantación de café. William cabalga detrás de mí junto a otro de los guardias brasileños. Mantienen una conversación muy animada entre cuchicheos y me pregunto de qué hablan. William no ha querido ir al dispensario, por lo que le he vendado las manos lo mejor que he podido con las mangas que he arrancado a mi camisa. La suya quedó hecha jirones por los latigazos, totalmente inservible, así que cabalga con el pecho desnudo, un recordatorio de los terribles acontecimientos que acabamos de vivir. Las riendas de su montura están manchadas de sangre. Tengo que desviar la vista y mirar al frente, porque de otra manera soy capaz de estrangular a Bissette con mis propias manos por cobarde. El muy miserable cabalga taciturno, como el resto del grupo. Mis hombres se mantienen al margen de la conversación entre Santos y Bissette, pero puedo ver que no les gusta nada la situación en la que se encuentra la plantación.

Las dependencias de los esclavos son insalubres y están lejos de parecerse a las de Falcon Point. En vez de tener casas individuales que albergan a cada trabajador y su familia, tienen un par de dependencias comunes, que parecen más bien un almacén lleno de catres pegados unos al lado de los otros. En realidad, lo que quiero es quemar toda la plantación hasta reducirla a cenizas, pero debo ser prudente y considerar la repercusión que mi arrebato de ira va a provocar en Bissette. Siendo el hermano del gobernador de Martinique, mis acciones no van a quedar impunes.

Cuando por fin llega la hora de comer, Bissette se pasea entre los esclavos. Cada vigilante, junto a sus ayudantes, se encuentra al frente de su cuadrilla de esclavos. Todos de pie. Los esclavos con la cabeza baja y los vigilantes con los látigos en la mano como si su vida dependiera de ello. Tal vez así es. William cabalga al lado de Bissette y nosotros detrás. No puedo escuchar su conversación, pero espero que William esté llegando a un acuerdo sobre el precio del cafetal. El

administrador está supervisando la comida, demasiado tranquilo para mi gusto. Lo evaluó desde mi montura, esperando que se dé cuenta de mi escrutinio. Uno puede darse cuenta de muchas cosas cuando mira a la gente de frente. Mirar a alguien a los ojos es como asomarse a su alma. El administrador por fin se siente observado y me busca entre los presentes. No tarda mucho en encontrarse con la frialdad de mi mirada. Este hombre es el responsable de la situación de El Infierno, así pienso cuando me observa sin reaccionar a la intensidad de mi mirada. La crueldad con la que dirige el cafetal no se refleja en sus ojos claros. Normalmente, eso se lleva en el alma y se reprime cuando las circunstancias lo requieren, como en este momento. No me fío de él. Creo que se da cuenta de mi rechazo porque no sé fingir muy bien. Ni siquiera lo intento. Tal vez aún no ha escuchado las noticias de la muerte de la Broca; su tranquilidad no parece fingida, aunque puede que sea un buen actor y tenga sus propios planes.

Bissette no da señales de querer encarar a su administrador para exigirle cuentas sobre su mala administración. «Un cobarde, siempre será un cobarde», pienso con desdén. Por mi mente pasan muchos tipos de tortura para este hombre sin corazón una vez que ponga mis manos en el cafetal. El administrador se dirige hacia mí sin apartar sus ojos de los míos. Parece el dueño del lugar por la seguridad con la que camina, abriéndose paso entre el gentío.

—Permítame que la ayude a desmontar —dice ofreciéndome la mano.

No pensé que fuera a pretender ser amable, pero, si ha podido mantenerse en su puesto durante más de diez años, debe de ser el tipo de persona que puede aparentar amabilidad y parecer educado cuando las circunstancias lo requieren. Me gustaría decirle algunas cosas, pero decido terminar de evaluarlo sin precipitarme. La Broca no era un santo, por lo que pudo haber mentido cuando dijo que el administrador fue el que puso las reglas del lugar.

Intento sonreír al darle las gracias, pero la sonrisa se congela en mis labios, convirtiéndose en una mueca. Le doy mi mano y cierro los ojos un momento mientras me ayuda a descender del caballo. Siento la energía negativa de este hombre en cuanto nuestra piel entra en contacto. Mis instintos no me traicionan. Este hombre es peligroso de una manera letal. Me recorre un escalofrío helado. Una premonición de que este hombre va a pelear por el cafetal hasta el final. Busco a William, que se encuentra al lado de Bissette. Mira fijamente al administrador. Nuestras manos aún están en contacto. La retiro y William parece relajarse un poco. Noto su preocupación por mí.

—¿Un admirador celoso? —se burla refiriéndose a William.
«Es inteligente y observador», pienso. Debo tener cuidado con él. Bajar la guardia puede costarnos la vida.

Este hombre es el dueño de El Infierno aunque un documento diga lo contrario.

—Esposo —le aclaro secamente.

—Yo también lo estaría si fuera él —dice recorriéndome lascivamente con la mirada. No ha tardado

demasiado en mostrar su cara.

—Deberían empezar a servir la comida. Ya debe de estar fría —le sugiero.

Cuanto antes terminemos con la visita, antes pondré mis manos en la plantación.

—Es imposible que se enfríe nada con este calor, ¿no le parece a usted? —contesta con demasiada dulzura. Bissette se acerca secándose el sudor de la frente con un pañuelo blanco adornado de fino encaje. La tela es

más rojiza que blanca debido al polvo. Desde que William le había dicho que era su esposa, me trata con respeto.

—Tengo hambre —suelto secamente.

—Es usted una dama muy impaciente, *lady Whixley* —dice Bissette condescendiente, con un toque de humor.

Las risitas de William y mis hombres me ponen de mal humor. Apuesto a que se están divirtiendo de lo lindo. Aprieto las riendas con fuerza mientras intento calmarme.

—*Monsieur* Bissette quiere que se empiece a repartir la comida —le ordeno al administrador. La sonrisa desaparece de su rostro.

—No recibo órdenes de nadie que no sea él.

—¿Ni siquiera de tu futura patrona?

Abre los ojos desmesuradamente sin poder ocultar su desconcierto.

—¿Es eso cierto?

—En efecto.

—Las mujeres no son dueñas de plantaciones —esquepe con desprecio.

—Tal vez no, literalmente. Mi esposo, *lord Whixley*, está interesado en comprarla y yo en administrarla junto a él.

Me mira con odio mal disimulado fijándose de nuevo en la sangre de mi cuello, pero no hace ningún comentario. En vez de eso, silba y los vigilantes empiezan a organizar a los esclavos en filas ordenadas para recoger una escudilla de arroz y plátano macho frito. Los esclavos levantan la vista levemente con curiosidad cuando pasan a mi lado. Imagino que el incidente del niño y la muerte de la Broca se ha dispersado como la pólvora. Me doy cuenta de que no llevan ningún sombrero para resguardarse del sol abrasador. Menos mal que las plantas de café, con sus casi tres metros de altura, los resguardan de los rayos inclementes del sol mientras trabajan.

—*Lady Whixley*, vayamos dentro de la casona. La comida está lista.

Siento escalofríos cada vez que alguien me llama *lady Whixley*. No puede sonar más ridículo. Mis hombres aún tratan de controlar la risa. Malditos malnacidos.

—¿No cree que es mejor comer al aire libre?

—¿Con los esclavos? —pregunta como si me hubiera vuelto loca.

—*Monsieur* Bissette, disculpe a mi esposa. Se crio en una pequeña aldea.

Abro la boca como un pez que por error quedó estancado en el barro de la orilla de un río, como si yo fuera una esposa inadecuada que no supiera su lugar cuando el impertinente es él.

—Ahora lo entiendo —comenta Bissette.

Dejo pasar su comentario mientras entramos en la casa. El administrador mira a mis hombres con desconfianza.

—No creo que haya espacio en el comedor para todos.

—Entonces, asegúrese de que lo haya. Son los tíos de mi esposa. En realidad, son los inversores y no queremos desairarlos, ¿verdad?

—Por supuesto, *milord* —termina cediendo.

Si le parece extraño que un hombre de su posición viaje con su esposa y sus doce tíos, no lo da a entender. El administrador no se fía de nosotros. No hay que ser muy inteligente para darse cuenta de que mis hombres y yo no estamos emparentados de ninguna manera. Algunos de ellos parecen más crueles que el mismo administrador. Especialmente el Cortador. Se llama Reins,

pero todos lo conocemos por el apodo de Cortador porque le encanta cortar los dedos de los prisioneros que se amotinan. Un día le pregunté por qué les cortaba todos los dedos y me contestó que no podía estar seguro de cuál era diestro y cuál zurdo, por lo que se aseguraba de ser justo con todos. No soy muy partidaria de sus prácticas. Es una crueldad innecesaria, pero he llegado a acostumbrarme porque me escondo como un oso en la cueva de mi camarote cuando empieza la carnicería. Aunque no me guste, accedo a ello porque eso ha ayudado a mantener mi imagen de pirata cruel. No soy la que se lo ordena, pero sí la que se lo permite y, a fin de cuentas, eso es prácticamente lo mismo.

En cuanto nos sentamos en el comedor, nos sirven un plato de sopa de tortuga. El calor y la humedad son insoportables.

—Por Dios, Desrosiers, parece que estamos dentro de un volcán. Traiga unos esclavos para que nos abaniquen —le ordena al administrador.

Me pregunto qué piensa William de su apellido. Es demasiado bueno para alguien como él. Los esclavos que trae el administrador son niños de edades comprendidas entre los cinco y los diez años. Cada uno se coloca detrás de un comensal con una hoja de palma. El niño al que William salvó de recibir los latigazos de la Broca por comerse un plátano se coloca detrás de él como un perrito faldero. Me siento al lado de William porque supongo que ese es el lugar en el que debería sentarse una esposa, pero qué sé yo sobre esposas o etiqueta en la mesa. Al diablo con las formas.

—¿Qué piensa de la plantación, Whixley? —pregunta Bissette una vez que nos sirven las bebidas de la sobremesa.

Una copa de aguardiente de caña o una copa de ron. Todos elegimos aguardiente. Necesitamos una bebida fuerte después de los acontecimientos del día. William pide un wiski y, como no tienen, termina tomando una copa de ron.

—Está muy descuidada.

—Nada que no se pueda arreglar. El cafetal produce setecientas arrobas por hectárea. Es uno de los mejores cafetales de la isla.

—Sabe a qué me refiero, *monsieur* Bissette —señala tenso.

—Lo único que le puedo decir es que los beneficios son excelentes y eso es lo que usted va a comprar, Whixley. Los esclavos no son importantes. Puede hacer usted lo que quiera con ellos. Si quiere y eso le hace sentir mejor, puede darles la libertad, como hizo su hermano; pero nadie va a trabajar en los campos gratis. Se irán a las montañas o a la jungla y usted se quedará con una plantación vacía.

Me molesta terriblemente que Bissette se haga el listo, dando consejos como si supiera de qué habla. Le propino una patada en la espinilla a William para darle a entender que cierre el trato de la compra del cafetal de una maldita vez. Hace una mueca y casi me echo a reír. Tal vez lo he golpeado con demasiada fuerza. William atrapa mi tobillo contra la pata de la silla y, por más que lo intento, no puedo deshacerme del fuerte agarre de su pierna. Ya hace bastante calor como para encima tener que sentir otro tipo de calor subir por mis piernas.

—¿Cuánto por la plantación?

William no se anda con rodeos. Bissette deja su copa de aguardiente sobre la mesa y se recuesta en el respaldo de la silla. Las sillas son tan corrientes que me duele la vista cuando las miro. A William le pasa lo mismo. Puedo verlo en la forma en la que desvía la mirada cada vez que Bissette se recuesta en el respaldo, como en esos momentos.

—¿No quiere ver el libro de cuentas?

—¿Para qué? Posiblemente esté alterado.

—¿Qué tratas de decir? —lo encara Desrosiers.

—Lo que veo. La plantación está en pésimas condiciones —le espeta.

—Tendrás que pedirle explicaciones a la Broca. Él es el encargado del rendimiento en el cafetal.

—La plantación da unos beneficios de...

—Bissette, fije el precio y no se ande con rodeos —insisto, porque la paciencia no es precisamente uno de mis fuertes.

—Ochenta mil francos —dice Bissette sin alterarse.

Todos guardamos silencio impresionados por el precio. Hasta los niños dejan de abanicar a los comensales. Lo más probable es que nunca hayan escuchado una cantidad semejante. Ni siquiera yo misma sé cuántas monedas son. ¿Aceptaré Bissette doblones españoles en vez de francos como pago?

—¿Qué le hace pensar que la plantación vale esa cantidad? —interviene William con tranquilidad.

Un esclavo entra en ese momento trayendo hojas de tabaco en una bandeja, pero nadie le hace caso. Miramos expectantes a Bissette esperando una respuesta.

—Para empezar, es un precio muy razonable. Considere el precio de la tierra un regalo: cien hectáreas o doscientos cuarenta y siete acres con sus edificaciones, mobiliario y menaje, por cinco mil francos. El resto corresponde al precio de los esclavos. Trescientos francos por esclavo. Son doscientos cincuenta esclavos, lo que nos da un total de setenta y cinco mil francos. El administrador asiente con la cabeza como si la explicación que da Bissette fuera correcta.

—Es una ganga, Whixley. No lo piense demasiado.

—¿En qué se basa para tasar a cada esclavo en trescientos francos? ¿No sería más justo evaluar a cada esclavo individualmente de acuerdo con su edad y sus capacidades?

—¡Es el precio que pagué por cada uno en la subasta!

—¡Hace más de diez años y dudo que pagara lo mismo por todos! Me encantaría ver los documentos de compra y propiedad de cada uno junto al esclavo en cuestión para poder evaluar justamente si lo valen.

No me gusta el tinte que está tomando la conversación. Antes de venir al cafetal, tenía una idea equivocada de la esclavitud. La veía como un concepto abstracto, una cuestión de números, una ganancia extra. Se ha convertido en algo personal en el mismo momento en el que le he puesto un rostro inocente. Una víctima de la avaricia de los dueños de las plantaciones, de mi propia avaricia. No es fácil enfrentar las debilidades de uno.

William parece frío y calmado a pesar de que él es el que ha estado en contra de usar esclavos en un principio. ¿Habrá cambiado de opinión o se trata de una pose para despistar a Bissette? Yo ya no sé qué pensar, pero intuyo que William va a reducir el precio disparatado que ha pedido Bissette.

Durante la visita a la plantación me he sentido avergonzada de mí misma. Es un sentimiento extraño que nunca había experimentado con anterioridad y no es algo placentero. Siento que mi personalidad me repugna y no puedo huir o escapar de mí misma. Me gustaría poder arrancar mi conciencia donde quiera que esté, en la mente o en el corazón, o tal vez en mi misma alma, y arrojarla a la selva que rodea el cafetal, pero la siento rodearme igual que mi propia piel. ¿Cómo puede uno despojarse a sí mismo de su propia maldad?

El Infierno ha sido una prueba a mi humanidad y lo que he descubierto me ha dejado temblando. La muerte puede ser mejor que la esclavitud y la tortura; por tanto, no puedo entender cómo el dueño de una plantación tiene más aceptación social que un pirata. Cómo es posible que la piratería se castigue con la muerte y el uso de esclavos, especialmente por propietarios tan

negligentes como Bissette, que permite la crueldad en sus campos, sea celebrada como si fuera una hazaña.

—En realidad, creo que es un precio exorbitante. Para empezar, el precio de los esclavos ha disminuido durante los diez años que usted los ha usado. No cuesta lo mismo un hombre joven de treinta años que uno de cuarenta, y así sucesivamente. Tampoco puede tasar a los niños y a las mujeres en trescientos francos porque no valen lo mismo ni trabajan como un esclavo en la flor de su juventud. Tampoco, querido Bissette, puede vender a los vigilantes brasileños como si fueran esclavos. Han sido privados de su libertad y aunque forman parte de la plantación son hombres libres y su deber como cristiano es dejarlos en libertad. Inmediatamente. Es lo correcto y lo sabe.

—No había incluido a los brasileños, ¿qué tipo de persona cree que soy? —dice poniéndose rojo de ira.

Creo que todos los presentes tenemos la peor opinión sobre Bissette, pero no tiene sentido hacérselo saber.

—Además, estamos en plena recogida. Le voy a entregar una cosecha excelente. Va a recuperar parte del dinero que invierta en la compra de la plantación con la fortuna que saque de la venta de las cerezas de café.

—¿Se refiere a las cerezas afectadas por la broca?

—¿A qué se refiere, Whixley? —pregunta frunciendo el ceño.

William se dirige al esclavo que entró con las hojas de tabaco.

—Por favor, busca a Tiago y pídele que traiga un puñado de cerezas maduras.

El esclavo deja la cesta de tabaco sobre la mesa y sale casi corriendo. Me doy cuenta de que William tiene la clase de información que solo alguien que vive dentro de la plantación ha podido darle. Mientras los demás habíamos seguido a Bissette y a Santos observando la plantación distraídos, William había cabalgado al lado de uno de los vigilantes brasileños conversando durante todo el paseo. Lo más probable es que le haya atosigado a preguntas relacionadas con la plantación y su administración. William había asegurado que no sabía nada sobre plantaciones y, sinceramente, pienso que decía la verdad; pero verlo en acción con Bissette en estos momentos demuestra sus grandes dotes de negociante y su aguda inteligencia. Se ha adelantado a los hechos.

Mis hombres van pasando la cesta de hojas de tabaco de unos a otros. Incluso yo necesito algo para tranquilizarme después del precio que ha pedido Bissette. En estos momentos me arrepiento de no haber sido más organizada con mis finanzas. Ni siquiera sé lo que tengo, al menos con exactitud. Por fin, regresan el esclavo y el vigilante. Los niños tosen un poco con el humo acumulado en el pequeño comedor y mando abrir las ventanas y traer más esclavos para que saquen el humo con hojas de palma. Los esclavos que vienen son adultos y parecen más interesados en la conversación que en su cometido.

—Tiago, por favor. Muéstranos la plaga.

El brasileño no se hace esperar. Coloca la cesta sobre la mesa, frente a Bissette. Hunde sus grandes manos en el montón de cerezas rojas y saca un puñado al azar. Con un cuchillo, las corta a la mitad.

—La cosecha de este año tiene broca.

—Explique lo que es la broca, por favor.

Ha llegado el momento de saber de dónde procede el apodo del capataz que James mató en los campos.

—Es una plaga que afecta a los cafetales. Los que no han sido renovados después de seis años

tienden a infectarse.

—Tonterías. No tiene que ser así —se defiende Bissette—. La variedad de mi plantación es Typica. ¡Es la mejor variedad de café que se conoce hasta ahora! —se queja.

—Es una variedad que no produce tanto como las otras y es susceptible a las plagas.

—¡Es uno de los mejores cafés del mundo! —Bissette ya no está rojo de ira, sino morado.

—Para llegar a la taza, tiene que pasar por el cafetal y sobrevivir a las plagas —contesta sin entonación William, conservando su calma.

Abro la cereza que me pasa el administrador y veo un insecto pequeño dentro. Así que esto es a lo que referían como la broca. Por fuera, el aspecto de las cerezas es rojo brillante, sin defectos, pero por dentro... el producto está estropeado. Una plaga que ataca desde dentro hacia fuera, sin dejar rastro, hasta que es demasiado tarde.

—Aun con broca, las cerezas pueden venderse —interviene el administrador.

—Ahí tiene, Whixley. La cosecha no está perdida —dice levantando las manos en alto.

—No es justo vender un producto dañado.

—¿Es usted un misionero o un estandarte de la justicia? En los negocios, no existe tal cosa como la justicia.

—Se trata de honor, Bissette. Creía que el concepto era conocido internacionalmente y no solo en Inglaterra.

Golpeo la mesa con el puño, cansada de la pelea verbal que están teniendo. Bissette ha perdido el temple a estas alturas y no me apetece un enfrentamiento. Somos minoría y no quiero morir en este lugar inhóspito.

—¿Qué le parece si dejamos el valor de la tierra en los cinco mil francos que ha sugerido y tasamos a los esclavos individualmente? Es lo justo.

—Así que de ahí proviene su concepto de la justicia, Whixley —se burla Desrosiers—. No pensé que fuera tan débil como para dejarse influir por una mujer.

«¡Si tú supieras!», pienso. No puedo aguantarme y estallo en carcajadas ante la ironía de la situación. Por mi obstinación estamos aquí. William es el dechado de virtudes y no yo.

Desrosiers no parece apreciar mi risa. Que se vaya al diablo.

—Déjala fuera de esto. El honor es una virtud que viene de familia —interviene James.

—Es el hermano de *monsieur* Falcon —aclara Bissette ante el desconcierto de Desrosiers.

—¿Esas son tus intenciones: liberar a los esclavos, como tu hermano, y convertir El Infierno en El Paraíso? —se burla.

—No tengo que darte explicaciones.

—Soy el administrador.

—No por mucho tiempo.

—Espero que no estés hablando en serio. Los esclavos necesitan mano dura porque, si dejas que se amotinen, puedes encontrarte con un cafetal en llamas y tú en el centro de él. Morir quemado no es agradable.

Me doy cuenta de que los esclavos han dejado de abanicarnos. Sus semblantes pétreos y sus ojos oscuros brillan de odio hacia su administrador.

—Desrosiers tiene razón. No puedes permitir que se amotinen y consentirlos solo empeorará las cosas. Más adentro de la selva están los cimarrones, los esclavos que lograron huir de otras plantaciones, y si no llevas El Infierno con mano dura se va a correr la voz y... bueno, ya habrás oído hablar de los asaltos a las propiedades de los dueños de las plantaciones. Las incendian y matan a sus integrantes, incluso a muchos de los suyos. A las mujeres las violan y las toman prisioneras. Las llevan a los palenques, los poblados de los cimarrones, donde nunca van a lograr

escapar.

—No querrás que tu esposa corra esa suerte, ¿verdad? —interviene Desrosiers acariciando mi hombro.

—No te atrevas a tocarla —sisea William sacando su arma y apuntando a Desrosiers.

Le quito la mano del hombro de un manotazo. A pesar de mi sorpresa inicial, me gusta la posesividad de su tono. Desrosiers levanta las manos en señal de rendimiento y se aleja, veo la furia con la que me mira antes de retirarse. No me preocupa. Me ha tomado desprevenida, eso es todo. No es tan cobarde como Bissette, tengo que reconocerlo, pero no se habría atrevido a más. No siendo mayoría, al menos en la mesa del comedor.

—No nos alteremos, Whixley. Desrosiers solo intenta advertirte. Esto no es Santa Lucía. Esto es Martinique. El modelo de administración de Falcon Point no puede aplicarse aquí.

—Deja que yo me preocupe de eso —dice bajando el arma, pero sin desviar la vista del administrador—. Mientras tanto, esta es mi propuesta: doscientos francos por esclavo entre dieciséis y cuarenta años. Cien por los mayores de cuarenta y cincuenta por las mujeres y los niños. Es mi oferta. La tomas o la dejas.

—La tomo —contesta Bissette extendiendo la mano.

13



William

E

n cuanto cerramos el trato, ordeno a los esclavos adultos que corran la voz del cambio de propietarios y les pidan a todos que esperen donde se encuentran comiendo. Le hago un gesto a Clarissa para que me siga y abandono la habitación. James se levanta y nos sigue como una sombra. Busco las escaleras

hacia el segundo piso y empiezo a subirlas. No quiero que nadie escuche nuestra conversación. Abro un par de puertas hasta que encuentro una biblioteca que despide un insoportable olor a rancio. Imagino que se trata de una gotera que lleva demasiado tiempo sin ser arreglada. Me dirijo hacia la ventana francesa y abro las contraventanas que dan acceso a un pequeño balcón.

—Gracias por cerrar el trato tan rápido —escucho decir a Clarissa detrás de mí.

Asiento sin mirarla. Noto su presencia cuando llega a mi lado.

—Felicidades. Eras la dueña de una plantación. ¿Qué demonios vas a hacer con ella?

No quiero sonar tan fastidiado, pero lo estoy. La falta de sueño y la cabalgata hasta El Infierno no ha

ayudado. Estoy cansado e irritado. Bissette y Desrosiers son los culpables de mi incomodidad. La miro observar a los esclavos reunidos debajo del balcón, en la explanada. Desrosiers camina entre ellos dando órdenes como si aún tuviera algún tipo de autoridad.

—Dile que recoja sus cosas y se vaya —me exige.

No tengo que preguntar a quién se refiere. Nada va a darme más gusto que echarlo a patadas en caso de que se resista. Paso por delante de James, que está apoyado en la jamba de la puerta mirando a Clarissa. Me doy la vuelta y la observo durante unos segundos antes de abandonar la habitación, su silueta recortada contra la ventana. Aún lleva el sombrero puesto y la trenza medio deshecha cuelga como una soga gruesa por su espalda. La belleza de Clarissa radica en sus rasgos exóticos: la piel aceitunada, los ojos rasgados de mirada penetrante. El cabello ondulado y lustroso, pero es el brillo de sus ojos y su actitud lo que más me fascina de ella. Esa ferocidad con la que se enfrenta a la vida. Ese arrojo raro en una mujer. Su valentía no parece ceder ante nada ni nadie. Es como si no conociera el miedo. Incluso de espaldas, apoyada en la barandilla de forja perdida en sus pensamientos, transmite una fuerza interior inusual. Es una asesina, pero también tiene humanidad.

Una pequeña llama de esperanza ha nacido hoy en este lugar alejado de la mano de Dios en todos los sentidos. Una isla desolada en medio de la jungla, devastada por las acciones crueles e inhumanas de un grupo de hombres. Las ruinas de una comunidad que ha sido condenada al sufrimiento colectivo y Clarissa emerge como su salvadora. Bajo las escaleras y salgo a la explanada. Los hombres de Clarissa están repartidos estratégicamente. Me acerco a Desrosiers. El placer de deshacerme de él no tiene precio. Sé que no puedo reclamar a Clarissa como mía, aunque nada me haría más feliz. No es mía ni de nadie, pero por un momento he sentido como si me perteneciera y ver a Desrosiers mirarla con deseo ha despertado deseos asesinos que no sabía que tenía hasta ese momento.

—Recoge tus cosas y vete —le ordeno.

—Me necesitas —contesta tenso.

Siento la atención de los esclavos que nos rodean.

—No te necesito. No me obligues a usar la fuerza —lo amenazo.

—He levantado este cafetal desde sus cimientos. No vas a encontrar a nadie que sepa más que yo. —No.

—Te vas a arrepentir —me amenaza como si sus palabras tuvieran algún efecto en mí. Jamás volveré a

encontrarme con él, por lo que no pueden importarme menos.

—Tu trabajo aquí ha terminado.

—Podemos negociar la administración del cafetal. Los beneficios son muy buenos —sigue insistiendo, como si tuviera alguna posibilidad de convencerme.

—Se terminó, Desrosiers. Busca otro patrón al que robar.

—Te crees muy listo, ¿verdad?, viniendo de Inglaterra a imponer modelos como Falcon Point en colonias que han utilizado esclavos desde hace años, tal vez siglos. Metiéndote en nuestros asuntos. No tienes ningún derecho, extranjero.

—No me hagas repetírtelo. Recoge tus cosas y vete —ignoro sus provocaciones—. Este lugar ya

no te pertenece y no eres bienvenido.

—Tardaré un par de días en recoger mis cosas.

—No lo creo. Tienes una hora.

—Llevo viviendo aquí más de diez años, ¿crees que una hora es suficiente?

—Creo que estoy siendo magnánimo.

—No pienso irme en una hora.

—No me retes, Desrosiers...

—¿O qué? —se acerca a mí.

—O esto —contesto lanzándole un puñetazo con todas mis fuerzas.

Lo pillo desprevenido y se cae de espaldas aterrizando sentado, lo que provoca la risa colectiva de los esclavos, que empiezan a burlarse de él.

—Esta humillación me la vas a pagar —me amenaza echando chispas por los ojos.

Los esclavos que hay cerca le empiezan a propinar patadas, lo que aumenta su furia. Les dejo que se cobren los golpes injustos que imagino recibieron de él a lo largo de diez años. Los guardias brasileños se acercan y disparan sus armas para imponer el orden temiendo que se amotinen. Los esclavos se retiran inmediatamente, acostumbrados al orden que imponen los guardias.

—Cuida tus espaldas, inglés, porque cuando menos lo esperes...

Comienzo a caminar en dirección a la casona ignorando sus amenazas vacías. Clarissa sigue en el balcón y me hace un gesto para que suba. El hombre al que todos apodan el Cortador está cerca de la puerta.

—¿Podrías encargarte de que Desrosiers abandone el cafetal dentro de una hora?

—Déjame a mí. Cada vez que me encuentro cerca de este hombre tengo escalofríos. No quiero tenerlo como enemigo.

Clarissa me está esperando en el segundo piso, paseando un poco nerviosa por la biblioteca.

James sigue en su puesto, cerca de la puerta. Admiro su lealtad y paciencia.

—He tomado una decisión —me informa Clarissa en cuanto me ve.

—¿Me lo vas a decir o esperas que lo adivine? —pregunto después de esperar a que se decida a hablar.

—No me gusta que te hagas el gracioso cuando voy a decir algo importante —me regaña.

James carraspea y yo chasqueo la lengua.

—Es una lástima, porque es cuando más me gusta molestarte.

Cuando bromeo con ella, se olvida de lo que le preocupa para concentrarse en buscar un comentario que me irrite de la misma manera que los suyos me exasperan a mí.

—¡Hay veces que eres insoportable!

—No tan insoportable como tú.

Me ignora mientras me acerco a ella y espero a que me cuente sus planes. Voy a tener que anunciarlos a los integrantes del cafetal, porque así se hacen las cosas. Las mujeres no son dueñas de cafetales o plantaciones, aunque paguen por ellos. Bissette piensa que Clarissa es mi esposa, por lo que espera que yo me encargue de los detalles legales y anuncie los cambios que van a producirse a partir de ahora. Tengo curiosidad por saber qué decisión ha tomado. Es una mujer práctica que está acostumbrada a tomar decisiones rápidas bajo presión, una líder nata.

—¿Qué quieres hacer con la plantación? —le pregunto suavizando la voz, dejando las bromas a un lado.

—No quiero un cafetal en Martinique. No lo necesito.

Asiento mientras miro a James de reojo para ver su reacción. Se mantiene imperturbable junto a

la puerta.

—Voy a vendérselo a los esclavos.

La miro sorprendido.

—No creo que puedan permitírsele —le digo con delicadeza.

—En este momento, no. Eso lo sé. Voy a proponerles un pago a plazos.

—Hay doscientos cincuenta esclavos. ¿A quién planeas vendérselo, en realidad?

—A todo el que quiera participar. No creo que todos se quieran quedar, pero los que lo hagan podrán cobrar la venta de la cosecha. Las cerezas del café aún pueden venderse a pesar de la plaga. No creo que Desrosiers haya mentido. Podrán repartirse las ganancias y empezar desde ahí.

—¿Vas a liberarlos?

—Por supuesto.

Asiento aliviado, sin hacer comentarios. No quiero decirle: «Te lo dije», porque siempre he sospechado que no es tan cruel como aparenta ser. Ver la esclavitud de cerca le ha afectado de una manera que no creo que olvide en mucho tiempo. ¡Diablos!, ni siquiera yo podré hacerlo. Clarissa es razonable cuando se da cuenta de que está equivocada. No pierde el tiempo lamentándose o buscando excusas a sus acciones; en cambio, intenta rectificar sus errores. Es otra de las virtudes que más admiro de ella.

—Tengo que comunicarles tu decisión. ¿Qué quieres que les diga exactamente?

—Los brasileños pueden irse cuando quieran. Son libres. Si deciden permanecer, tendrá que ser con las condiciones de los nuevos dueños. En cuanto a los esclavos, tendrás que firmar su libertad. El que quiera quedarse, recibirá una porción de terreno con sus escrituras correspondientes al finalizar el pago de la deuda. Tienen cinco años para terminar de pagarla. Enviaré a una persona cada año después de la cosecha. ¿Sabes cuándo termina?

—En marzo —le contesto—. Tiago se encargó de explicarme el proceso del cultivo del café.

—El último día de marzo, un representante vendrá a recoger los pagos correspondientes.

—Es un trato justo.

—No ha sido una decisión fácil.

—Puedo imaginarlo.

Me acerco al escritorio y busco una cuartilla de papel. Tomo la pluma y escribo una frase esta vez. No más palabras sencillas. Acaba de demostrar que es demasiado inteligente para aprender simples palabras. Se la entrego y me mira con el ceño fruncido.

—Son muchas palabras, ¿cómo pretendes que las aprenda todas?

—Puedes hacerlo, acabas de demostrarlo.

Frustrada, se dirige a James y le entrega la hoja. No puedo evitar sonreír ante su impaciencia. No esperaba que le diera otra lección de lectura en medio de la selva, por lo que había dejado la lista de palabras que James le había dado en el barco.

—Ayúdame, James —le ruega.

James toma la hoja y la lee en silencio. Levanta la vista del papel y clava su ojo bueno en mí. Me avergüenza que este hombre sea testigo de las clases que le estoy dando a Clarissa, de mis mensajes, de mis pensamientos más íntimos. Aparentemente, mi método de enseñanza no tiene sentido. Aun así, tengo la esperanza de que funcione.

—Estoy orgulloso de ti —lee.

Clarissa se sonroja y una sonrisa enorme aparece en sus labios llenos. Labios que anoche besé hasta el cansancio. Su sonrisa ilumina hasta el último rincón de mi alma. Si no fuera por James, la besaría de nuevo hasta quitarle el aliento.

—Estudia las palabras porque esta noche te las voy a preguntar. Son solo cuatro, así que no deberías tener problemas.

Mi voz suena cargada de promesas que no tienen nada que ver con las clases de lectura y, por la mirada que me dirige Clarissa, ella está pensando exactamente lo mismo.

—Deberías salir al balcón y anunciar los cambios. No quiero que nos sorprenda la noche en la selva. Puede ser peligroso —me pide James.

Me pregunto qué demonios piensa de mis mensajes. Al menos, no se burla de mi cursilería.

—Ven aquí —le pido a Clarissa extendiendo mi mano. Ella me mira con sospecha—. Quiero que me acompañes a hacer el anuncio.

—No cuentes conmigo. —Se niega en redondo e intenta salir, pero James le corta el paso y lo mira con incredulidad.

—Eres mi esposa y te quiero a mi lado —insisto.

—No estamos casados. —Se cruza de brazos con cabezonería.

—Todos creen que lo estamos; además, si fueras mi esposa... haría exactamente lo mismo que voy a hacer ahora.

—¿Y se puede saber qué vas a hacer?

—Presumir.

—¿De qué vas a presumir?

—De esposa, por supuesto —le contesto con mi mejor sonrisa mientras la tomo por la cintura y la guío un poco a la fuerza hasta el balcón, donde la pongo delante de mí, aprisionándola contra la verja del balcón, y coloco mis brazos a ambos lados de su cuerpo para impedirle la salida.

—No sé qué tratas de demostrar —murmura entre dientes.

—Quiero que veas los rostros de los esclavos cuando les anuncie que son libres. Quiero que veas su agradecimiento porque tú lo has hecho posible y la única persona a la que se lo tienen que agradecer es a ti, aunque yo sea el portador de la noticia, el mensajero —le contesto al oído, para que nadie más lo escuche.

Las manos de Clarissa aprietan la barandilla de forja, sus dedos se curvan en torno al diseño enrevesado, con los nudillos blancos por la presión. Su silencio es suficiente. Levanto la mano pidiendo silencio a los presentes y espero hasta que lo único que se escucha es el sonido lejano de los pájaros y los animales de la selva que rodea el cafetal.

—*Monsieur* Bissette ya no es el dueño de El Infierno. Los nuevos dueños somos mi esposa Clarissa y yo.

Un murmullo de voces se eleva y se extiende como si alguien hubiera golpeado un enjambre de avispas con un palo. Siento que Clarissa respinga y me acerco a ella hasta que mi pecho toca su espalda para tranquilizarla. Levanto la mano de nuevo pidiendo silencio.

—Va a haber muchos cambios en el cafetal y el más importante es la libertad de todos los esclavos de la plantación.

Todos guardan silencio incrédulos, como si no hubieran escuchado bien.

—Mi esposa Clarissa ha insistido en que les firme la libertad a todos sin excepción y yo... no puedo negarle nada.

Tomo su mano derecha y la llevo a mis labios para depositar un beso. Ella la aprieta con fuerza. Sé que no le gusta lo que estoy haciendo, pero no me importa. Quiero que se vea a través de mis ojos y lo que percibo cada vez que la miro es a una mujer extraordinaria, generosa, excepcional. Los esclavos vitorean, gritan, lloran, se abrazan. Unos gritan agradecimientos en su idioma nativo y otros en francés, que es el idioma de Martinique; lo que está claro es que son felices. Clarissa está inmóvil como una estatua. Veo cómo las lágrimas resbalan por sus mejillas. No

intenta limpiarlas ni yo tampoco. Ellos no pueden verla llorar por la distancia y porque están demasiado felices para fijarse en otra cosa que no sea la celebración de su libertad, pero yo la observo. Veo más de lo que cree. Veo su interior, sus sentimientos a flor de piel en este momento.

—Gracias por obligarme a venir. —Paso mis brazos por su cintura y ella se aprieta más contra mí—. Si no hubiéramos venido hoy... no quiero ni pensar qué sería de ellos.

—No pienses en lo que pudo haber sido, porque la realidad es que estamos aquí y tú has hecho posible su felicidad. Has comprado la plantación y has decidido liberarlos. Acepta su agradecimiento.

La beso en la nuca con delicadeza y ella se estremece. Poco a poco la algarabía pierde fuerza y les explico los planes de Clarissa para la plantación: el sistema de la compra de la tierra, el cobro de la deuda cada año durante cinco años, la liberación de los guardas brasileños. Todo. Clarissa se mantiene firme a mi lado. El orgullo que siento por ella en estos momentos hace que desee que esta actuación que estamos representando como matrimonio se convierta en realidad.

Una vez que dejamos la plantación, nos dirigimos al puerto. Bissette nos invita a cenar en su casa, pero declinamos la oferta. Todos tenemos prisa por abandonar Martinique.

El sol se está poniendo en el horizonte cuando llegamos al barco y Clarissa empieza a impartir órdenes. Yo la observo desde el timón. Se ha convertido en mi lugar favorito. Es como llevar las riendas de un carruaje en una carrera en Rotten Row. No tengo ni idea de cómo navegar, pero me gusta observar a Clarissa o al marinero de turno para ver si logro aprender algo. Miro fascinado la maestría con la que Clarissa dirige La Sombra Negra para salir del embarcadero del puerto rumbo a Puerto Rico, su hogar, y me pregunto qué sorpresas nos esperan en este nuevo viaje. Cuando estoy con ella, la vida se convierte en una aventura constante.

Cuando desembarcamos, toda la tripulación de La Sombra Negra decide ir a una taberna de mala muerte llamada Los Dos Doblones. Durante el tiempo que viví en Londres nunca vi una taberna que estuviera tan atestada de gente como esta. Solo tengo que echar un vistazo a mi alrededor para darme cuenta de que todos son piratas, gente de la peor calaña.

—No te separes de mí. No llames la atención y no hables con nadie —me susurra Clarissa al oído.

—¿Más reglas? —le pregunto de buen humor.

La verdad es que no tengo mucho interés en iniciar una conversación con nadie. No es el tipo de gente con el que quiera pasar el rato o que tengamos algo en común que discutir.

—Mantenerse en silencio es mantenerse vivo. Aquí no podré defenderte si cometes una estupidez o haces uno de esos comentarios impertinentes.

Pongo los ojos en blanco y decido no contestar nada. Necesito una copa y no puedo pagarla. ¿Hay algo más humillante que eso?

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta Clarissa leyéndome la mente.

—Un wiski —contesto aliviado. Obligo a mi orgullo a dejar que una mujer me pague un trago, mandando al diablo mi arrogancia por una vez.

—Sloan, una botella de wiski y otra de ron.

Clarissa se dirige hacia una esquina del lugar desde donde dos hombres le hacen señas con las manos.

—¡Clarissa! —exclaman encantados—, ¡haznos compañía!

Los piratas le hacen un hueco y ella se sienta entre ellos, por lo que yo me siento al lado del que parece más amigable. Noto sus miradas de curiosidad desviándose hacia mí. Me pregunto qué dirá Clarissa cuando le pregunten quién soy y si va a dejar que conteste o hablará por mí.

—Raphael te está buscando.

—¿Quién demonios es Raphael? —pregunta al tiempo que les pasa un brazo por los hombros.

Los dos hombres carraspean.

—Tu hermano. Se llama Raphael y no ha dejado de buscarte desde que llegó.

No puedo creer que no sepa el nombre de su hermano, pero por su reacción puedo ver que estoy en lo cierto y me preguntó cuál es la historia de Clarissa con su familia.

—Pues que siga buscando —contesta testaruda.

—Tal vez deberías escucharlo.

—Antes se congelará el infierno. No quiero hablar de él. Mejor dime cómo está... mi padre.

—Es feliz.

Un velo de tristeza cruza su mirada, pero es tan rápido que me pregunto si lo he imaginado.

—Me alegro.

—Deberías intentar arreglar las cosas. La Mano de Tritón no es lo mismo sin ti y tu padre te echa de menos. Todos lo hacemos, aunque... estamos muy orgullosos de ti. Esas historias que corren por todo el Caribe te han convertido en un mito similar a las chicas de Calicó Jack.

Se sonroja ante el tono de orgullo de los hombres de su padre, o al menos es lo que imagino que son. Lo más probable es que la hayan visto crecer y la quieran como se quiere a una hija o a una sobrina. Sloan llega en ese momento a la mesa con varias botellas, seguido de James. Al parecer, yo soy el único que toma wiski. Los miembros de las dos tripulaciones se saludan efusivamente y todos los ojos se dirigen hacia mí.

—¿De dónde lo has sacado? —le preguntan a Clarissa los dos desconocidos haciendo un gesto con la cabeza en mi dirección.

—Es el hermano de *monsieur* Falcon.

—Así que es cierto que vas a sacar a tus hombres del mar.

—No los voy a sacar del mar —contesta tensa—. Van a seguir navegando. Solo voy a cambiar la ruta y la forma de hacer dinero.

—Eso hemos oído: una plantación de caña, ¿eh? Siempre has sido una chica lista. ¿Dónde estás viviendo?

—En La Sombra Negra.

—Hemos oído que has comprado una mansión.

—Ya sabes que a los piratas les gusta inventar historias —contesta desviando la mirada mientras le da un buen trago a la botella.

—Mejor dínos que nos metamos en nuestros asuntos, pero no nos mientas, Clarissa. Nunca se te ha dado bien.

—Muy bien: meteos en vuestros propios asuntos y dejadme en paz.

Quiero reír ante su arrebato infantil, pero me contengo. No creo que le haga gracia.

—¿Ya no tienes buena relación con *monsieur* Falcon? Pensé que Falcon Point era la plantación más próspera del Caribe. Imaginamos que le pedirías ayuda a él para organizar tu negocio.

—Falcon y yo seguimos siendo buenos amigos, pero no tan buenos como para desprenderse de sus mejores hombres por la amistad que nos une. Además, las plantaciones de caña de Puerto Rico son las mejores después de Falcon Point. En Santa Lucía no hay nada bueno. Falcon se ha apropiado de lo mejor y yo no voy a conformarme con los restos.

Asienten comprensivamente. Mientras los escucho hablar, observo el lugar buscando un vaso.

No hay. Malditos piratas. Todos beben directamente de la botella. Tengo que empezar a relajarme con los detalles o voy a volverme loco. Al parecer, en este lugar no se sirven bebidas en vasos. Se venden las botellas enteras y es lo que hay. Le doy un trago largo a la mía cuando diviso a dos mujeres rubias muy atractivas detrás de la barra. James se da cuenta.

—Son los Dos Doblones —me aclara.

—Por el color dorado del pelo.

—Así es.

—Un buen nombre.

—Los piratas somos buenos para nombrar cosas, no sé si te has dado cuenta —dice guiñándome el ojo bueno.

Este hombre no pierde detalle. En ese momento, un grupo de personas empieza a despejar una tarima en el medio de la taberna y eso hace que todos griten y aúllen como locos.

—¿Qué está pasando?

—Van a empezar las competiciones.

—¿De qué?

—Ya lo verás —contesta de forma misteriosa.

Colocan algunas sillas en fila sobre la tarima y un par de personas empiezan a caminar entre las mesas con un sombrero recogiendo dinero entre los presentes. Mucho dinero. Las monedas de oro brillan dentro de las copas de los sombreros y todos vemos codiciosos cómo aumenta el montón con rapidez. ¿Qué demonios?

—Es el premio —aclara Sloan.

Mi mente empieza a hacer cuentas. Hay cientos de monedas de oro. Está claro que los piratas no tienen dificultad para desprenderse de una pequeña fortuna de vez en cuando teniendo en cuenta que abordan los barcos que van hacia Europa con el oro proveniente de las colonias.

—Quiero participar —declaro mientras ignoro la mirada de Clarissa que se clava amenazadoramente en mí como una daga afilada.

Que se vaya al infierno. Estoy completamente arruinado. Ni siquiera puedo pagarme un maldito wiski. Es de lo más humillante. Los piratas de Clarissa vaciaron mi equipaje y no tengo donde caerme muerto, así que si tengo que participar en una competición estúpida para recuperar algo de lo que perdí, que así sea. Además, no creo que sea tan difícil. Por lo que veo, la mayoría de la gente está más borracha que una cuba. No puede ser tan difícil ganar.

—No vas a participar, cuija.

Los hombres estallan en carcajadas. Hace tiempo que no me llama así.

—Vamos, Clarissa. No seas aguafiestas —interviene James.

—Adelante, Falcon *junior*. Yo mismo voy a anotar tu nombre en la lista —dice uno de los piratas de La Mano de Tritón.

—Mi nombre es William Whixley y yo mismo puedo anotarme, gracias —contesto mientras me levanto de la silla.

Estoy harto de que todos me conozcan por ser el hermano de Philip. Entiendo que es toda una personalidad en estas aguas, aunque aún no sé qué es lo que ha hecho para ganarse esa fama que tiene. No pasa nada. Lo importante es que a partir de hoy todos me conocerán por mí mismo.

Clarissa me agarra de la muñeca con fuerza antes de que me aleje.

—Te dije que no llamaras la atención y ahora te vas a subir a una tarima en medio de una taberna llena de tiburones. ¿Quieres que te maten? —sisea.

—Deja de preocuparte por mí, Clarissa. No soy un niño. Puedo defenderme solo.

—Este no es tu mundo.

—En eso te equivocas. Yo decido cuál es mi mundo y, si tus piratas no me hubieran vaciado los bolsillos, no estaría tratando de ganarme la vida en este momento.

—Déjalo ir —le ordena Sloan—. Un hombre tiene derecho a ganarse su sustento.

—Además... ¿cómo demonios quieres que te restituya el caballo?

—Puedes robar uno.

—Soy una persona decente y pienso comprar el maldito caballo.

Ella me suelta de mala gana y mientras me alejo escucho a los piratas de La Mano de Tritón preguntarle a James qué tiene que ver un caballo en todo esto y por qué estoy en la ruina. Me acerco al centro de la taberna. Las dos rubias conocidas como los Dos Doblones me preguntan mi nombre.

—William.

—¿Has traído a tu pareja?

—No sabía que tenía que traer una.

—Bueno, hay unas chicas en aquella esquina. Puedes pagarle a una para que sea tu pareja esta noche. —El Doblón más rubio me mira de arriba abajo descaradamente—. Yo misma me ofrecería con gusto si no fuera porque en cuanto empieza la competición este lugar va a comenzar a beber como si no hubiera mañana. Ni siquiera una cara como la tuya puede hacer que deje mi lugar detrás de la barra.

Es la primera vez que alguien se refiere a mi rostro como «cara bonita». El aloe vera de Clarissa está funcionando y mi piel cada vez está mejor.

—Gracias, supongo —murmuro mientras regreso hacia la mesa sintiéndome más derrotado de lo que debería.

Clarissa me mira triunfante como si supiera que he fracasado antes de empezar. Quiero borrar esa sonrisa de superioridad de su rostro.

—¿Problemas de efectivo, Whixley? —pregunta la muy condenada sin poder ocultar su satisfacción.

Morgan lanza una bolsa de monedas en medio de la mesa, sin añadir nada. Es un hombre huraño, de pocas palabras. Cuando voy a agarrar la bolsa de monedas, Clarissa se adelanta.

—No va a jugar. Punto. —Su voz suena tensa y me pregunto por qué está tan empeñada en mantenerme alejado del escenario.

—Si no quieres que se meta debajo de las faldas de otra mujer, deberías ofrecerte voluntaria a ocupar el puesto de... ayudante.

—Dios sabe que William se ha ganado algo de diversión —le dice James y dejándonos a todos con la boca abierta.

Los integrantes de la mesa se quedan callados esperando la respuesta de Clarissa ante tamaña provocación. No tengo ni idea de lo que está hablando James. Es la primera vez que voy a una taberna de piratas, pero puedo imaginarme perfectamente debajo de las faldas de Clarissa saboreando sus muslos.

—Como ves, no vengo preparada para... jugar —dice echando chispas por los ojos.

Si no la conociera lo suficiente, pensaría que está celosa ante la perspectiva de verme debajo de las faldas de otra mujer. «¡Ah, Clarissa!, si tú supieras las travesuras que haría si tuviera la posibilidad de jugar contigo ahí», pienso. Me acerco a James, pero hablo lo suficientemente alto para que todos me escuchen.

—¿Es cierto lo que has dicho? Si participo en la competición, ¿tendré que meterme debajo de las faldas de una mujer? —James asiente—. Bueno, Clarissa, eso lo cambia todo —digo mirándola intensamente. Tengo toda su atención y la de sus hombres. Habría querido decirle esto en

privado, pero, como no tengo otra alternativa, tendré que jugar la mano de cartas que me ha tocado—. Sabes que los únicos muslos entre los que quiero estar son los tuyos —suelto mientras le acaricio la línea de la mandíbula.

Los hombres de Clarissa lanzan vítores como si ya hubiera ganado la competición mientras Clarissa se sonroja intensamente.

—¡Vamos muchacho, no nos defraudes! Pienso apostar todas las monedas del último abordaje a tu nombre.

—¡Consigue un maldito vestido mientras escribo vuestros nombres en la lista! —grita uno de los hombres de La Mano de Tritón.

Y, con eso, la suerte queda echada. Extiendo mi mano y Clarissa deposita su propia bolsa de monedas en mi palma mientras le devuelve la suya a Morgan. Este enarca una ceja.

—Soy capaz de pagar un maldito vestido, Morgan —interviene Clarissa de mal humor—. Si te equivocas de talla... —me amenaza dirigiéndose a mí con el tono más dulce de su repertorio —tendrás que buscarte otra sustituta.

—¡Ah, Clarissa! Dame algo de crédito. Conozco tus medidas desde la primera vez que posé mis ojos en ti.

—Ya veremos... No me fío de una cuija que entrecierra los ojos cada vez que me mira.

Sus hombres siguen riendo las ocurrencias que intercambiamos y a nosotros no nos importa quiénes son los espectadores. Me dirijo hacia la barra. Tengo claro quién va a prestarle a Clarissa uno de sus vestidos.

—¿Otra botella de wiski, inglés? —pregunta uno de los Dos Doblones alzando una ceja. —
¿Cómo sabes...?

—Aquí todos beben ron o aguardiente de ron, así que no es difícil imaginar quién bebe wiski. — Necesito un vestido. —Voy directo al grano, me mira de arriba abajo con apreciación. —
Imagino que es para el juego. ¿No será para esa loca de Clarissa, verdad?

—La misma —contesto—. Aunque no está loca. Está muy cuerda. —Ella se encoge de hombros.

—El hecho de que sea una pirata ya es motivo más que suficiente para merecer el apodo. —¿Por qué no «la valiente de Clarissa»? Creo que es más acorde con su personalidad.

—Estás enamorado —sentencia el Doblón.

—No es eso —contesto impactado por sus palabras—. Solo creo que no merece ese apodo.

—Si tanto te preocupa el apodo, esta es una buena oportunidad para cambiarlo. Ella nunca ha participado en las competiciones. Te apuesto a que, en cuanto se sepa que va a entrar al juego, se van a doblar las apuestas. ¡Va a ser una noche espectacular! —exclama con los ojos brillantes de emoción y avaricia.

No creo que esta mujer se emocione con frecuencia. Debe de estar acostumbrada a todo tipo de escándalos entre estos bribones.

—¿Qué me recomiendas para elevar las apuestas? Te aseguro que tengo toda la intención de ganar. Necesito el dinero desesperadamente.

—Primero tienes que elegir los nombres de los concursantes cuidadosamente para llamar la atención de los chicos. —¿Se refiere a los piratas?—. Necesitas un buen apodo.

—¿Qué tal Cuija? —digo sin pensar.

—¡Es perfecto! Puedes inscribirte como «el Cuija y la Pirata Valiente». Te aseguro que eso llamará la atención de todos los presentes. ¡Demonios, hasta yo voy a participar y eso es algo que no suelo hacer! Más te vale echarle ganas, porque si no... despídete del wiski el resto de la noche.

—Necesito un vestido para Clarissa —le pido alzando la bolsa de monedas para darle a entender

que estoy dispuesto a pagar por él.

—Vamos a buscarlo. Tiene que tener un corpiño de cintas —murmura.

La sigo hasta una habitación en la parte de atrás de la taberna y cierro la puerta en cuanto entramos. La recámara es pequeña, pero está ricamente decorada. Al parecer les va bien a las dos hermanas regentando la taberna. Abre un armario y saca un vestido de algodón demasiado sencillo.

—¿Qué te parece?

—No.

—¿No? Te recuerdo que es para esa loca... perdón, para la valiente de Clarissa. Te puedo apostar que nunca ha usado un vestido.

—En eso te equivocas. La he visto con un vestido de noche rojo y estaba espectacular, así que tendrás que encontrar algo azul de muselina o seda. No merece menos.

—Vaya, vaya, el Cuija tiene gusto y quiere ver a su amada cubierta de lujos.

—No merece menos y no es mi amada. En realidad, somos enemigos, aunque no lo parezca.

—Podrías engañar a cualquiera con esa actitud. Es más, te estás engañando a ti mismo.

Me digo que hay una gran diferencia entre la atracción sexual y el amor, pero no tiene sentido perder el tiempo intentando explicárselo a esta mujer. El Doblón revuelve los vestidos del armario hasta que encuentra uno de muselina de color azul medianoche. Tiene un corpiño muy atrevido. No estoy seguro de que las cintas del corsé puedan esconder sus bellos atributos. Va a ser una noche muy larga. Se escuchan unos golpes insistentes. Me dirijo a abrir la puerta mientras el Doblón coloca el vestido sobre la cama.

—¿Vas a participar en la competición o vas a pasar la noche encerrado en esta maldita habitación?

—¿Celosa, querida? —le pregunto haciéndome a un lado para que entre.

—Ni en un millón de años. Te recuerdo que el que insiste en ser exclusivo eres tú, no yo.

—Para tu información, te estoy consiguiendo un vestido.

—Parece que se lo estás quitando a la dueña.

Estallo en carcajadas porque puedo ver que está celosa.

—¡Ah, Clarissa! A la única que quiero desnudar es a ti.

—¡Menuda pareja estáis hechos! Vamos, Cuija, dejemos a Clarissa para que se cambie de ropa. Aún tenemos que apuntar vuestros nombres en el pizarrón.

Clarissa pone los brazos en jarras y con cara de pocos amigos le ladra a la tabernera:

—Cuija es el sobrenombre que yo le puse —dice echando chispas por los ojos.

—Querida muchacha, ríndete antes de que otra se rinda primero. Un hombre como él es tan raro de encontrar como un barco lleno de doblones de oro sin tripulación.

La tabernera me toma del codo y salimos de la habitación. Clarissa cierra de un portazo detrás de nosotros. Juro que esta mujer es más difícil de domar que un tiburón.



Clarissa

N

o debería haberme prestado a participar en la competición. He asistido a demasiadas como para saber que nada bueno va a salir de esto, pero mis celos son los que toman la decisión, no mi intelecto. Pensar en William debajo de las faldas de otra mujer hace que me hierva la sangre, por lo que saldré a

hacer el ridículo sobre la tarima más famosa de la ciudad. Termino de ponerme el vestido y ajusto las cintas del corpiño con fuerza. Por suerte, el tamaño de mis pechos es más grande que el de la tabernera y eso le ayudará a William. Tengo que confesar que tengo curiosidad por descubrir la habilidad de William con un cuchillo en la boca.

En cuanto salgo de la habitación, me dirijo hacia el centro de la taberna y tomo mi lugar frente a William y el resto de las parejas. Hay veinte en total. Demasiadas. No sé cómo alguien como William puede ganar una competición como esta. La desesperación y la pobreza son buenos motivos para esforzarse y ganar. Estoy segura de que William es el único de los presentes que tiene los bolsillos completamente vacíos. Echo un vistazo a la pizarra para ver quiénes son los participantes cuando me encuentro con nuestros nombres: el Cuija y la Pirata Valiente. Alzo una ceja divertida. Tengo que reconocer que me gusta el nombre que ha elegido.

—¿Qué pretendes con eso de la Pirata Valiente?

Los ojos de William están fijos en mi escote. Desde anoche sé cuánto le gustan mis pechos porque sus manos y sus labios me lo demostraron durante horas. Levanta sus ojos claros para mirarme intensamente.

—Ya va siendo hora de cambiarte ese apodo ridículo.

Contengo la respiración porque no sabe lo que eso significa para mí. No tiene ni idea de lo que odio el sobrenombre de «esa loca de Clarissa», pero con William me estoy acostumbrando a que realmente vea a la auténtica Clarissa. Intuye lo que necesito sin necesidad de que se lo diga y ese conocimiento que tiene de mi persona a veces me asusta. ¿Cuánto poder puede ejercer alguien en otra persona? Tanto como estemos dispuestos a darle.

Anselmo, el animador de Los Dos Doblones, comienza a presentar a los participantes y las apuestas se cierran en ese momento. Su voz se eleva por encima de la conversación de los asistentes.

—Como es tradición, la primera prueba es cortar las cintas de los corpiños de los vestidos y seguir hasta llegar a la cintura con una daga entre los dientes y las manos atadas a la espalda. Quedarán descalificados los que no corten todas las cintas o corten la piel de su pareja, aunque sea un leve rasguño.

Un par de piratas jóvenes ejercen de ayudantes y comienzan a atar las manos de los participantes masculinos. William no parece preocupado en absoluto y me pregunto si tiene buen pulso. No quiero terminar con cortes y cicatrices en mis mejores atributos. ¡Maldición! Esta es la peor idea que he tenido en mucho tiempo.

—¿Preocupada por mi habilidad para manejar una daga? No te preocupes, que no pienso rozar tus hermosos pechos con nada que no sean mis labios.

William sabe cómo acelerar el ritmo de mi respiración con una sola frase sugerente. Trago saliva

ante los recuerdos de esos labios en mi piel. La taberna desaparece y lo único que veo es a William frente a mí. Su mirada penetrante se oscurece porque sus pensamientos son los mismos que los míos. Sus ojos están cargados de promesas silenciosas y recuerdos ardientes. Uno de los muchachos coloca la daga en su boca y Anselmo dispara al techo dando inicio a la primera prueba. William se inclina hacia mi busto ladeando la cabeza hasta encontrar el ángulo adecuado. Siento el calor de su respiración en mi piel humedeciéndola y pienso en algo que decir para animarlo. Al fin y al cabo, soy una persona competitiva por naturaleza y me gusta ganar.

—Anoche no te dije cuánto me gustó que me chuparas y mordisquearas los pezones. Espero que esta noche volvamos a repetirlo. —Escucho el gruñido frustrado que emite William. Voy por buen camino—. Si me cortas... te castigaré durante una semana —improviso.

Escucho más gruñidos. Tengo los ojos cerrados porque no quiero ver qué está haciendo. Intento no moverme para facilitarle el trabajo. Siento cómo cede la presión del corpiño y sé que William está cortando las cintas. Meto el estómago todo lo que puedo para que la tela del vestido no esté tan pegada a la piel y pueda meter la punta de la daga y cortarla. Esta es la parte más delicada y donde la mayoría de los participantes falla la prueba. Escucho el sonido de las dagas al caer al suelo y me atrevo a mirar el trabajo de William. No hay ni rastro de sangre. Pasó la prueba. Anselmo supervisa a las mujeres y descalifica a siete parejas. Hay personas que se dedican a desnudar a sus parejas con un cuchillo para practicar porque este tipo de juegos se realiza todo el tiempo en las tabernas de cualquier puerto caribeño, por lo que la destreza de William es más admirable aún.

—Pasé la prueba. Cuando vuelvas a amenazarme con un castigo como ese, acuérdate también de mencionar el premio, porque pienso ganar y te lo voy a exigir.

Dios, me encanta cuando se vuelve tan demandante y autoritario.

—Tomo nota —contesto tragando saliva.

—La segunda es la prueba sorpresa: vendaremos los ojos a todos los jugadores, que tendrán que beber un vaso lleno de ron para esconder el aliento y después besar a todas las mujeres participantes mientras los presentes golpean la mesa tres veces seguidas con las botellas. Ganará el que distinga a su propia pareja.

Esta prueba es nueva y no me gusta nada. Imaginar los labios de William besando a otra... hace que entienda el deseo de William de no compartirme con nadie. Yo tampoco quiero compartirlo. Nunca. Miro a William sonreír con seguridad.

—¿No eres un poco arrogante? Tendrás que besar a trece mujeres, ¿estás seguro de que reconocerás mis besos? —le pregunto con rencor mal disimulado... y eso que aún no ha empezado la prueba.

—¿Celosa? Te prometo que cuando gane este estúpido concurso y tengas el mejor caballo dejaré que me lo agradezcas besándome hasta que te diga que dejes de hacerlo.

¡Será prepotente! Los dos muchachos empiezan a vendar los ojos de las parejas con fuerza. Los nervios se apoderan de mí. Nos sirven un vaso lleno de ron a cada uno y lo bebemos de un trago.

—Si no logras reconocer mis labios, no podrás besarme esta noche.

Uno de los ayudantes le venda los ojos a William y se ríe por lo bajo ante mi amenaza.

—Clarissa..., no olvides el premio —me recuerda.

—Si me reconoces, podrás elegir dónde quieres sentir mis labios.

El gemido que emite hace que quiera arrastrarlo fuera de la taberna y llevarlo hasta la soledad de mi lugar favorito y hacerle perder el control con mi boca.

—Dalo por hecho.

La voz grave de William es una promesa que me persigue mientras me dejo vendar los ojos y me

cambian de lugar junto al resto de las mujeres para desorientar a los hombres. Se hace el silencio en la taberna y sé que la competición va a empezar. Lo único en lo que puedo pensar es en todas las maneras que voy a hacer que William gima esta noche.

El ruido de las botellas al golpear la mesa me dice que la primera pareja se está besando y pronto me va a tocar a mí. Cuando unos labios extraños se apropian de los míos con rudeza no siento nada. Me dejo besar como se dejaría besar la estatua de la fuente de un jardín. Uno tras otro, hombres desconocidos me besan de distintas maneras y ninguno de ellos logra despertar el deseo, hasta que siento la suavidad de unos labios que reconocería hasta en otra vida porque despiertan todo tipo de sensaciones en mí. Mi cuerpo reacciona a su cercanía, a su sabor, a la forma en la que cambia el beso suave por otro posesivo, dominante. Tiemblo de anhelo. Las botellas dejan de golpear la mesa y nuestro tiempo se termina.

—¡Clarissa, mi Pirata Valiente! —grita William.

Los vítores de los presentes no se hacen esperar. Otra prueba que gana. Me doy cuenta de que tengo una deuda con William, una que estoy más que ansiosa por pagar. Nos quitan la venda, pero dejan a los participantes con las manos atadas.

Anselmo descalifica a cinco parejas. Solo quedamos ocho.

—La siguiente prueba es la favorita de la noche: consiste en meterse debajo de las faldas de tu compañera y quitarle la ropa interior con los dientes antes de que el son de los tambores termine de tocar *La bomba*.

Los gritos y aullidos de los presentes no se hacen esperar, pero es la mirada lobuna de William lo que me hace reír y siento los nervios de la anticipación revoloteando entre mis piernas. Podemos estar en una taberna atiborrada de gente, aunque el efecto que tiene en mí es como si estuviéramos los dos solos en la cala escondida de El Nido del Halcón. Uno de los Dos Doblones comienza a anudar la ropa interior de las participantes con lazo de doble nudo y tan apretado como el brote de un árbol al inicio de la primavera.

Varios piratas lanzan disparos al techo dando inicio a la competición.

—Clarissa, ¿cuál va a ser mi premio? —me presiona.

Todos los participantes se encuentran debajo de las faldas de sus parejas y William aún me mira esperando una respuesta. Este hombre es increíble.

—¿No quieres saber el castigo primero? —me burlo.

—Los dos sabemos que voy a ganar, así que no pierdas el tiempo y dime cómo me vas a premiar.

—Su mirada depredadora me dice que soy yo la que va a pagar sus deudas.

—¡Maldita sea, Will! Pensé que querías ganar la competición. Métete debajo de mi vestido y termina de una maldita vez.

—¿Will? Me gusta, Clari. Por supuesto, tus palabras son órdenes para mí. Como no has mencionado el premio... lo sugeriré yo. Esta noche tendrás que quitarme el pantalón con tu boca. Y diciendo esto, mete su cabeza debajo de mi vestido para buscar las cintas y comenzar a soltarlas. Siento su aliento caliente subir por mis muslos hasta que llega a la cintura y empieza a forcejear con las cintas que sujetan la ropa interior en su lugar. Su cabello me hace cosquillas en la cintura y empiezo a reírme a carcajadas sin poder creerme que tenga cosquillas. Nadie ha intentado hacérmelas antes, por lo que es nuevo para mí. William deja de moverse y me amenaza:

—¿Puedes dejar de moverte de una maldita vez? ¡Pareces una anguila!

—¡Me estás haciendo cosquillas! Deja de hacerlo y dejaré de reírme.

—No voy a ganar la competición si no te estás quieta —gruñe contra mi piel.

Mis hombres presienten que algo no va bien y empiezan a gritar el nombre de William para

animarlo. Nadie sabe cómo va el asunto de las cintas, ya que están ocultas debajo de las faldas. Lo único que ven es mi vestido amplio y mi cara para interpretar los avances de William. —¡Whixley!, ¡Whixley!, ¡Whixley! —gritan los hombres de La Mano de Tritón para animarlo. En ese momento siento la lengua de William acariciar mi cintura y me quedo quieta conteniendo el aliento. La risa desaparece y la lujuria aparece como una lluvia de verano: inesperada y con fuerza, cubriéndolo todo, empapándome y olvidando el motivo de nuestra presencia en medio de la taberna rodeada de gente. Cierro los ojos para concentrarme en las sensaciones de su lengua deslizándose por la piel caliente de mi cintura. De vez en cuando siento sus dientes luchando con los nudos de la ropa interior, para regresar un minuto después a probar mi piel. Es la única manera de mantenerme quieta. Siento cómo la resistencia de los nudos cede. No puedo creer que haya terminado tan rápido. Estoy segura de que los ha cortado con los dientes. Anselmo no puso reglas de cómo quitar la ropa interior. Espero que no nos descalifique. William desliza mi calzón por las piernas y levanto los pies para ayudarlo.

—Avísame cuando esté a punto de terminar la canción.

Me pregunto qué pretende y por qué arriesgarse a perder. Por qué no sale de debajo de mis faldas y se proclama ganador, igual que hace uno de los participantes en este momento. William deja la prenda a mis pies e inicia su ascenso por mis piernas con sus labios. Intento concentrarme en la canción porque no quiero perder. A estas alturas, ya debería estar a punto de terminar. Por más que lo intento, mi capacidad de concentración es nula. Lo único en lo que puedo pensar es en la boca de William, besando, lamiendo y mordisqueando mis piernas, avanzando hacia mi centro palpitante. Mantengo los ojos cerrados. Mis manos se cierran con fuerza en torno al asiento de paja para evitar saltar por las sensaciones que despierta en mí. Intento cerrar mis rodillas para evitar que avance y me ponga en evidencia, pero William es más rápido que yo e introduce su cabeza entre ellas, evitando que las cierre, y sigue avanzando a través de mis muslos temblorosos hasta que siento la humedad de su boca probando mi propia humedad... una, dos, tres veces... hasta que siento que mi respiración es lo único que se escucha en la taberna. Maldito William. Esta me la va a pagar. Anoche no pensé que pudiera ser tan hábil con sus manos, aunque siendo pianista lo entiendo; pero su boca... ¡es puro pecado! El redoble de tambores avisando el final de la prueba hace que regrese a la taberna llena de gente, gritos y risas. Menos mal que nadie ha visto lo que ocurría debajo de mi vestido. Abro los ojos y veo a William relamerse como un gato. Gracias a Dios, solo yo soy testigo de su mirada traviesa y ardiente. ¡Diablos!, me ha dejado temblorosa y agitada. Quién iba a decir que mi prisionero, con su cara de ángel caído, era capaz de dejar en ridículo al libertino más experimentado. Un canalla de primer orden y es mío. Ahora soy yo la que sonrío con anticipación.

Anselmo anuncia a los ganadores: nosotros y dos parejas más. Los ayudantes de Anselmo reparten unos floretes de esgrima entre nosotros.

—Las mujeres se medirán entre ellas.

No puedo contener la sonrisa arrogante que aparece en mi rostro sin poder evitarlo. Esta prueba no va a durar ni tres minutos.

—Los hombres se medirán entre ellos. Ganará la pareja que pueda vencer al resto de sus rivales. ¡En guardia!

Nos preparamos en la línea.

—¿Preparados? —todos contestamos afirmativamente—. ¡Adelante!

Las tres mujeres nos medimos antes de atacar. Mis contrincantes se miran significativamente y asienten en silencio. Bueno, bueno... «Aunque os unáis contra mí, estáis acabadas», pienso con regocijo. No me distraigo mirando cómo le está yendo a William. Escucho el entrecocar de

espadas y por el clamor de los presentes sé que es el favorito. Estoy segura de que los tiene embelesados con sus técnicas europeas. Me concentro en mis rivales. Es una trampa unirse dos contra uno, pero lo voy a dejar pasar. No hay manera de que me ganen ni siquiera así. Me gano la vida gracias a mi destreza con la espalda. Ellas lo saben, los presentes lo saben y por eso todos esperan que yo gane. No puedo decepcionarlos, en especial a mis hombres, a los hombres de mi padre. Quiero que él esté orgulloso de mí.

Salto sobre una de las sillas y me muevo en círculo, vigilándolas. Se separan para atacarme desde dos flancos diferentes. Casi me dan ganas de reír. Aún no conozco a una mujer que esté a mi altura. Una de ellas da un paso hacia delante mientras la otra se coloca detrás de mí para atacarme por la espalda. Hago lo único que puedo hacer: salto sobre el florete de mi contrincante aterrizando detrás de ella y con un movimiento rápido deslizo la punta afilada del sable por la espalda de mi rival rasgando la tela con precisión. Con un par de movimientos rápidos termino de quitarle el vestido, que cae al suelo en un charco a sus pies.

Los espectadores no pueden creer en su buena suerte al ver sobre la tarima las posaderas desnudas de mi rival. Aprovecho su sorpresa y la desarmo antes de que se recupere, porque, seamos sinceros, lo más probable es que todos los presentes la hayan visto desnuda antes. No me detengo a regocijarme en los aplausos y gritos que hacen temblar las paredes de adobe de la taberna, ya que la otra contrincante me sorprende lanzándome la maldita silla a la cabeza.

Levanto un brazo para detener el golpe. Anselmo no parece considerar que esto sea motivo para descalificarla, así que aguanto el dolor del golpe y me acerco furiosa a ella. «Esta me las pagas», me prometo a mí misma.

Al medirnos con florete, tengo que tener cuidado, ya que la única parte que puedo tocar es el torso, excluyendo los brazos y la cabeza. «Agradece a Dios que no es una espada», pienso para mí, ya que con esa arma no hay tantas restricciones. Hago un cambio de guardia y encuentro un hueco en su pecho. En la guerra y el amor todo es válido, por lo que deslizo la punta de mi florete entre sus pechos abriendo ligeramente la piel. Grita asustada ante la visión de la sangre resbalando hasta su cintura. La desarmo con facilidad y, como soy un poco vengativa, la agarro de las greñas y se las corto de un golpe con el florete. Los presentes estallan en carcajadas y William, que tardó menos aún que yo en desarmar a sus oponentes, me mira divertido desde una esquina de la tarima. Me encantan los hoyuelos que se le forman en las mejillas cuando ríe con abandono. Los ayudantes de Anselmo recogen los floretes y William se acerca a mí. Me levanta en brazos y estampa sus labios en los míos sin importarle nada ni nadie. Esta noche ha ganado una fortuna y lo celebra dándose un banquete con mis labios.

Después de recoger el premio, regresamos a la mesa y William nos invita a todos a otra ronda de ron. No quiero emborracharme porque tengo la intención de navegar a mi lugar favorito y pagarle a William todas las deudas que he contraído con él durante la competición.

—William y yo vamos a Vieques. Nos encontraremos mañana en el puerto —les informo a mis hombres.

Nadie comenta nada. Todos saben que Mosquito Bay es mi lugar favorito en el mundo y no hay manera que venga a Puerto Rico sin visitar mi bahía preferida.



William

—¿Q

ué tiene de especial el lugar al que vamos?

—No pienso revelar nada. Prefiero que lo veas para no estropear la sorpresa.

—Tanto misterio con este lugar alejado de la civilización hace que me pregunte si en realidad no vas a matarme y dejar mi cadáver abandonado en la playa para que se lo coman las gaviotas — bromeo.

—El lugar al que vamos es más inofensivo que la taberna de Los Dos Doblones.

—No es sensato navegar en medio de la noche. Ni siquiera se ve con claridad por dónde vamos. La noche es cerrada.

—Vamos, William. Te preocupas por nada. Nací aquí. Conozco estas aguas y la geografía de sus islas como la palma de mi mano.

Puedo ver la emoción brillar en la profundidad de sus ojos. La curiosidad me está matando. Presiento que estoy a punto de conocerla un poco más. La sombra negra surca las aguas caribeñas con la suavidad de la seda. La noche no tiene luna y el mar nunca me ha parecido un lugar tan terrorífico. No quiero ni pensar en caerme por la borda en medio de esta oscuridad tan absoluta. Tal vez sea la negrura que nos envuelve lo que hace que me fije en una mansión completamente iluminada en una pequeña bahía escondida por la que pasamos en este momento. Las luces la envuelven como un halo dorado.

—Esa debe de ser la casa del gobernador —murmuro más para mí que para ella, aún impresionado por su tamaño y la cantidad de luces. Un derroche innecesario.

—Esa no es la residencia del conde —contesta tensa.

—¿No? ¿Y a quién pertenece?

—A un pirata.

—Pensé que los piratas vivían en lugares escondidos, tratando de pasar desapercibidos. Si no recuerdo mal, aún los ahorcan en las plazas públicas.

—Como puedes ver, no todos los piratas son tan inteligentes —su voz suena tensa, cargada de ironía.

Me pregunto si hay alguna posibilidad de que sea la casa de su padre. Esta parte de la vida de Clarissa es un misterio y no quiero presionarla porque, si ella confía en mí, yo tengo que confiar en ella y aún no estoy dispuesto a rebelar mis orígenes. No quiero reconocer que soy un bastardo, un caso de caridad para el marqués de Harlow, el padre de Philip.

—Tenemos que dejar el barco anclado y acercarnos a la playa en bote.

—¿Estás segura de que esto es sensato? —pregunto preocupado.

Me he acostumbrado a la presencia silenciosa de los hombres de Clarissa. Me transmiten seguridad. Si algo o alguien nos ataca ahora mismo no podré defenderla y eso me mantiene en un estado de intranquilidad y expectación nada propio de mí.

—He venido a esta isla desde que tengo memoria. Es uno de mis lugares favoritos. No voy a irme de Puerto Rico sin haber pasado por aquí.

—Está bien. Acabemos con esto —murmuro mientras ayudo a Clarissa a echar el ancla y a bajar el bote.

Tiramos la escalera por la borda y bajamos. Le quito los remos y me dirijo hacia la playa. Clarissa insiste en que reme de espaldas a la isla y la complazco sin rechistar porque desde el episodio de la taberna lo único en lo que pienso es en hacer realidad todos sus deseos por estúpidos que parezcan. Cuando llegamos a la orilla de la playa, me doy cuenta de que el agua tiene un color azulado, tan brillante como si estuviera llena de pequeñas luces azuladas, como diamantes resplandecientes.

—¡Es maravilloso! Nunca he visto algo igual. ¿De dónde sale la luz? —pregunto fascinado mientras dejo que el agua de las olas moje mis pies descalzos. Las luces se arremolinan en torno a mis pies y la experiencia es increíble.

—Es un misterio. Solo se ve así cuando no hay luna. Si agitas el agua, hay más luz —dice al tiempo que mueve sus manos suavemente haciendo que las pequeñas luces revoloteen alrededor de sus dedos—. Hay gente que las llama «las luces del diablo».

—¿Y tú qué crees? —le pregunto con curiosidad.

—No creo en supersticiones.

Es tan pragmática que me hace reír.

—Gracias por dejar que te acompañe. Es una de las experiencias más maravillosas que he vivido.

—Aún no termina la noche. ¡Báñate conmigo! La experiencia es aún mejor dentro del agua.

Su entusiasmo es contagioso. Me encanta verla feliz, riendo, como si no tuviera ninguna preocupación, como si no fuera mi captora y yo su prisionero, como si fuéramos una pareja de amantes disfrutando de su mutua compañía a escondidas.

—Vamos, William, no es peligroso —insiste tomándome de la mano y arrastrándome dentro del mar.

La sujeto de la muñeca y la detengo. Su cuerpo colisiona contra el mío. Sus ojos ascienden hasta mi boca y su mirada oscura se oscurece aún más, si eso es posible.

—Es hora de cobrar mi premio. Arrodiíllate y quítame los pantalones con la boca —le ordeno.

Clarissa obedece con docilidad. Por una vez no tiene una réplica ingeniosa en la punta de la lengua. El vestido azul flota en la espuma del mar, tan oscuro como la noche. Recuerdo la suavidad de sus muslos bajo la caricia de mis labios. No puedo olvidar su aroma femenino y los gemidos que no pudo reprimir cuando la probé en medio de una taberna repleta de gente. El agua fría no disminuye la excitación que tengo desde que empezaron las competiciones en Los Dos Doblones. Un hombre solo puede resistir hasta cierto punto. Clarissa ignora mis órdenes y con manos hábiles me desabrocha los botones del pantalón. No quiero sus manos, quiero sentir su boca. Tomo sus manos entre las mías y las coloco en mis caderas.

—Con la boca —insisto.

Clarissa fija sus ojos en los míos, reflejando mi propio deseo como un espejo. Sus dedos se clavan en mi piel, como si quisiera inmovilizarme. No pienso ir a ningún sitio hasta que los dos estemos saciados. El pantalón cae hasta mis rodillas. Sin romper el contacto visual, Clarissa me toma en su boca centímetro a centímetro hasta que estoy completamente dentro de su suavidad. Dejo escapar un gemido de satisfacción. Juro que nunca he sentido algo igual. Me dejo seducir por sus movimientos seguros. No hay inocencia en ella y no puede importarme menos. Sabe cómo volverme loco sin esfuerzo aparente y lo mejor de todo es que es recíproco.

—Para —le ordeno sin voluntad.

Ella me ignora y sigue incrementando el ritmo hasta que me vacío en su boca entre jadeos entrecortados. Su respiración es tan agitada como la mía. Apoya su frente en mi estómago hasta que nota que mi respiración vuelve a la normalidad. La tomo de la mano y la llevo a la playa. Comienzo a desnudarla despacio, deshaciéndome del vestido arruinado, arrojándolo en la playa. Ella me termina de quitar la ropa hasta que los dos estamos completamente desnudos.

—No hay nada como bañarte desnudo entre las luces del diablo. ¡Vamos!

—¡Espérame! —le grito cuando me deja solo, de pie en medio de las olas que bañan la playa. En ese momento veo su silueta iluminada por un halo azulado, flotando como un ente sobrenatural. Me meto en el agua porque no quiero perderme esta aventura. La luz azulada me rodea, ilumina mi contorno. No tengo palabras para describir este momento. Creo que puede compararse a una experiencia religiosa o sobrenatural. Una unión perfecta entre el hombre y la naturaleza. Clarissa se acerca y me salpica juguetona. Es como si me estuviera espolvoreando con un millón de estrellas, miles de pequeñas gotas individuales que no se disuelven en la inmensidad del mar. La imito y nos enzarzamos en un juego como si fuéramos dos niños, aunque solo somos dos adultos que se sienten demasiado atraídos. Sujeto a Clarissa por la cintura y la atraigo hasta que nuestros cuerpos mojados se tocan. Mis labios aún hambrientos y cansados de contener mis deseos de besarla cada vez que está cerca se dan un banquete con sus labios fríos y salados por el agua del mar. Nunca unos labios me han parecido un manjar más delicioso. No me canso de besarlos. Me pasa los brazos alrededor del cuello atrayéndome hacia sí y entrelazo sus piernas alrededor de mi cintura. Nos besamos lo que parece una eternidad.

—Hazme tuya, William —me susurra en el oído. Su respiración es tan irregular como la mía—. Te has apoderado de mi cordura. Tu rostro es el único que veo en mis sueños dándome placer, el único que imagino en mi cama cuando estoy despierta.

Gruño al invocar las imágenes que conjura. Salgo del agua con ella en brazos. Nuestros labios se niegan a separarse. La deposito en la arena mientras mis ojos vagan ávidos por su piel húmeda. Hace días que deseo a Clarissa con una intensidad que a veces me asusta. Recorro con reverencia el mapa de su piel. Quiero aprender de memoria todas las rutas inimaginables para darle placer. Acaricio su piel fría, deslizando mis dedos con reverencia desde la base de su cuello, acariciando sus hombros, bajando hasta la clavícula. Trazo con veneración la curva de sus firmes pechos. Bajo la cabeza y atrapo la dureza de su pequeño pezón en mis labios, succionando suavemente hasta que siento sus manos entre mi cabello apretándome más. Lo rozo con mis dientes raspando su piel ligeramente. Sus gemidos de placer se pierden en el ruido de las olas al romperse en la playa.

Sus manos viajan con seguridad a mi entrepierna y me acaricia despacio. Contengo la respiración y río con suavidad.

—Parece un velero con las velas desplegadas e hinchadas por el viento.

Solo a ella se le ocurre decir algo así en un momento como este. Los dos estamos gloriosamente desnudos, sin importarnos si alguien puede vernos. La isla parece deshabitada, pero uno no puede estar completamente seguro. La abundante vegetación y la noche sin luna mantienen la isla sumida en una oscuridad absoluta.

—Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti, Whixley —dice mientras deposita pequeños besos húmedos a través de mi torso desnudo.

—Ya somos dos.

La acerco un poco más a mí. Mi cuerpo está listo para hacerla mía y esta vez no voy a descansar hasta que me ruegue que me detenga.



Clarissa

A

Ún es noche cerrada cuando William y yo regresamos al barco. Después de hacer el amor de nuevo, esta vez en mi camarote, nos cambiamos y subimos a cubierta para poner rumbo al puerto. La silueta oscura de un barco se recorta contra la bóveda celeste avanzando como un tiburón hacia su presa.

Reconocería su silueta en cualquier lugar.

—Es el Rackham, el barco de Ringo —le aclaro a William, que se mantiene imperturbable a mi lado. —¡Maldito sea!

—Me sorprende que se aventure en estas aguas. Debería haberlo matado cuando te atacó por la espalda. —A mí no me sorprende. Estoy seguro de que ha venido a terminar lo que empezó en Emerald Bay. ¿Qué

vamos a hacer? —pregunta William.

Su voz es segura. No transmite miedo alguno y su firmeza me da la confianza que necesito en estos momentos. Por primera vez en mi vida me siento contenta al lado de un hombre y, como siempre, el destino quiere jugarme una mala pasada. Me da a probar un pedacito de felicidad para arrebatármela casi inmediatamente y ya me estoy empezando a cansar de sus juegucitos. Esta vez le plantaré cara a mi destino. No voy a dejar que se lleve a William de mi lado por un ataque tonto de celos. Ringo me ha ofrecido en varias ocasiones que uniéramos nuestras tripulaciones, pero siempre me he negado. Mis hombres son mejores piratas que los suyos y yo soy mejor líder que él. Aun así, aquí estoy: completamente a su merced. Tal vez lo he subestimado.

—Sujeta el timón. Voy a enarbolar la bandera blanca.

—¿Te vas a rendir? —me pregunta con estupor.

—No tenemos opción. Si contara con mis hombres, podríamos darle batalla, pero sin ellos no hay nadie que

dispare los cañones. Nos hundirán antes de que te des cuenta. A veces hay que saber perder para ganar. Sé que puedo negociar con Ringo. Puede ser testarudo, pero siempre está abierto a un buen trato.

William me mira poco convencido, pero no hace ningún comentario. Izo la bandera y espero a que el Rackham se acerque. No se comportó como un hombre celoso o un cobarde durante el tiempo que fuimos amantes, pero yo tampoco me preocupé en buscar señales de un carácter

inestable, si es que hay algún patrón de estabilidad en un pirata. Mi error fue permitir que William nos acompañara a cenar, darle preferencia en la cabecera de la mesa. Una mujer no debería reunir a dos hombres y hacer que compitan por su atención. Estoy segura de que eso fue lo que creyó Ringo y ahora tengo que pagar por ese descuido, aunque mi intención no hubiera sido esa. Bueno, ¿a quién quiero engañar?... solo un poco.

El Rackham se acerca como un tiburón, un depredador que tiene a su presa en el punto de mira desde hace tiempo y sabe que no hay nada en su camino que le impida capturarla. Los cascos de los dos barcos se rozan levemente al acercarse. El mascarón de proa del Rackham nunca me había parecido tan temible como en este momento, en que siento que la vida de William peligra. Hace tiempo que sé que la mía puede terminar en cualquier momento; aun así, por primera vez, me niego a morir. No estoy lista después de lo que hemos compartido William y yo en Vieques.

Los hombres de Ringo, posicionados para abordar, colocan las tablas para cruzar de un barco a otro y el que abre la marcha es Ringo. No hay cobardía en su actitud. Se ve muy ufano y engreído, como si hubiera logrado abordar el Queen Anne's Revenge lleno de piratas y no un brigantine con dos tripulantes. ¿Por qué nunca me he dado cuenta de lo ridículo que es? Porque lo conocí en una taberna y siempre nos encontramos en su camarote o el mío y no tripulando codo a codo. Si hubiéramos pasado cinco minutos navegando por la bahía, otro gallo cantaría. Los piratas no tenemos citas románticas a la luz de la luna o en Mosquito Bay, por eso los amantes que elegimos dejan mucho que desear. Me acerco a recibir a Ringo cuando salta a mi barco. No lo quiero cerca de William.

—Me sorprende que lo dejes al timón de tu barco. —Hace un gesto de desdén hacia William—. A mí nunca me diste la oportunidad —dice con rencor.

—Nunca hemos navegado juntos, así que no ha habido ninguna oportunidad.

—Te ofrecí varias veces que uniéramos nuestras tripulaciones y te negaste. Para mí es lo mismo.

—¿Qué quieres, Ringo? Me extraña que te hayas tomado la molestia de perseguirme hasta Puerto Rico por no cederte la cabecera de la mesa durante la cena o por no dejarte navegar mi barco. Es un poco infantil, ¿no crees?

—En eso tienes razón. En realidad, estoy aquí cumpliendo un encargo por el que me van a pagar una pequeña fortuna. No pude dejar pasar la oportunidad de vengarme por la bala que me disparaste en la mano. ¡Soy diestro y lo sabes! ¡Dejaste mi mano completamente inutilizada!

—Pensabas matar a William por una estupidez, ¡y por la espalda nada menos! ¡No me culpes por tu cobardía!

—¿Qué diablos es esto, una reunión de amantes despechados?

En mi afán por mantener a Ringo alejado de William, no me había fijado en la persona que venía detrás de él. Siento que la sangre se congela en mis venas. Desrosiers. Que me parta un rayo si no es la peor sorpresa que me he llevado en la vida.



William

R

ingo había ordenado a sus hombres encerrarnos en la bodega del Rackham. No debería extrañarme. Un cobarde siempre encuentra a alguien que esté dispuesto a ejecutar sus planes. La prisión es tan oscura, húmeda y aterradora como la de La Sombra Negra, donde Miranda y yo habíamos pasado dos

días encerrados antes de llegar a Santa Lucía. Es una ironía que mi captora en aquel entonces sea mi compañera de celda ahora. Clarissa aún no ha despertado de la inconsciencia que le ha provocado el golpe de Ringo. Aprieto los puños con rabia. No hay nada que desee más en este momento que matarlo con mis propias manos.

En eso me he convertido: en alguien que está dispuesto a matar. Tal vez Clarissa solo ha destapado la caja de Pandora, tal vez esta haya sido siempre mi naturaleza, que ha terminado por revelarse con el tiempo y las circunstancias apropiadas. Como el capullo de una rosa bajo el sol, abriéndose irremediabilmente con las condiciones adecuadas, solo que mi maldad tiene que ver más con las espinas que con la belleza de la flor.

Mi presencia provoca dolor. Se lo he provocado al marqués, a Philip y a Clarissa con mi insistencia en la visita al cafetal. James había tenido razón desde el principio: cualquier plantación es un pequeño infierno. Ahora estamos a merced de Ringo y no nos depara nada bueno. Me pregunto si los pecados de los padres pasan a los hijos en el momento en el que nacen. Nunca llegué a conocer a mi padre, pero mi madre... Nunca fue una buena persona. Podía ver la maldad en cada uno de sus actos, en sus manos, siempre cerradas, cubiertas con guantes de encaje o seda. No puedo recordar el tacto de su piel en mi mejilla. Un hijo debería poder acordarse de la caricia de su madre. Solo recuerdo el rictus de sus labios, siempre cerrados en una línea fina, siempre insatisfecha. Infeliz. Clarissa se remueve en mis brazos, como si estuviera teniendo un mal sueño. Estrecho su cuerpo menudo contra mi pecho y deposito un beso leve en su sien.

—William...

—Shhh... Estoy aquí —susurro acariciando su cabello aún húmedo por el baño en la playa. Inhalo el aroma a espuma de mar que siempre parece acompañarla. Mi corazón se ensancha cuando abre

sus ojos oscuros y, a pesar de estar prisioneros y enfrentar un destino incierto, me dirige una sonrisa deslumbrante, como si mi presencia fuera suficiente para hacerla feliz. «¡Ah, Clarissa! Sabes cómo hacerme sentir un héroe sin pronunciar una sola palabra», pienso mientras me inclino y la beso en los labios con delicadeza. Un jadeo escapa de su boca al sentir mi roce.

—Mis hombres nos encontrarán —dice convencida rompiendo el beso, levantándose de mi regazo.

La sensación de pérdida y vacío vuelve a instalarse en mi pecho, como sucede cada vez que la tengo en mis brazos y se aleja de mí. ¿Alguna vez volveré a ser yo mismo? Imagino que no.

Clarissa ha sido la brecha, el parteaguas que ha dividido mi vida en un antes y un después de conocerla.

—Estoy seguro —digo con más seguridad de la que siento.

En realidad, sé que es cierto. Solo espero que no sea demasiado tarde.

—Déjame a mí lidiar con Ringo. Te mantendrás alejado, ¿me oyes, William? —me ordena con los brazos en

jarras en la cintura, los ojos atormentados.

Por mí, por mi vida. Nunca he amado a nadie tanto como a ella, que planea en este momento cómo salvarme de un destino incierto, de la muerte, enfrentándose a mí, dándome órdenes como si yo fuera a seguirlas, como si no fuera a poner su vida antes que la mía, porque en este momento mi vida no tiene valor si Clarissa no está en ella.

—¡Maldita sea, Whixley, contéstame cuando te hablo!

—¿Y cómo piensas encargarte de él, Clarissa? —le pregunto peligrosamente—. ¿Te arrodillarás para rogarle que no me mate?, ¿abrirás tus muslos para recibirlo después de lo que hemos compartido en Mosquito Bay hace menos de una hora? Dime cómo piensas lidiar con él.

Sé que provocarla no es una buena idea; aun así, no puedo resistirme. Los celos me carcomen por dentro apoderándose de mí. Es como si la oscuridad de la prisión en la que estamos se hubiera metido dentro de mí. Se acerca y me da una bofetada. La dejo porque la merezco. Los celos no actúan con lógica, solo hieren y, cuanto más grande es la herida que infligen, más crecen, como la hiedra que cubre una pared, asfixiando las plantas que se cruzan en su camino, desmoronando los ladrillos de la pared donde se sujeta.

—¿Cómo te atreves a comparar lo que hay entre nosotros con él? —me espeta.

Me levanto y Clarissa retrocede al sentir mi furia. Me planto frente a ella arrinconándola contra la pared de la celda, mis brazos a ambos lados de sus hombros, impidiéndole huir. La inmovilizo con la intensidad de mi mirada. No quiero que haya malentendidos entre nosotros.

—Serás tú la que se mantenga al margen. Quiere vengarse de mí. No te pondrás en peligro innecesariamente ni llamarás su atención bajo ninguna circunstancia. Si él me tortura frente a ti, te mantendrás impassible como si no te importara. No llorarás y no le suplicarás clemencia por mi vida aunque sientas que estás muriendo por dentro.

Los ojos le brillan por las lágrimas que trata de contener. Los cierra durante un momento, tratando de controlar sus emociones. Esa es mi chica, valiente como ninguna. Cuando los abre, ya no hay rastro de lágrimas.

—Me pides un imposible. Siempre trataré de salvarte. No pienso ignorar los dictados de mi corazón. No lo voy a hacer.

—Lo harás. Prométemelo, ¡maldita sea!

Agarro sus hombros y se los aprieto suavemente. Me desespera cuando es tan obstinada.

—¿Por qué tendría que prometer semejante locura? —me pregunta con esa arrogancia que siempre la acompaña.

—Porque te has convertido en alguien importante, por eso —le confieso acariciándole la mejilla con el pulgar. Clarissa deja escapar un jadeo sorprendida—. Porque soy más fuerte de lo que crees. Puedo aguantar todo menos ver cómo te derrumbas. Tu fortaleza será mi fortaleza, pero, si te rindes... yo me rendiré, ¿lo entiendes?

Clarissa entrelaza sus manos en mi nuca y se dobla como un junco mecido por la brisa contra mi cuerpo. Me besa hasta que perdemos la noción del tiempo, primero con pasión y después despacio, saboreándonos como dos adolescentes. No nos decimos que nos amamos, pero no tenemos que hacerlo. Lo sé. Hay personas que necesitan más tiempo que otras para confesar sus sentimientos y Clarissa y yo entramos en esa categoría. Tal vez ni ella misma lo sabe aún. Yo lo sé y es suficiente, al menos de momento.

Siento las manos de Clarissa desabrochar los botones de mi camisa y sus dedos trazar mi torso desnudo. Dejo de besar sus labios para adorar la esbelta columna de su cuello, buscando ese lugar entre el cuello y el hombro que la vuelve loca. Los dos sentimos que se nos acababa el tiempo. Cuando la muerte nos acecha de cerca, aparece esa prisa por vivir al máximo que hace que tomemos decisiones precipitadas.

No le habría confesado tan pronto que es importante para mí si no sintiera que tal vez no iba a tener otra oportunidad de hacerlo. El miedo a la muerte provoca esa urgencia por dejar nuestros asuntos en orden. Solo lamento que Philip y yo no hayamos arreglado nuestras diferencias. Alejo los pensamientos pesimistas y me concentro en besar a Clarissa hasta que siento el sabor metálico de la sangre. La desesperación que nos invade ante la incertidumbre de nuestro destino hace que nos lastimemos físicamente. No sé de quién es la sangre que pruebo, porque tanto ella como yo nos obsesionamos con aprovechar hasta el último segundo de nuestro tiempo juntos.

—Hazme tuya, Whixley —me suplica mientras desabrocha mi pantalón y libera mi miembro. Levanto su vestido y la tomo por el talle hasta que enreda sus piernas alrededor de mi cintura. Le hago el amor con presteza contra la madera húmeda de nuestra celda. El tiempo no está a nuestro favor y tanto Clarissa como yo somos conscientes de ello. Clarissa me muerde el hombro para silenciar sus gemidos mientras la penetro con urgencia, susurrándole que la amo una y otra vez mientras ella gime quedamente en mi cuello. Alcanzamos el éxtasis juntos y seguimos abrazados intentando recuperar el ritmo de nuestra respiración.

—Bájame —me pide.

—No.

—¿No? —se ríe.

—No quiero separarme de ti. Déjame abrazarte un poco más —imploro.

—Es mejor que nos encuentren separados.

Intento que no me afecte su rechazo. A veces Clarissa puede ser un poco distante y no me gusta nada. —Si Desrosiers o Ringo descubren que me importas...

Trato de ocultar el efecto que sus palabras tienen en mí. Mejor dicho, la falta de ellas. Quiero escuchar que me ama. Escondo la decepción que siento lo mejor que puedo y la deposito con cuidado en el suelo, no sin antes deslizar su cuerpo maravilloso por el mío. Un hombre no debería sentirse tan vulnerable cuando la mujer que ama no le corresponde de la misma manera. Clarissa no se aleja inmediatamente. Me abrocha los botones de la camisa mientras se muerde el labio inferior, perdida en sus pensamientos. No puedo evitar acariciar la cicatriz que dejó el látigo de la Broca en su oreja. Da un respingo, pero continúa con su tarea. El silencio que compartimos es agradable. Ya hemos dicho dicho todo lo que teníamos que decirnos.

Terminamos de arreglar nuestras ropas y Clarissa se aleja hasta una esquina, donde se sienta apoyando la espalda contra la pared de la prisión. Yo la miro fijamente porque, si voy a morir,

como había amenazado Desrosiers, quiero que el rostro que tanto amo sea mi último recuerdo. El ruido de la llave al entrar en la cerradura de la puerta suena tan lúgubre como las campanadas de una iglesia al anunciar la muerte de un feligrés. Me pregunto si Desrosiers nos matará juntos o empezará conmigo. Tal vez Ringo lo disuada para que deje vivir a Clarissa. La oscuridad de la bodega no mejora cuando el intruso abre la puerta, entra y vuelve a cerrar con llave una vez dentro. Observo a Clarissa mirar la sombra negra de nuestro visitante a través de las rejas de nuestra prisión. La silueta del desconocido avanza sin prisa hasta situarse frente a la puerta de la celda. En ese momento, enciende una lámpara de aceite. La luz atrae mi atención. El siseo de la mecha al prenderse me distrae un momento. El rostro de nuestro visitante se revela.

Lo primero que noto es que no parece un pirata. Es muy apuesto para ser un bucanero a las órdenes de Ringo y, aunque sus vestimentas son pobres y están demasiado usadas, es su porte lo que llama mi atención. Parece demasiado orgulloso para estar bajo las órdenes de un mequetrefe como Calicó Ringo. Es alto y corpulento. Su cabello pelirrojo brilla con la misma intensidad que la luz anaranjada de la lámpara. Me acerco hasta la puerta antes de que a Clarissa se le ocurra intervenir. Esta mujer es imprevisible. Los ojos azules del desconocido apenas han reparado en mí. Miran a Clarissa con intensidad bajo el arco de sus gruesas cejas rojizas.

—Hola, querida hermana.

La ironía de su tono añade más tensión a la situación en la que nos encontramos. Me pregunto qué motivos ocultos puede tener el hermano desconocido de Clarissa para haberse asociado con alguien como Desrosiers o Ringo.

—Raphael, ¿qué demonios haces aquí?

La dislexia que sufre Clarissa

Notas de la autora

era desconocida en 1825, por lo que no pudo ser diagnosticada apropiadamente. Rudolf Berlin, oftalmólogo alemán, acuñó la palabra en 1887. Usó el término para describir los problemas para aprender a leer o interpretar las palabras, letras u otros símbolos (por ejemplo, números) que no estaban relacionados con la visión de las personas, sino con un problema en el hemisferio izquierdo del cerebro. Los niños con dislexia tardan en aprender a hablar, que es lo que le pasó a Clarissa. No hay cura para la dislexia, pero, con la enseñanza adecuada, los niños pueden llegar a disfrutar de la lectura. Este tipo de trastorno del aprendizaje no afecta a la inteligencia de las personas.

La bioluminiscencia es un proceso que se da en algunos organismos vivos, en el que se crea una reacción química que produce luz. La Bahía Mosquito, en la isla de Vieques, Puerto Rico, es famosa por su extrema bioluminiscencia, declarada la más brillante del mundo por el *Libro Guinness de los Récords*.

La rana coquí, cuyo nombre científico es *Eleutherodactylus coqui*, significa «dedos libres», ya que sus apéndices no están unidos por una membrana. Son emblemáticas de la isla de Puerto Rico, donde hay diecisiete especies. Una de las características más curiosas de estas ranas es que, después de eclosionar los huevos, los coquíes salen como ranas en miniatura, no pasan por la fase de larva o renacuajos.